



Por el autor de *Las Horas*

Michael
Cunningham

LA
REINA
DE LAS
NIEVES



Lectulandia

Tras su enésima ruptura sentimental, mientras pasea desolado por Central Park en una noche helada, Barrett vislumbra una luz sobrenatural que flota en el aire. En ese mismo momento, su hermano Tyler intenta escribir una canción de amor para su novia enferma cuando faltan pocos días para la boda. Liz y su amante Andrew también contemplan los copos de nieve que cubren la ciudad, preguntándose una vez más por el sentido de las caricias cansadas que se dedican. Todo parece inmóvil, suspendido entre un quizá y un ojalá, pero esa luz...

Al igual que en Las horas, Cunningham sorprende a sus personajes en momentos decisivos de su vida, instantes en que el placer, el deseo y la rabia se rozan y duelen. Nosotros, los lectores, lo acompañamos en esta aventura donde finalmente la vida respira y deja un hueco para la felicidad.

Lectulandia

Michael Cunningham

La reina de las nieves

ePub r1.0

NoTanMalo 19.12.17

Título original: *The Snow Queen*
Michael Cunningham, 2014
Traducción: Miguel Temprano García
Ilustración de cubierta: Daniel Hertzberg

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este libro es para Billy Hough

Desiertos, inmensos y gélidos eran los salones de la Reina de las Nieves. La llama vacilante de las auroras boreales se veía con claridad, tanto si se alzaba alta como baja en el cielo, desde cualquier lugar del castillo. En el centro de aquella interminable sala desolada y cubierta de nieve había un lago helado cuya superficie estaba rota en mil pedazos; todos los fragmentos se parecían, pues eran tan perfectos como una obra de arte, y en mitad de aquel lago se instalaba la Reina de las Nieves cuando estaba en palacio. Llamaba al lago «El espejo de la razón» y afirmaba que era el mejor, y de hecho el único del mundo.

HANS CHRISTIAN ANDERSEN,
La reina de las nieves

Una noche

A Barrett Meeks se le apareció una luz celestial sobre Central Park, cuatro días después de que, una vez más, hubiese salido malparado de sus amores. No era, ni mucho menos, la primera vez que le daban la patada, pero sí la primera que se lo comunicaban con un mensaje de texto de cinco líneas, cuya quinta frase era un deseo formal y demoledor de buena suerte para el futuro, seguido de tres xxx minúsculas.

Los cuatro últimos días había hecho lo posible por no dejarse desanimar por lo que, en último extremo, parecía una serie de rupturas cada vez más tibias y escuetas. Cuando tenía veinte años el amor casi siempre había terminado en estallidos de llanto y gritos capaces de despertar a los perros del vecino. En una ocasión, él y quien estaba a punto de convertirse en su ex se habían peleado a puñetazos (aún recuerda el ruido de la mesa al volcarse y el sonido del molinillo de pimienta al rodar por las tablas del suelo). En otra, una discusión a gritos en Barrow Street, una botella rota (la palabra «enamorarse» todavía le trae a la memoria unos pedazos de cristal verde en la acera al pie de una farola) y la voz de una anciana, ni chillona ni refunfuñona, que salía de una ventana baja y oscura y decía sin más: «Chicos, ¿es que no veis que aquí vive gente que está intentando dormir?», como la voz de una madre exhausta.

Cuando cumplió los treinta y luego se acercó a los cuarenta, las despedidas se fueron pareciendo cada vez más a una negociación comercial. No faltaban las penas ni los reproches, pero desde luego se volvieron menos histéricas. Llegaron a ser como tratos e inversiones que, por desgracia, habían salido mal, a pesar de los cuantiosos beneficios que se habían prometido al principio.

No obstante, esa última despedida era la primera que le comunicaban con un mensaje de texto, el adiós apareció, inesperado y sin que nadie lo pidiera, en una pantalla poco mayor que una pastilla de jabón de hotel. «Hola Barrett supongo q ya sabes de q va esto. Al menos lo hemos intentado ¿eh?».

En realidad, Barrett no supo de qué iba aquello. Lo entendió, claro: el amor, junto con todo lo que supusiera ese amor en el futuro, había sido cancelado. Pero ¿«supongo q ya sabes de q va esto»? Era como si un dermatólogo te dijese después de la revisión anual: «Supongo que ya sabe que ese lunar de su mejilla —esa manchita de color chocolate a la que más de una vez se han referido como uno de tus encantos (¿quién le había dicho que la versión maquillada de María Antonieta estaba justo en ese sitio?)— es en realidad un cáncer de piel».

Al principio, Barrett respondió del mismo modo: con un mensaje de texto. Un *e-mail* parecía anticuado; una llamada de teléfono, desesperada. De modo que oprimió las minúsculas teclas. «Uf no me lo esperaba por qué no lo hablamos, estoy donde siempre. xxx.».

Al acabar el segundo día, había enviado dos mensajes más, seguidos de dos recados en el contestador, y había pasado la mayor parte de la segunda noche resistiéndose a enviar un tercero. Cuando acabó el día número tres, no solo no había recibido respuesta alguna, sino que también empezó a comprender que no la habría, que el serio y fuerte doctorando canadiense (psicología, Columbia) con quien había

compartido cinco meses de sexo, comida y bromas personales; el hombre que había dicho: «Podría ser que te quisiera de verdad», después de que Barrett recitara el «Ave María» de Frank O'Hara mientras se bañaban juntos; el que había sabido los nombres de los árboles cuando pasaron aquel fin de semana en las Adirondacks, sencillamente había pasado página; que Barrett se había quedado en el andén y, sin saber cómo, había perdido el tren.

«Te deseo felicidad y suerte para el futuro. xxx.»

La cuarta noche, Barrett iba por Central Park de regreso a casa tras una revisión dental, que por un lado le había parecido deprimentemente vulgar y por el otro una exhibición de entereza. Muy bien, líbrate de mí con cinco frases hirientemente anónimas y que no aclaran nada. («Siento que no haya funcionado como esperábamos, pero sé que lo hemos intentado»). No voy a descuidar mi dentadura por ti. Me voy a alegrar y a dar gracias de saber que, bien mirado, no necesito una endodoncia.

Aun así, la idea, inesperada, de que no volvería a contemplar la pura y desenvuelta belleza de aquel chico, que tanto se parecía a los jóvenes, ágiles e inocentes atletas que pintó de forma tan adorable Thomas Eakins; la idea de que no volvería a ver al muchacho quitarse apresuradamente los calzoncillos antes de meterse en la cama, que no presenciaría su generosa e inocente satisfacción ante los pequeños placeres (una cinta con un popurrí de canciones de Leonard Cohen que le había grabado, titulada «Por qué no te suicidas sin más»; una victoria de los Rangers), le parecía literalmente imposible, una violación de la física del amor. Igual que el hecho de que, por lo visto, nunca sabría qué había ido tan mal. El último mes habían tenido alguna que otra pelea, se había producido algún que otro vergonzoso silencio en la conversación. Pero había dado por sentado que era solo que ambos estaban entrando en la nueva fase; que sus desacuerdos (¿Crees que podrías intentar no llegar tarde alguna vez? ¿Por qué me ninguneas así delante de mis amigos?) eran indicios de una intimidad cada vez mayor. No se le había pasado ni remotamente por la cabeza que una mañana comprobaría los mensajes de texto y descubriría que el amor se había perdido, con más o menos el mismo remordimiento que uno sentiría al extraviar unas gafas de sol.

La noche de la aparición, Barrett, después de librarse de la amenaza de la endodoncia, y de prometer que utilizaría el hilo dental con más regularidad, había atravesado el parque y estaba aproximándose a la mole iluminada y glacial del Metropolitan Museum. La nieve grisácea, plateada y cubierta de escarcha crujió debajo de sus pies cuando tomó un atajo hasta la línea 6 del metro, bajo las gotas que caían de las ramas de los árboles, contento al menos de volver a casa con Tyler y Beth, de tener quien le esperase. Se sentía entumecido, como si le hubiesen inyectado novocaína en todo el cuerpo. Habría querido saber si, a los treinta y ocho años, se estaba convirtiendo no tanto en una figura de ardor trágico, un loco santo del amor, como en un gestor intermedio que firmaba un acuerdo (sí, se habían producido

algunas pérdidas en la cartera comercial, pero ninguna catastrófica) y pasaba al siguiente con aspiraciones renovadas pero no mucho más razonables. Ya no se sentía tentado de planificar un contraataque, de dejar recados cada hora en el contestador o de montar guardia ante el edificio de su ex, aunque diez años antes era justo eso lo que habría hecho: Barrett Meeks, soldado del amor. Ahora solo acertaba a imaginarse envejeciendo en la miseria. Si lograra reunir fuerzas para hacer una demostración de ira y ardor sería únicamente para disimular el hecho de que estaba arruinado, porque lo estaba; por favor, amigo, ¿le sobran unas monedas?

Atravesó el parque con la cabeza gacha, no por vergüenza sino por cansancio, como si le pesara demasiado para llevarla erguida. Miró el modesto charco azul grisáceo de su propia sombra, arrojada por las farolas en la nieve. Observó cómo se deslizaba sobre una piña, sobre unas agujas de pino vagamente rúnicas desperdigadas aquí y allá y sobre el envoltorio de una barrita de Oh Henry! (¿¡aún se fabricaban barritas Oh Henry!?) que el viento arrastraba convertido en jirones plateados.

El paisaje en miniatura que tenía a sus pies le pareció de pronto demasiado invernal y prosaico para soportarlo. Irguió la cabeza y alzó la vista.

Ahí estaba. Una pálida luz translúcida de color agua, una muestra de velo, por encima de las estrellas, no, por debajo de las estrellas, pero muy alta, por encima de una nave espacial que se cerniera sobre las copas de los árboles. Podría o no estar desplegándose, era más densa en el centro y dejaba una estela como de encaje y espirales en los bordes.

Al principio pensó que debía de tratarse de una extraña aparición muy al sur de la aurora boreal, no precisamente una imagen frecuente sobre Central Park, pero mientras estaba allí, un peatón con abrigo y bufanda, triste y decepcionado, aunque de lo más normal, en una franja de hielo iluminado por la farola, mientras contemplaba la luz y pensaba que tal vez lo estarían dando en las noticias, mientras se preguntaba si quedarse donde estaba, sorprendido para sus adentros, o si correr a buscar a alguien que lo corroborase, había más gente, sus oscuros perfiles estaban allí mismo dispersos por el parque...

En su incertidumbre, en su inmovilidad, plantado allí con sus Timberlands, lo comprendió. Creyó —supo— que, sin duda, igual que él estaba alzando la vista hacia la luz, la luz lo estaba mirando desde lo alto.

No. Mirando no. Aprehendiendo. Igual que imaginaba que una ballena podía aprehender a un nadador, con una curiosidad majestuosa, solemne y desprovista por completo de temor.

Percibió la atención de la luz, un cosquilleo que le recorrió como un minúsculo temblor eléctrico; un suave y agradable voltaje que lo impregnó, entibió y tal vez incluso dio la impresión de iluminarlo apenas, de forma que se volvió más brillante de lo que había sido, solo un poco; fosforescente, pero sonrosado, humanamente, nada de vapores pantanosos, solo un poco de luz sanguínea que se alzó a la superficie de la piel.

Y luego, ni de prisa ni despacio, la luz se disipó. Disminuyó hasta transformarse en unas pálidas chispas azules desperdigadas que en cierto modo parecían animadas, como la juguetona progeñe de un padre plácido y titánico. Luego también ellas se apagaron y el cielo volvió a ser como antes, como siempre había sido.

Se quedó allí un rato, contemplando el firmamento como si fuese una pantalla de televisión que se hubiese apagado de pronto y que pudiera, igual de misteriosamente, volver a encenderse. El cielo, no obstante, continuó ofreciendo solo su anodina oscuridad (las luces de Nueva York dan un tono gris a la negrura nocturna) y las escasas cabezas de alfiler de las estrellas suficientemente poderosas para ser vistas. Por fin, reemprendió el camino, a casa de Beth y Tyler, a las modestas comodidades del apartamento de Bushwick.

A fin de cuentas, ¿qué iba a hacer, si no?

Noviembre de 2004

En el dormitorio de Tyler y Beth está nevando. Los copos de nieve —duras bolitas de hielo, más perdigones que copos, más grises que blancas en la tenue luz de la mañana — se arremolinan en los tablones del suelo y al pie de la cama.

Tyler despierta de un sueño, que se disuelve casi por completo y deja solo una sensación de alegría inquieta e irritada. Cuando abre los ojos, por un momento parece que las madejas de nieve que vuelan por la habitación formen parte de su sueño, una manifestación de compasión gélida y divina. Pero es nieve de verdad que se cuele por la ventana que él y Beth dejaron abierta la noche anterior.

Beth duerme acurrucada en el arco del brazo de Tyler. Él se suelta con cuidado y se levanta para cerrar la ventana. Va descalzo por el suelo resplandeciente de nieve, para hacer lo que hay que hacer. Resulta placentero que el sensato sea él. En Beth ha encontrado por fin a alguien menos práctico que él desde el punto de vista romántico. Si despertase, con toda probabilidad le pediría que dejase la ventana abierta. Le gustaría la idea de que su pequeño y abarrotado dormitorio (está lleno de libros amontonados y no renuncia a su costumbre de llevar a casa los tesoros que encuentra por la calle: la lámpara con una hawaiana en el pie a la que en teoría podía cambiársele el cable; la maleta de cuero rozada; las dos sillas recatadas y larguiruchas) se hubiese convertido en una bola de nieve de tamaño real.

Tyler cierra con esfuerzo la ventana. En ese apartamento todo está alabeado. Si tirasen una canica en mitad del salón rodaría hasta la puerta de la entrada. Mientras baja la hoja de la ventana, se cuele furiosa una última ráfaga cargada de nieve, como si buscase la última oportunidad de... ¿qué?, ¿de aprovechar la mortífera tibieza del dormitorio de Tyler y Beth, esa breve oferta de calor y disolución? Cuando la racha en miniatura le golpea, se le mete en el ojo un poco de carbonilla, o tal vez sea un tozudo y microscópico cristal de hielo, como el fragmento de vidrio más minúsculo que pueda imaginarse. Tyler se frota el ojo, no parece poder librarse de esa mota que se le ha incrustado. Es como si hubiera sufrido una mutación menor, como si la mota transparente se le hubiese pegado a la córnea, así que continúa en pie, con un ojo limpio y el otro turbio y lloroso, observando cómo los copos de nieve se estrellan contra el cristal. Apenas son las seis. Fuera todo está blanco. Los montones de nieve que, día tras día, se han apilado en los bordes del aparcamiento de al lado — convertidos en montañas grises en miniatura, tóxicamente mancilladas aquí y allá con lentejuelas de hollín— son ahora, de momento, alpinos, como sacados de una postal de Navidad, o más bien de una postal de Navidad si enfocáramos mucho la vista, borráramos la fachada color chocolate del almacén vacío (que sigue ostentando el fantasma de la palabra «hormigón», aunque ya está tan borroso que es como si el propio edificio, tanto tiempo olvidado, insistiera en anunciar su propio nombre) y la calle todavía dormida donde la C de neón del cartel de LICORERÍA zumba y parpadea como una bengala de socorro. Incluso en ese sórdido paisaje urbano —ese barrio embrujado y casi despoblado, donde el cadáver quemado de un viejo Buick ha resistido (extrañamente piadoso, destripado y oxidado en su absoluta inutilidad

cubierta de grafitis) el último año en la calle al pie de la ventana de Tyler— hay una adusta belleza evocada por la luz de antes del amanecer; una sensación de esperanza incierta pero todavía viva. Incluso en Bushwick. He ahí la nieve, reciente, seria e inmaculada, con su toque de bendición, como si la empresa que reparte silencio y armonía en los barrios mejores se hubiese equivocado de dirección.

Si uno vive en ciertos barrios y de cierta manera, más vale que aprenda a celebrar la felicidad de las pequeñas cosas.

Y vivir como hace Tyler en ese sitio —en ese barrio plácidamente empobrecido, de viejos revestimientos de aluminio, almacenes y aparcamientos, todos baratos y utilitaristas, con pequeños comercios que a duras penas se las arreglan para sobrevivir y cuyos desmoralizados habitantes (dominicanos en su mayoría, gente que ha hecho muchos esfuerzos para llegar allí, que tenía o debía tener más esperanzas de las que les ha dado Bushwick) van y vienen después de trabajar por un salario mínimo—, como si la derrota no pudiera ya ser derrotada, como si tener algo fuese suficiente suerte. Ya ni siquiera es particularmente peligroso; claro que de vez en cuando hay algún robo, pero parece que, en su mayor parte, incluso los delincuentes han perdido la ambición. En un sitio así, los elogios son esquivos. Es difícil plantarse ante la ventana a ver cómo la nieve cubre de plumas los cubos de basura desbordados (los camiones de la basura parecen recordar, esporádica e impredeciblemente, que allí también hay basura que recoger) y los adoquines agrietados, sin pensar de antemano que volverá a ser barro parduzco y a formar en las esquinas lagos marrones que cubren hasta el tobillo, donde flotarán las colillas y las bolas de los envoltorios de papel de plata de los chicles (la plata de los tontos).

Tyler debería volver a la cama. Otro interludio de sueño y, quién sabe, podría despertar en un mundo de una limpieza aún más avanzada y decidida, un mundo cubierto por un manto blanco aún más grueso sobre el lecho de ceniza y monotonía.

No obstante, se resiste a apartarse de la ventana en ese estado de enfangada tristeza. Volver ahora a la cama se parecería demasiado a ver una obra de teatro delicada y emocionante que no llega a un final trágico ni feliz, sino que se va consumiendo hasta que no quedan actores en el escenario y el público repara en que debe de haber terminado y es hora de levantarse y marcharse del teatro.

Tyler ha prometido moderarse. Los dos últimos días se ha portado bien. Pero ahora, justo ahora, se trata de una emergencia metafísica menor. Beth no ha empeorado, pero tampoco ha mejorado. Knickerbocker Avenue espera con paciencia, mientras dura este breve interludio de inesperada belleza, hasta que pueda volver a los charcos y la nieve medio derretida de su estado natural.

Muy bien. Esta mañana hará una excepción. Puede recobrar el rigor fácilmente. Esto no es más que un empujón en un momento en que lo que necesita.

Va a la mesilla de noche, saca el frasquito del cajón y da un par de esnifadas rápidas.

Y ahí está. He ahí el aguijonazo que hace que se sienta con vida. Ha regresado

después del viaje nocturno del sueño lleno de claridad e intención; ha renovado su ciudadanía en el mundo de la gente que se esfuerza y se relaciona, de la gente que va en serio, que arde y desea, que lo recuerda todo, que anda sin miedo y con lucidez.

Vuelve a la ventana. Si el cristal de hielo pretendía fundirse con su ojo, la transformación ya se ha completado; ahora ve mejor con la ayuda de esa lupa minúscula...

Ahí está otra vez Knickerbocker Avenue y, sí, pronto volverá a su habitual estado indistinguible de un millar de sitios similares, no es que Tyler lo haya olvidado, pero el mugriento e inminente futuro le trae sin cuidado, del mismo modo que Beth dice que la morfina no erradica el dolor sino que lo aparta a un lado, hace que deje de ser importante, como una atracción secundaria y mortificante (¡Vean al niño serpiente! ¡Vean a la mujer barbuda!) pero remota y, por supuesto, falsa, solo látex y cola adhesiva.

El dolor, no tan intenso, de Tyler, la humedad de sus engranajes internos, todos esos cables que silban y dan chispas en su cerebro, se han secado de golpe por la coca. Un momento antes se sentía confuso y mordaz, pero ahora —una rápida esnifada de magia pura— es todo inspiración y agudeza. Se ha despojado del disfraz, y su verdadero traje le sienta a la perfección. Tyler es un público de una sola persona, desnudo de pie ante una ventana a principios del siglo XXI, con el tórax henchido de esperanza. Parece posible que todas las sorpresas (su plan no era exactamente ser un músico desconocido a los cuarenta y tres años, ni vivir en una castidad erotizada con su novia agonizante y su hermano pequeño, que poco a poco ha pasado de ser un joven hechicero a un mago cansado de mediana edad que saca palomas de una chistera por diezmilésima vez) hayan sido parte de un esfuerzo inescrutable, demasiado inmenso para verlo; una acumulación de oportunidades perdidas, de planes cancelados y de chicas que eran casi lo que quería pero no del todo, unas oportunidades que, por azarosas que parecieran entonces, lo han llevado hasta allí, a esa ventana, a esa vida difícil pero interesante, a sus amores a cara de perro, a su vientre todavía firme (las drogas ayudan) y la polla que asoma (la suya) ahora que los republicanos están a punto de irse y va a empezar un mundo nuevo limpio y frío.

Cogerá un trapo y secará la nieve fundida del suelo. Él se encargará. Adorará a Beth y a Barrett con mayor pureza. Surtirá y proveerá, hará un turno extra en el bar, ensalzará la nieve y todo lo que toque. Los sacará de ese sucio apartamento, cantará con todas sus fuerzas en el corazón del mundo, encontrará un agente, se le ocurrirá algún apaño, recordará poner en remojo las judías del cocido, llevará a Beth a tiempo a la quimio, tomará menos coca y dejará el Dilaudid, terminará de leer *Rojo y negro*. Abrazará a Beth y a Barrett, les consolará, les recordará que no hay de qué preocuparse, les dará de comer, les hablará de cosas que les vuelvan más visibles.

Fuera, la nieve cambia con la dirección del viento y da la impresión de que una fuerza benigna, un gigantesco observador invisible, haya sabido lo que Tyler deseaba antes que él mismo: una repentina animación, un cambio, que la nieve que cae

lentamente se eleve y se convierta en sábanas sacudidas por el viento, en un etéreo mapa de las corrientes de aire; y, sí, ¿estás preparado, Tyler?, ha llegado la hora de soltar las palomas, cinco, del tejado de la licorería, es hora de que emprendan el vuelo y luego (¿estás mirando?) de que, plateadas por la luz del alba, giren entre los copos arrastrados por el viento y floten sin esfuerzo hacia el oeste en el aire agitado que empuja la nieve hacia el East River (donde las barcazas, blanqueadas como barcos de hielo, se estarán abriendo paso entre las olas); y sí, exacto, un instante después será el momento de apagar las farolas y, al mismo tiempo, de que un camión doble la esquina de Rock Street con los faros todavía encendidos y de que el techo plateado refleje lucecitas de advertencia, rubíes y granates, es perfecto, increíble, gracias.

Barrett corre sin camisa entre las ráfagas de nieve. Tiene el pecho enrojecido; su aliento estalla en bocanadas de vapor. Ha dormido unas horas de sueño agitado. Ahora ha salido a correr como todas las mañanas. Encuentra consuelo en ese acto tan habitual de correr por Knickerbocker, y dejar a su paso el leve rastro, que se evapora rápidamente, de sus propias exhalaciones, como una locomotora que atravesara una ciudad todavía dormida y cubierta de nieve, aunque Bushwick solo parece una ciudad de verdad, sometida a la lógica estructural de la ciudad (frente a su verdadera condición de edificaciones caóticas y solares vacíos y cubiertos de escombros, sin centro ni afueras), al despuntar el día, solo en ese gélido silencio que está a punto de acabar. Pronto abrirán las tiendas y las carnicerías de Flushing, balarán las bocinas de los coches, el loco —sucio y oracular, resplandeciente en su demencia como algunos de los santos más lívidos y mortificados— ocupará su puesto, con la diligencia de un centinela, en la esquina de Knickerbocker y Rock. Pero ahora, por el momento, todo está en silencio. Knickerbocker continúa amortiguada, incipiente y sin sueños, vacía excepto por unos cuantos coches que se arrastran con precaución y sajan la nieve con las luces de sus faros.

Lleva nevando desde medianoche. La nieve se arremolina y cae mientras el punto del equinoccio pasa, y el cielo empieza a cambiar de manera casi imperceptible del marrón negruzco y nocturno al gris aterciopelado y resplandeciente de primera hora de la mañana, el único cielo inocente de Nueva York.

Anoche el cielo despertó, abrió un ojo, y vio nada más y nada menos que a Barrett Meeks, de regreso a casa con un abrigo estilo cosaco, en mitad de la plataforma helada de Central Park. El cielo le observó, se fijó en él, volvió a cerrar el ojo y retornó a esos sueños más reveladores e incandescentes que hacen girar las galaxias y que Barrett solo acierta a imaginar.

Un temor: lo de anoche no fue nada, un parpadeo, un atisbo accidental detrás de una cortina celestial, una de esas cosas que pasan. Barrett no ha sido «elegido», igual que la criada del piso de arriba no estaría destinada a emparentar con la familia porque hubiese visto desnudo al hijo mayor camino del cuarto de baño cuando pensaba que el pasillo estaba vacío.

Otro temor: lo de anoche fue algo, pero es imposible saber, o siquiera intuir, qué. Barrett, un católico perverso y desorientado incluso cuando estaba en primaria (el Cristo de mármol a la entrada de la Escuela de la Transfiguración estaba buenísimo, con esos abdominales tan marcados, esos bíceps y ese rostro quejoso y recatado), no recuerda que ni siquiera la más desesperanzada de las monjas le hablase de una visión otorgada de forma tan arbitraria y carente de contexto. Las visiones son respuestas. Las respuestas implican preguntas.

No es que Barrett esté falto de preguntas. ¿Quién lo está? Pero no hay muchas que imploren la respuesta de un profeta o un oráculo. Aun cuando tuviese ocasión, ¿querría que un discípulo corriera en calcetines por un oscuro y parpadeante pasillo para interrumpir al vidente y preguntarle: por qué los novios de Barrett Meeks

resultan ser todos unos memos sádicos? O ¿qué ocupación atraerá por fin el interés de Barrett más de seis meses?

Entonces ¿cuál —si es que anoche se expresó alguna intención, si ese ojo celestial se abrió específicamente para Barrett— fue la anunciación? ¿Qué quería exactamente la luz que hiciese?

Cuando llegó a casa, preguntó a Tyler si la había visto (Beth estaba en la cama, mantenida en órbita por el campo gravitacional cada vez más intenso de su zona gris). Cuando Tyler respondió: «¿Que si he visto qué?», Barrett descubrió, para su sorpresa, que no le apetecía hablarle de la luz. Por supuesto, había una explicación evidente — ¿quién quiere que su hermano mayor sospeche que ve visiones?—, pero también una sensación más peculiar, para Barrett, de cierta necesidad de discreción, como si hubiese recibido instrucciones silenciosas de no contárselo a nadie. Así que se inventó algo a toda prisa sobre un conductor que se había dado a la fuga tras un accidente en la esquina de Thames Street.

Y luego echó un vistazo a las noticias.

Nada. Las elecciones, claro. Y que Arafat se está muriendo; que se han confirmado las torturas en Guantánamo; que una esperada cápsula espacial con muestras tomadas del Sol se ha estrellado porque no se abrió el paracaídas.

Pero ningún locutor de rostro enjuto miró directamente a la cámara y dijo: «Esta noche el ojo de Dios contempló la Tierra...».

Barrett preparó la cena (en días así no se puede contar con que Tyler recuerde que la gente necesita comer con regularidad y Beth está demasiado enferma). Se permitió volver a pensar en aquel último amor perdido. Tal vez fuese por aquella conversación telefónica de madrugada, cuando supo que estaba extendiéndose demasiado sobre el cliente chiflado que había insistido en que, antes de comprar una chaqueta concreta, necesitaba pruebas de que se había fabricado en condiciones exentas de crueldad —a veces Barrett puede ser un plomo, ¿verdad?— o tal vez por la noche en que sacó la bola de billar de la mesa, y la lesbiana le hizo aquel comentario a su novia (a veces también puede ser un motivo de vergüenza).

No obstante, no pudo considerar mucho más tiempo sus misteriosas fechorías. Había visto algo imposible. Algo que, aparentemente, no había visto nadie.

Preparó la cena. Intentó seguir completando la lista de motivos por la que le habían dejado.

Ahora, a la mañana siguiente, ha salido a correr. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Cuando salta un charco helado en la esquina de Knickerbocker y Thames, las farolas se apagan. Ahora que se le ha aparecido una luz muy diferente, se sorprende imaginando alguna relación entre su salto y el apagón, como si él, Barrett, hubiese ordenado apagarse a las farolas al saltar. Como si un hombre solitario, que sale a correr las tres millas diarias, pudiera ser el instigador del nuevo día.

Entre ayer y hoy hay esa diferencia.

Tyler se resiste a un impulso de trepar al alféizar de la ventana del dormitorio. No está pensando en el suicidio. Joder, no. Y además, aunque así fuese, es solo un segundo piso. Lo más que podría hacer es romperse una pierna y tal vez —solo tal vez— su cráneo podría besar el pavimento con fuerza suficiente para sufrir una conmoción. Pero sería un gesto patético, la versión fracasada de esa decisión fatigada, desafiante e ineludiblemente cortés de decir: «Basta» y hacer mutis por el foro. No tiene intención de acabar tendido en la acera, contusionado y magullado, después de un salto en el vacío de no más de veinte pies.

No está pensando en el suicidio, únicamente en introducirse en la tormenta; en que el viento y la nieve le asalten de manera más punzante. La desventaja (una de las desventajas) de ese apartamento es que solo se puede estar dentro mirando por la ventana, o fuera, en la calle, mirando hacia la ventana. Sería tan agradable, tan fenomenal, estar desnudo a la intemperie, tan a su merced...

No le queda más remedio que asomarse cuanto puede, lo que supone poco más que recibir la bofetada del viento helado en la cara y notar cómo la nieve le apedrea el cabello.

Cuando vuelve de correr, Barrett entra en el apartamento, en su calor y en su olor: en el vapor de madera húmeda de sauna exhalado por los radiadores viejos; en el aroma polvoriento de las medicinas de Beth; en los matices de pintura y barniz que se niegan a disiparse, como si ese viejo agujero no pudiera absorber del todo ningún intento de mejora; como si el fantasma de ese edificio no pudiera y no quisiese creer que sus paredes ya no están desnudas y sucias por el humo, que sus habitaciones ya no están habitadas por mujeres de falda larga que sudaban al lado de la estufa mientras sus maridos empleados de fábricas maldecían en la mesa de la cocina. Esos aromas de obligadas mejoras domésticas, esa mezcla de pintura y consulta de médico, no pueden hacer mucho más que flotar sobre un intenso olor primordial a grasa de jamón, sudor y esperma, a sobaco, *whisky* y podredumbre húmeda y oscura.

La tibieza del apartamento produce un cosquilleante entumecimiento en la piel de Barrett. En sus carreras matutinas se funde con el frío, lo habita igual que un nadador de fondo debe habitar el agua, y solo cuando vuelve a estar en casa comprende que de hecho está medio congelado. Después de todo, no es un cometa sino un hombre, desesperadamente humano, y que, por ello, debe volver a ser izado —al apartamento, el bote o la lanzadera espacial— antes de que acaben con él las bellezas aniquiladoras, los lugares frígidos, silenciosos y sin aire, la negrura helicoidal y espiral que le gustaría considerar su verdadero hogar.

Se le apareció una luz. Y volvió a desaparecer, como un recuerdo no deseado de su infancia eclesial. Barrett ha sido, desde los quince años, inflexiblemente laico, como solo puede serlo un excatólico. Hace decenios que se liberó de la locura y los prejuicios, de la sangre santa que llegaba en tetrabriks por UPS, de la alegría derrotada y falta de imaginación de los curas.

No obstante vio una luz. La luz lo vio a él.

¿Qué debería hacer?

De momento, es la hora de su baño matutino.

En el pasillo, camino del baño, pasa junto a la puerta de Tyler y Beth, que se ha abierto bostezante por la noche, como todas las puertas, cajones y armarios de ese apartamento alabeado. Barrett se detiene y no dice nada. Tyler está asomado a la ventana, desnudo, de espaldas a la puerta abierta, dejando que la nieve le caiga encima.

A Barrett siempre le ha fascinado el cuerpo de su hermano. Tyler y él no se parecen mucho para ser hermanos. Barrett es un grandullón, no gordo (aún no), sino osuno, de ojos y labios enrojecidos; cubierto de vello pelirrojo, dotado (le gusta pensar) de una astucia sensual y encantada, el príncipe transformado en lobo o en león, todo zarpas y docilidad, esperando, con ávidos ojos amarillentos, el primer beso del amor. Tyler es ágil y nervudo, de músculos tensos. Puede parecer, incluso en reposo, un funambulista a punto de saltar de una plataforma. El de Tyler es, en cierto modo, un cuerpo esbelto, pero decorativo, el cuerpo de un actor; por alguna razón evoca la palabra «garboso». Tyler tiene un cuerpo irreverente. Exuda la pillería de un

artista circense.

La gente casi nunca repara en que son hermanos. Y, no obstante, se percibe en ellos cierta intención genética inescrutable. Barrett lo sabe con certeza, aunque no podría explicarlo. Se parecen en cosas que solo ellos saben. Poseen una especie de conocimiento feral del otro, excrecencia y heces. Nunca resultan misteriosos el uno para el otro, ni siquiera cuando lo son para los demás. No es que no discutan o se peleen, sino que nada que el uno haga o diga parece sorprender al otro. Es como si hace mucho tiempo hubiesen acordado, sin hablarlo siquiera, mantener sus afinidades en secreto cuando haya alguien delante; discutir por tonterías en las cenas, competir por la atención de los demás, insultarse y despreciarse sin pensarlo; actuar en público como hermanos normales, y reservar su casto y ardiente idilio para sí mismos, como si fuesen una secta de solo dos miembros que se hicieran pasar por ciudadanos normales a la espera del momento de actuar.

Tyler se aparta de la ventana. Podría jurar que había sentido unos ojos fijos en su nuca y, aunque no ve a nadie, nota una esencia, una forma disuelta que el aire en el umbral aún no ha olvidado del todo.

Y luego el sonido del agua en la bañera. Barrett ha vuelto de correr.

¿Por qué la presencia de Barrett, cada vez que regresa de algún sitio, sigue pareciéndole un acontecimiento? En cada ocasión es como la vuelta del hijo pródigo. A fin de cuentas, no es más que Barrett, el hermano pequeño, el niño gordito agarrado a una tartera de *La tribu de los Brady*, que lloriqueaba cuando arrancaba el autobús; el payaso adolescente que de algún modo escapó al destino asignado de manera casi automática a los pecosos y gorditos; Barrett que celebraba audiencia en la cafetería del instituto, el bardo de Harrisburg, Pennsylvania; Barrett, con quien Tyler ha librado incontables batallas infantiles a santo del territorio y los chismorreos, y con quien ha competido por las volubles y majestuosas atenciones de su madre; Barrett, cuya condición puramente animal le es más familiar incluso que la de Beth; Barrett, cuya inteligencia capaz y rara le llevó a Yale, y que desde entonces le ha explicado con paciencia a Tyler, y solo a Tyler, la lógica irrefutable de sus diversos planes: los años después de su graduación que pasó viajando en coche por el país (atravesó veintisiete fronteras estatales), probando diversos empleos (cocinero de frituras, recepcionista de motel, aprendiz de albañil) porque su inteligencia se había desarrollado más de la cuenta mientras sus manos seguían siendo ignorantes; luego la promiscuidad (porque estaba demasiado absorbido por sus amoríos; demasiado decidido a ser un Byron de nuestro tiempo, fue el momento de hacer un curso acelerado sobre la vileza y brutalidad del amor); el inicio del doctorado («Me ha sentado bien descubrir por mí mismo que la Noche Desenfrenada Americana tiende a consistir en ir al Burger King en Seattle porque es el único sitio que está abierto después de medianoche») y su abandono («Que estuviese equivocado sobre la vida en la carretera no significa que no tuviese razón al no querer pasarme la vida estudiando el uso de los paréntesis en el James de la última época»); la empresa fracasada de internet que inició con su novio fanático de los ordenadores; el café que sigue abierto en Fort Green que Barrett abandonó junto a su novio siguiente, cuando el tipo le amenazó con un cuchillo de trinchar el pavo; etcétera.

En su momento todos aquellos planes parecían o bien buenas ideas o (los preferidos de Tyler) ocurrencias extrañas y fabulosas, con esa lógica desequilibrada que conduce a la grandeza a unos cuantos ciudadanos inspirados.

No obstante, ninguno parece haberle llevado a ningún sitio en particular.

Y ahora Barrett, el torturado Cándido de la familia, el que parecía tan claramente destinado a las alturas vertiginosas o el más absoluto desastre, ha cometido el más prosaico de los actos humanos: ha perdido su apartamento y, como no tiene dinero para alquilar uno nuevo, se ha mudado con su hermano mayor. Ha hecho lo que menos se esperaba de él: se ha convertido en uno de esos neoyorquinos que apenas tienen para ir tirando, un tipo cuya modesta casita de hobbit en Horatio Street estuvo

bien hasta que el edificio pasó a estar en régimen de propiedad.

De todos modos, sigue siendo Barrett, y no ha dejado de maravillarse a Tyler de un modo pausado pero continuo.

El Barrett actual, el que ha abierto el agua del baño al otro extremo del pasillo, es el mismo que pareció tanto tiempo un niño mágico, hasta que empezó a dar la impresión de que ese niño era el tercer hijo no nacido. Como si los Meek de Harrisburg hubiesen tenido un hijo de menos. Produjeron a Tyler, con su feroz concentración, su atlética desenvoltura y sus singulares dotes para la música (¿quién sabe, al principio, cuán dotado hay que ser?), y luego a Barrett, que llegó con su panoplia de lánguidas habilidades (sabe recitar más de cien poemas; sabe lo bastante de filosofía occidental para dar una serie de conferencias, si alguien se lo pidiera; aprendió a hablar francés casi fluido después de dos meses en París), pero sin la capacidad de elegir, y de perseverar.

Barrett, ahora, está a punto de bañarse.

Tyler esperará hasta que deje de correr el agua. Incluso con Barrett hay formalidades. Tyler puede estar presente mientras su hermano está en la bañera, pero, por alguna razón real e inexplicable, no soporta verlo meterse en el agua.

Tyler vuelve a sacar el frasquito del cajón de la mesilla se prepara dos rayas, se apoya en el borde del colchón para aspirarlas. No hay nada, ciertamente nada, que pueda compararse a las de la mañana (aunque esta mañana es la última, es su mañana de despedida); las que te abofetean y te hacen ver la belleza, las que apartan la pereza, vaporizan los caprichos, el residuo de los sueños; las que te arrancan de golpe del sopor, del reino de las sombras que tanto te asombra, en el que te preguntas por qué y piensas en volver a dormir, y en lo dulce y agradable que sería seguir durmiendo.

El agua se detiene. Barrett debe de estar sumergido.

Tyler vuelve a ponerse los calzoncillos bóxer del día anterior (negros, estampados con diminutas calaveras blancas), recorre el pasillo y abre la puerta del baño. A su manera es el cuarto menos inquietante del apartamento, pues es el único que no ha sido reformado y vuelto a reformar a lo largo del último siglo y más. Los demás cuartos están hechizados por los innumerables intentos de borrar un pasado u otro con pintura o paneles de madera falsa, con un techo aislante (lo más horrible del apartamento: sucios cuadrados blancos picados de viruela y hechos de Dios sabe qué, a Tyler le recuerdan bloques de pena seca y congelada), con alfombras que cubren el linóleo que a su vez cubre unos tablones de pino astillados. Solo el cuarto de baño sigue en esencia tal como era, con sus sucios azulejos hexagonales blancos, el lavabo en un pedestal y un váter del que aún cuelga una cadena de la cisterna. Es una estancia que conserva intacta su antigüedad, el único sitio donde es posible escapar de las reformas baratas llevadas a cabo por los inquilinos que intentaron animar un poco las cosas, que imaginaron que el papel adhesivo estampado con hibiscos que pegaron en la encimera de la cocina, o la palabra «Suerte» tallada con mano inexperta

en el dintel les ayudaría a sentirse más en casa, en ese apartamento y en el mundo; y que, a esas alturas, se han mudado o han muerto.

Barrett está en la bañera. Es innegable su capacidad de exhibir cierta cómica grandeza; un orgullo de existir que lleva consigo a todas partes; algo majestuoso, algo que sin duda debe ser heredado, no elaborado ni fingido. Barrett no está tumbado en la bañera. Se sienta con la espalda recta y gesto inexpresivo, como un oficinista en el tren de vuelta a casa.

—¿Qué haces? —pregunta.

Tyler saca un cigarrillo del paquete que guarda en el armario de las medicinas. Ya solo fuma en el cuarto de baño, para no incomodar a Beth.

—Anoche nos olvidamos la ventana abierta. El dormitorio está lleno de nieve.

Golpea con violencia el paquete antes de sacar un cigarrillo. No está del todo seguro de por qué la gente hace eso (¿para concentrar el tabaco?), pero le gusta, disfruta con ese golpe severo y riguroso que forma parte del ritual del encendido.

—¿Sueños? —pregunta Barrett.

Tyler enciende el cigarrillo. Se dirige a la ventana, abre una rendija, exhala el humo hacia el tubo de ventilación. Su exhalación es respondida por un cosquilleo de aire gélido que se cuele en el cuarto de baño.

—Una especie de alegría ventosa —responde—. Sin más detalles. La felicidad de la meteorología, aunque sea una felicidad llena de arena que sopla sin que nadie se lo pida, tal vez en una ciudad de Sudamérica. ¿Y tú?

—Una estatua con una erección —dice Barrett—. Un perro que se escabulle. Me temo que eso es.

Hacen una pausa como si fuesen científicos tomando notas.

—¿Has oído ya las noticias? —pregunta Barrett.

—No. Me da un poco de miedo.

—A las seis seguía por delante en las encuestas.

—No va a ganar —replica Tyler—. Me refiero a que no había putas armas de destrucción masiva. Ni una. Cero.

La atención de Barrett se ve brevemente distraída por la búsqueda, entre las botellas de champú, de una que siga conteniendo champú. Y menos mal. Tyler sabe que puede ser obsesivo sobre ese asunto, monomaniático; que llega a ser pesado en su convencimiento de que si los demás supieran, si llegasen a entender...

No había armas de destrucción masiva. Y pese a todo los bombardeamos.

Y, dicho sea de paso, ha destruido la economía. Ha despilfarrado cerca de un trillón de dólares.

A Tyler le parece imposible que eso pueda no tener importancia. Le saca de sus casillas. Y ahora que ya no está contemplando su propio reino nevado, ahora que se ha colocado para salir de ese estado lánguido de quien despierta antes de la cuenta, no solo tiene aguzados los sentidos, sino que vuelve a ser vulnerable a las fuerzas del temor y la inquietud.

Exhala otra bocanada en el frío que se cuela en el cuarto de baño, observa cómo se evaporan las volutas de humo entre la nieve.

—Lo que de verdad me inquieta es el peinado de Kerry —dice Barrett.

Tyler cierra los ojos y frunce el ceño, como haría si estuviese a punto de contraer una jaqueca. No quiere ser, y no será, el que no soporta las bromas, el tío al que hay que invitar en vacaciones aunque todos sabemos que va a despotricar sobre... cualquier injusticia, traición o fechoría histórica que lleve soldada al cuerpo como una armadura.

—Pues a mí lo que me preocupa es Ohio —comenta Tyler.

—Creo que saldrá bien —responde Barrett—. Tengo una intuición. O, en fin, llámalo esperanza.

Tiene esperanza. La esperanza hoy es un gorro de bufón descolorido con una campanilla en la punta. ¿Quién sigue teniendo ánimos de ponérselo? ¿Quién tiene valor de quitárselo y dejarlo arrugado en la acera? Tyler no.

—Yo también —dice—. Tengo esperanza, creencias e incluso una o dos partículas de fe verdadera.

—¿Qué tal vas con la canción de Beth?

—Estoy un poco atascado —responde Tyler—. Pero anoche hice algunos progresos.

—Bien. Eso está bien.

—Regalarle una canción parece... poca cosa, ¿no crees?

—Pues claro que no. ¿Qué regalo de boda mejor para ella? ¿Una BlackBerry?

—Es muy difícil.

—Componer canciones lo es. Bueno, como casi todo, ¿no te parece?

—Supongo que sí —dice Tyler.

Barrett mueve la cabeza. Pasan por un momento de silencio más antiguo que ningún otro que recuerden, la tranquilidad de crecer juntos, de dormir en la misma habitación; el silencio compartido que siempre ha sido su verdadero elemento, interrumpido por supuesto por conversaciones, peleas, pedos y risas por los pedos, pero esencial, el ambiente al que siempre han regresado, un campo insondable de oxígeno formado por sus moléculas combinadas.

—A mamá le cayó un rayo en un campo de golf —dice Tyler.

—¡Ay!, sabes de sobra que lo sé.

—Betty Ferguson dijo en el discurso fúnebre que ese día iba tres bajo par.

—También lo sé.

—A Big Boy lo atropelló el mismo coche, dos veces. Y no lo mató. Luego se asfixió con una barrita Snickers en Halloween.

—Tyler, de verdad...

—Luego compramos otro sabueso y lo llamamos Big Boy Dos, y lo aplastó el hijo de la mujer que había atropellado dos veces a Big Boy Uno. Era la primera vez que el hijo de la mujer conducía solo, el día de su decimosexto cumpleaños.

—¿Por qué dices todo esto?

—Estoy enumerando cosas imposibles que pese a todo suceden —responde Tyler.

—Bueno, Bush no saldrá reelegido.

Tyler no replica: «Y Beth vivirá». No dice: «La quimio está haciendo efecto».

—Lo único que quiero es que la puñetera canción sea buena —dice.

—Lo será.

—Hablas como mamá.

—Soy como mamá —responde Barrett—. Y lo cierto es que a Beth le dará lo mismo si la canción no es buena.

—A mí no.

La compasión que siente Barrett por su hermano asoma a sus ojos y se ensombrecen igual que los de su padre. Es uno de sus talentos, aunque el suyo no sea un padre especialmente dotado. En caso necesario, tiene la habilidad de cambiar así la mirada, una dilatación e intensificación que dice a sus hijos: «No tenéis que preocuparos más de lo que ya os preocupáis».

Deberían llamarle, ha pasado, ¿cuánto?, más de una semana ya. Tal vez dos.

¿Por qué se casó tan pronto con Marva, después de morir mamá? ¿Por qué se mudaron a Atlanta, qué están haciendo allí?

¿Quién es ese tipo, de dónde ha salido la mantita escocesa? ¿Cómo puede amar a Marva? Marva no está mal, es divertida a su manera brusca y provocadora, te acostumbras a no mirar la cicatriz, pero ¿cómo puede su padre dejar de ser el solícito penitente de mamá? El acuerdo siempre estuvo muy claro. Ella era el objeto preciado y amenazado (le cayó encima un rayo), estaba pintado en su rostro (en su belleza eslava, lechosa y azulada que parecía tallada a mano, en su mirada de porcelana). Su padre era el chófer oficial, el tipo que la obligaba a dar una cabezada, el que sufría ataques de pánico si ella llegaba media hora tarde; el chico de mediana edad que se habría plantado bajo la lluvia al pie de su ventana hasta enfermar.

Y ahora, esta persona. Ese hombre que lleva chanclas Texas y pantalones cortos Tommy Bahama. Ese tipo que se pasea a toda velocidad por Atlanta con Marva en un Chrysler Imperial descapotable, exhalando el humo de cigarrillo hacia cualquier constelación que haya sobre Georgia.

Probablemente le resulte más fácil ser ese tipo. Tyler ni le envidia ni le envidiará.

Además su padre se liberó de los deberes paternales hace años y años, ¿no? Puede que lo hiciese ya cuando Barrett y él estuvieron bebiendo, después del funeral de su madre.

Tenían diecisiete y veintidós años. Se quedaron unos días en casa como perros sin dueño, en calcetines y calzoncillos, bebiéndose todas las reservas (el *whisky* y el *vodka* llevaron a la ginebra, que les llevó al tequila sin marca, que a su vez les llevó a una botella con un cuarto de Tia Maria y a unos dedos de Drambuie que quizá llevasen allí veinte años o más).

Languidecieron varios días en el salón que se había vuelto célebre de pronto,

rodeados de las cosas normales que se habían convertido bruscamente en las cosas de su madre. Tyler y Barrett, lacrimosos, asustados e impresionados, emborrachándose en calzoncillos y calcetines; fue (tal vez fuese) la noche en que doblaron cierta esquina...

¿Tú crees que...?

¿Qué?

Estaban tumbados en el sofá que siempre había estado allí, el espantoso y desvencijado sofá de color bizcocho que se esforzaba cuanto podía en ascender de basura raída a objeto santo.

Ya lo sabes.

¿Y si no lo sé?

Joder, claro que sí.

Está bien, sí. Sí. Yo también quisiera saber si papá se preocupaba tanto por puñeteras tonterías...

Que lo convocó.

Gracias. No podía decirlo.

Que algún dios o diosa lo oyó, durante uno de sus muchos ataques de pánico por si la habían atracado en el supermercado, o tenía, qué sé yo, cáncer de pelo...

Que habían enviado algo que ni siquiera él habría podido imaginar.

No es cierto.

Lo sé.

Pero los dos lo estamos pensando.

Esos podían haber sido sus esponsales. El momento en que tomaron los votos: Ya no somos hermanos, somos compañeros, supervivientes de una nave espacial, una tripulación de dos hombres que vaga entre las grietas y los peñascos de un planeta que podría estar habitado solo por nosotros. Ya no necesitamos, ni queremos, un padre.

De todos modos tienen que llamarle. Ha pasado demasiado tiempo.

—Lo sé —dice Barrett—. Sé que para ti es importante. Pero creo que deberías tener presente que a ella le dará igual. O al menos más que a ti.

Barrett, con su pecho ancho, desnudo en el agua grisácea, está en posesión de su resplandor blanco-sonrosado majestuoso y torturado.

—Voy a preparar un café —dice Tyler.

Barrett se pone de pie en la bañera, chorreando agua, un híbrido de fornida y robusta virilidad y niño gordito.

Esa peculiaridad: a Tyler no le turba la imagen de Barrett emergiendo del agua. Lo que, por motivos misteriosos, le resulta difícil presenciar es su inmersión.

¿Podría tener que ver con el peligro y el rescate? Bah.

Otra peculiaridad: conocer tus motivos más profundos, los orígenes de tus pecadillos y paranoias, no tiene necesariamente por qué suponer una gran diferencia.

—Voy a ir a la tienda —anuncia Barrett.

—¿Ahora?

—Me apetece estar solo.

—Cualquiera diría que no tienes tu propia habitación. ¿No te estaré molestando?

—Anda, calla.

Tyler le lanza a Barrett una toalla del toallero.

—Parece buena idea que la canción trate de la nieve —dice Barrett.

—Lo parecía cuando la empecé.

—Lo sé. Quiero decir que todo parece infinitamente prometedor, inspirado y grande... No intento parecer profundo, ni nada por el estilo.

Tyler se queda un momento más, para notar plenamente la embestida. Vuelven a repetir lo de los ojos cada cual a beneficio del otro. Es sencillo, sin dramatismo, ni lloroso ni cohibido, no sucede nada verdaderamente ardiente, pero se pasan y se devuelven algo. Llamémoslo un reconocimiento, aunque es algo más. Un reconocimiento, y también la mutua llamada al hermano fantasma, al tercero que no consiguió nacer, y que, por su condición espectral —menos que espectral, por su condición de nada— es su médium, su gemelo, su demonio; el chico (nunca pasará de la santificada gravedad de rostro sonrosado del querubín) que es una combinación de los dos.

Barrett se seca. El agua, ahora que ha salido de la bañera, ha pasado, como hace siempre, de su inicial y vaporosa transparencia a una oscuridad tibia. ¿Por qué? ¿Son residuos del jabón, o residuos de Barrett: la capa exterior de epidermis muerta y de mugre de la ciudad y (no puede evitar pensarlo) parte de su esencia, de sus pequeños egoísmos y vanidades, de la admiración que siente por sí mismo y de su costumbre de lamentarse, que han sido lavados, de momento, con jabón, y dejados atrás para colarse en espiral por el desagüe?

Contempla un instante más el agua de baño. Es el agua de siempre. No es distinta a la mañana siguiente de haber visto algo que en realidad no puede haber visto.

¿Por qué exactamente habrá pensado Tyler que esta era una buena mañana para que volviesen a lo de su madre?

Un salto en el tiempo: su madre se reclina en el sofá (que está ahí ahora, justo ahí, en el cuarto de estar de Bushwick), fumando, alegre y soñolienta después de unos cuantos old-fashioneds (Barrett la prefiere cuando bebe, la bebida subraya su aspecto de derrota consciente y extravagante; el descuido irónico y divertido que le falta cuando está sobria, cuando la excesiva claridad le obliga a recordar que una vida de majestuosa decepción, aunque dolorosa, también es chejoviana; solemne y más bien aparatosa). Barrett tiene nueve años. Su madre lo mira con los ojos chispeantes por la bebida, sonrío con complicidad, como si tuviese un cachorro de leopardo tendido a sus pies, y dice:

—¿Sabes?, vas a tener que cuidar de tu hermano mayor. —Barrett espera, mudo, sentado al borde del sofá, en la curva de las rodillas de su madre, esperando a que llegue la explicación. Su madre da una calada, un sorbo y otra calada—. Porque, cariño —continúa ella—, afrontémoslo. Seamos sinceros, ¿podemos? —Barrett responde que sí. ¿No sería aberrante cualquier cosa que no fuese una sinceridad absoluta entre una madre y su hijo de nueve años?—. Tu hermano es un niño encantador. Un niño verdaderamente encantador.

—¡Ajá!

—Y tú —calada, sorbo—, eres otra cosa. —Barrett parpadea, con los ojos húmedos de incipiente temor. Están a punto de decirle que está subordinado a Tyler; que es el gordito chistoso, el alivio cómico, mientras que su hermano puede matar un jabalí con una sola flecha o talar un árbol de un hachazo—. A ti se te ha concedido un don. Que me parta un rayo si sé de dónde lo has sacado. Pero lo supe. Lo supe en el acto. En cuanto naciste. —Barrett sigue parpadeando para contener las lágrimas que está decidido a no verter delante de ella, aunque cada vez está más intrigado por saber de qué le habla exactamente—. Tyler es popular —dice su madre—. Tyler es guapo. Tyler sabe lanzar un balón... en fin, muy lejos, y en la dirección que se supone que debe ir.

—Lo sé —responde Barrett.

¿Qué extraña impaciencia acude ahora al rostro de su madre? ¿Por qué lo mira como si fuese un adulator, desesperado por complacer a una tía senil fingiendo

sorpresa ante cada giro de una historia que conoce de memoria desde hace años?

—A aquellos a quienes los dioses quieren destruir... —continúa su madre, mientras exhala el humo hacia los cristales de la modesta araña doméstica que se aferra al techo del salón como una tiara puesta del revés. Barrett no está seguro de si no puede o no quiere concluir la frase.

—Tyler es bueno —dice Barrett, sin saber el motivo, aparte de que por lo visto tiene que decir algo.

Su madre habla mirando hacia arriba, en dirección a la araña.

—Justo lo que te estaba diciendo. —Todo empezará a tener sentido. Pronto. Los cristales cuadrados de la araña, agitados por el ventilador eléctrico, cada cristal es del tamaño de un terrón de azúcar, reflejan sus modestos y prismáticos espasmos de luz —. Tal vez tengas que ayudarle, un poco —añade su madre—. Más adelante. Ahora está bien. Está hecho un gallito. —Ser un gallito. ¿Una virtud?—. Solo quiero que, en fin..., recuerdes esta conversación. Dentro de unos años. Recuerda que tu hermano puede necesitar tu ayuda. Puede que necesite una ayuda que a los diez años te resulte inimaginable.

—Tengo nueve —le recuerda Barrett.

Casi treinta años después, tras llegar al futuro al que se refería su madre, Barrett quita el tapón de la bañera. He ahí el familiar sonido del agua al colarse por el desagüe. Es una mañana como cualquier otra, solo que...

La visión es el primer acontecimiento relevante, ¿en cuántos años?, que no le ha contado y que continúa sin contarle a Tyler. Desde niño, nunca ha guardado a solas un secreto.

Por supuesto, nunca ha guardado un secreto como este.

Se lo dirá, pero ahora no, aún no. No está preparado para afrontar su escepticismo, o sus animosos esfuerzos por creerle. Mientras Beth no mejore o empeore, no tiene valor para convertirse en otro motivo de preocupación.

Un hecho terrible: a veces comprende que quiere que Beth muera o se recupere.

La interminable espera, la incertidumbre (la semana pasada tenía más glóbulos blancos, eso es bueno, pero los tumores del hígado no crecen ni disminuyen y eso no lo es tanto), pueden ser peores que el duelo.

Una sorpresa: no hay nadie al timón del barco. Ahora hay cinco médicos distintos, ninguno de ellos verdaderamente al mando, y a veces sus opiniones no coinciden. Se esfuerzan, no son malos médicos (excepto Steve el Temible, el tipo de la quimio), no son negligentes, prueban esto y lo otro, pero Barrett (y Tyler, y tal vez Beth, aunque ella nunca ha hablado del asunto) había imaginado a un guerrero, alguien amable y augusto, alguien que estuviese seguro de lo que hacía. Barrett no había contado con ese escuadrón desorganizado —todos, excepto Betty la Gorda, inquietantemente jóvenes— que conoce la lengua de la curación, que recita términos de siete sílabas (y tiende a olvidar, o a pasar por alto, el hecho de que sus palabras son incomprensibles para cualquiera que no sea médico), que sabe manejar la maquinaria,

pero que, pura y simplemente, ignora qué va a funcionar, o qué va a suceder.

Por el momento puede callarse lo de la luz celestial. Tyler no necesita un anuncio semejante.

Como es lógico, Barrett ha buscado en Google cualquier posible enfermedad (desprendimiento de retina, tumor cerebral, epilepsia, brote psicótico) presagiada por la visión de una luz. Ninguna encaja.

Aunque ha visto algo extraordinario, y espera que no sea el precursor de una enfermedad mortal que no ha podido encontrar en internet, no le han dado instrucciones, no ha sufrido ninguna transformación, no ha habido órdenes ni mensaje: es exactamente el mismo que era anoche.

Da igual. Se plantea una pregunta: ¿quién era anoche? ¿Ha cambiado en realidad de algún modo sutil o solo se ha vuelto más consciente de los detalles de su propia situación actual? Es difícil de responder.

Una respuesta podría explicar cómo y por qué Barrett y Tyler han vivido de forma tan azarosa (ellos los chicos con una beca nacional —bueno, Barrett; Tyler quedó finalista—, presidentes de club, a Tyler lo eligieron rey del puto baile de graduación); por qué conocieron a Liz cuando Tyler y él asistieron, como si fuesen pareja, a lo que ha quedado en el recuerdo como la peor fiesta de la historia; por qué los tres escaparon de la fiesta y estuvieron juntos hasta medianoche en un sórdido bar irlandés; por qué Liz acabó presentándoles a Beth, recién llegada de Chicago; Beth que no se parece en nada a ninguna de las anteriores novias de Tyler, y de quien él se había enamorado tan deprisa que fue como si a un animal cautivo, al que sus guardianes hubiesen alimentado durante años con lo que pensaban que era su dieta natural, de pronto, un día, por accidente, le hubiesen dado lo que de verdad comía cuando estaba en libertad.

Nunca ha tenido sensación de predeterminación. Es secuencial, pero no exactamente ordenado. Todo ha dependido de ir a esta fiesta en vez de a aquella, de que diese la casualidad de que conociesen a alguien que conocía a alguien que al final de la noche había follado contigo en un portal de la Décima Avenida o te había dado ketamina por primera vez o te había dicho algo sorprendentemente amable, sin venir a cuento, y luego se había ido para siempre, después de prometer que te llamaría; o, en un sentido no menos azaroso, de conocer a alguien que lo cambiará todo, para siempre.

Y ahora es un martes de noviembre. Barrett ha salido a correr como todas las mañanas, se ha dado su baño matutino. Va a ir a trabajar. ¿Qué puede hacer sino lo mismo de siempre? Venderá el género (hoy no habrá mucho movimiento por el mal tiempo). Continuará con su régimen de ejercicios y con la dieta baja en carbohidratos que no cambiará nada con Andrew, pero ayudará, o podría ayudar, a Barrett a sentirse más ágil y trágico, menos como un tejón enamorado de un cachorro de león.

¿Volverá a ver la luz? ¿Y si no vuelve a verla? Puede que envejezca como uno de esos tipos que no paran de repetir que una vez vieron algo inexplicable, uno de esos

que ven ovnis o al Pies Grandes, un vejete que experimentó una visión breve y portentosa de algo inexplicable y luego siguió dedicado a envejecer; que forma parte de la infrahistoria de excéntricos e ilusos, de las legiones de viejos que saben lo que vieron, hace decenios, y si no lo crees, jovenzuelo, pues allá tú, a lo mejor algún día también ves algo que no sabes explicar, y entonces, bueno, supongo que lo entenderás.

Beth está buscando algo.

Lo malo: no parece recordar qué.

Sabe esto: ha sido descuidada, ha extraviado... ¿qué? Algo importante y que debe encontrar porque... hace falta. Porque, cuando se descubra su ausencia, le echarán la culpa a ella.

Está registrando una casa, aunque no está segura de si lo que busca (¿qué?) está ahí. Parece posible porque ya ha estado antes. La reconoce, o la recuerda, igual que recuerda las casas de su infancia. La casa se multiplica en las casas en las que vivió, de diversas maneras, hasta que fue a la universidad. He ahí el empapelado de rayas blancas y grises de la casa de Evanston, las cristalerías de Winnetka (¿de verdad eran así de estrechas?), la moldura en forma de corona de la segunda casa de Winnetka (¿estaba entre esas hojas de escayola?, ¿daba esa impresión de que unos ojos astutos pero perplejos observaran entre las hojas?).

Pronto regresarán. Alguien regresará. Alguien severo. No obstante, cuanto más busca, menos idea tiene Beth de qué ha perdido. Es pequeño, ¿no? ¿Esférico? ¿Es demasiado pequeño para ser visible? Podría serlo. Pero eso no cambia la apremiante necesidad de encontrarlo.

Es la niña del cuento de hadas a la que le han ordenado que convierta la nieve en oro antes del alba.

No puede, claro, es como si hubiese nieve por todas partes, cae del techo, los montones relucen en los rincones. Recuerda haber soñado que estaba registrando una casa, cuando lo que necesita es convertir la nieve en oro, ¿cómo puede haberlo olvidado?

Se mira los pies. Aunque el suelo está cubierto de nieve, repara en que se encuentra sobre una puerta, una trampilla entre las tablas del suelo, visible solo por un par de bisagras y un minúsculo tirador de latón poco mayor que un chicle.

Su madre le da un centavo para una máquina de chicles a la puerta del A&P. No sabe cómo decirle a su madre que uno de los chicles está envenenado, nadie debería meter un centavo en esa máquina, pero su madre está tan contenta de verla feliz que tiene que meterlo, ¿no?

Hay una trampilla bajo sus pies, en la acera de enfrente del A&P. Allí también está nevando.

Su madre la anima a meter la moneda en la ranura. Beth oye risas que llegan de debajo de la puerta.

Lo que se ríe debajo de la trampilla es una fuerza aniquiladora, un orbe giratorio de maldad. Beth sabe que es cierto. ¿Está la puerta empezando a abrirse, muy despacio?

Tiene el centavo en la mano. Su madre dice: «Mételo». Cae en la cuenta de que el centavo es lo que creía estar buscando. Por lo visto, lo ha encontrado por casualidad.

Tyler está en la cocina, dando sorbos al café y preparándose una última raya. Aún va en calzoncillos, y se ha puesto la vieja sudadera de Yale de Barrett, con el bulldog amenazante y descolorido que antes era rojo y ahora tiene un leve matiz rosa chicle. Está ante la mesa de formica de color gris nebuloso astillada en la esquina, con un hueco con la forma del estado de Idaho, que Beth encontró en la calle. Cuando la mesa era nueva, la gente esperaba que se construyesen ciudades bajo cúpulas en el fondo del océano. Creía vivir al borde de un hechizo sagrado y extático de metal, cristal y velocidad silenciosa y recauchutada. Hoy el mundo es más viejo. Desde luego, a veces puede parecer viejísimo.

No reelegirán a George Bush. No puede ser.

Tyler aparta la idea de su imaginación. Sería estúpido pasar obsesionándose esa hora temprana y centelleante. Tiene una canción por terminar.

Para no despertar a Beth, deja la guitarra en el rincón. Susurra, sin acompañamiento, los versos que escribió la noche anterior.

*Recorrer de noche los salones helados
encontrarte en tu trono de hielo
fundir esta astilla en mi corazón
oh, no he venido para eso
no, no he venido para eso.*

Ejem. Es una sandez, ¿no?

Lo malo es que...

Lo malo es que ha decidido escribir una canción de boda que no sea devota y empalagosa, pero tampoco fría y calmada. ¿Cómo, exactamente, se escribe una canción para una novia agonizante? ¿Cómo explicar el amor y la mortalidad (los de verdad, no esa chorrada de «hasta que la muerte nos separe») sin ser morboso?

Tiene que ser una canción seria. O más bien, no tiene que ser frívola.

La melodía ayudará. Por favor, que la melodía ayude. Esta vez, no obstante, hay que escribir primero la letra. Cuando suene bien (cuando no suene tan mal), la recubrirá con... una mínima melodía, algo directo y sencillo, no pueril, por supuesto, pero sí dotado de una seriedad infantil y primeriza, tan desprovista de trucos como si la hubiese compuesto un principiante. Deberían ser todo acordes mayores con uno menor después del puente, ese único golpe de seriedad; ese momento en el que la solemnidad romántica de la letra se aleja del contraste de los acordes a contratiempo y coincide —vagamente— con cierta oscuridad de la propia música. La canción debería recordar vagamente a Dylan o a la Velvet Underground. No debería sonar como un falso Dylan, ni un falso Lou Reed; debería ser original (original, claro; preferiblemente, sin precedentes; mejor aún, rozada por la genialidad), pero ayuda, aunque sea un poco, apuntar en una dirección general. La virtuosa prohibición del sentimentalismo de Dylan, la habilidad de Reed para mezclar la pasión con la ironía.

La melodía debería poseer... una reluciente sinceridad, debería estar desprovista de ego, nada de «Eh, sé tocar muy bien la guitarra, ¿lo pillas?». Porque la canción es un grito amoroso sin adornos, un ruego teñido de... ¿rabia? Algo parecido, pero la rabia de un filósofo, de un poeta, una rabia dirigida contra lo transitorio del mundo, contra su desgarradora belleza que choca constantemente con nuestra conciencia del hecho de que todo nos lo arrebatan; de que se nos enseñan maravillas aunque se nos recuerda, siempre, que no nos pertenecen, son los tesoros del sultán y tenemos suerte (se supone que debemos sentirnos afortunados) de que nos hayan permitido verlas.

Y también está lo otro. La canción tiene que estar impregnada de..., si no de algo tan banal como la esperanza, la afirmación de un ardor que pueda, suponiendo que sea humanamente posible (y la canción debe insistir en que lo es), acompañar a la novia en su viaje al otro mundo, y quedarse allí con ella. Tiene que ser una canción en la que un marido y cantante declare no solo que es el compañero de la mujer en vida, sino también en la muerte, por más que, impotente, y sin que nadie le haya preguntado, vaya a seguir viviendo.

Va a necesitar mucha suerte.

Se sirve más café, prepara una última, esta vez de verdad, raya sobre la mesa. Tal vez no esté... lo bastante despierto para estar inspirado. Puede que algún día, por qué no hoy, se sacuda de encima el adormecimiento que le ha acompañado toda su vida.

¿Sería mejor «escalofrío» que «astilla»? ¿Fundir este escalofrío en mi corazón?

No.

La repetición del final... ¿tiene fuerza o es vulgar?

¿Debería probar con una rima asonante con «corazón»? ¿Es sentimentaloides utilizar la palabra «corazón»?

Necesita una connotación más espontánea. Algo que haga pensar en un hombre que desea que la esquirla de hielo continúe en su pecho, que se ha acostumbrado a apreciar la idea de estar perforado.

*Recorrer de noche los salones helados
encontrarte en tu trono de hielo*

A lo mejor no es tan malo como parece a esas horas de la mañana. Es una posibilidad.

Pero da igual. Si Tyler fuese auténtico, si estuviese destinado a hacer esto, ¿no tendría más confianza? ¿No se sentiría... «guiado» en cierto sentido?

Da igual que tenga cuarenta y tres años y siga tocando en un bar.

No se volverá más sensato. Ese es el canto de sirena de la edad avanzada. No puede, no quiere, renegar de la astilla de su corazón (otra vez esa palabra). La nota, una corriente en su torrente sanguíneo, esa necesidad tan suya. Nadie le dijo: «¿Por qué no utilizas tu licenciatura en ciencias políticas para componer canciones?, ¿por qué no te gastas la modesta herencia que te dejó tu madre rasgueando una guitarra en

salas cada vez más pequeñas?». Es su secreto a voces, el ser dentro del ser, secreto porque cree saber que en su interior hay una brillantez, o al menos una penetrante claridad, que no ha aflorado todavía. Todavía está haciendo aproximaciones, y le irrita que la mayoría de la gente (Beth no, Barrett tampoco, pero sí todos los demás) lo vea como un caso triste, un cantante de mediana edad (no, mejor un camarero de mediana edad, a quien el propietario permite cantar las noches de los viernes y los sábados), cuando sabe (porque lo sabe) que aún está naciendo, claro que no es ningún prodigio, pero la música y la poesía se mueven despacio en su interior, las grandes canciones se mueven en su cabeza, y hay momentos, verdaderos momentos, en los que se siente tan seguro de poder alcanzarlas, de poder, casi literalmente, sacarlas del aire, y lo intenta, Dios, vaya si lo intenta, pero lo que consigue nunca es lo que pretendía.

Fracasar. Volver a intentarlo. Fracasar mejor. ¿De acuerdo?

Vuelve a cantar los dos primeros versos, en voz baja, para sus adentros. Espera que se conviertan en... algo. Algo mágico, que acierte misteriosamente en la diana, y... que sea bueno.

*Recorrer de noche los salones helados
encontrarte en tu trono de hielo*

Canta en voz baja en la cocina, con su leve olor a gas y sus paredes de color azul pálido (en otra época debían de ser aguamarina), con las fotografías de Burroughs, Bowie y Dylan, y (las puso Beth) de Faulkner y Flannery O'Connor. Si puede escribir una canción bonita para Beth, si se la puede cantar en su boda y saber que es un auténtico testamento..., un verdadero regalo, no otra de esas ocasiones en las que casi lo consigues, otro buen intento, sino una canción que llega, que disecciona, que es amable, pero polifacética, brillante y dura como una piedra preciosa...

Pues anda, vuelve a probar suerte.

Otra vez empieza a cantar, mientras Beth sueña en el cuarto de al lado. Canta en voz baja para su amante, su futura esposa, su novia agonizante, la chica para quien es esta canción y probablemente todas las canciones. Canta en el aire cada vez más luminoso de la cocina.

Barrett se ha puesto los apretados (¿demasiado?, que le den..., si te presentas como una belleza, la gente tiende a creerte) pantalones de lana, la camiseta de The Clash (tan gastada que ha adquirido una translucidez gris perla), el jersey ostentosamente andrajoso que le cuelga indolente y caído casi hasta las rodillas.

Ahí está, recién bañado, con el pelo engominado, vestido para el día. He ahí su reflejo en el espejo del dormitorio y la habitación en la que reside normalmente: de inspiración sintoísta, solo un colchón y una mesa baja, con las paredes y el suelo pintados de blanco, el santuario privado de Barrett en el museo de baratijas que es el resto del apartamento de Tyler y Beth.

Saca el teléfono móvil. El teléfono de Liz estará apagado, claro, pero debería advertirla de que esa mañana va a abrir la tienda él.

«Hola, soy Liz, deja un mensaje».

A veces, sigue sorprendiéndole la fuerza entrecortada de su voz, cuando se transmite sin la compañía de su rostro animado y un tanto descentrado (es una de esas mujeres que insisten con éxito en su propia belleza —Barrett ha aprendido de ella—, y en que una nariz ganchuda y una boca grande de labios finos está, y debe estar, en la lista de rasgos deseables), y de su maraña descuidada de cabello gris.

Barrett responde a (¿hacia?) su contestador.

«Hola. Voy a ir temprano, para dar una vuelta, así que, si Andrew y tú queréis quedaros acurrucaditos, ya sabes. Abriré yo. Con el día que hace, no creo que vaya a haber muchos clientes. Adiós».

Andrew. El ser más ideal entre la población interior de Barrett: grácil e inescrutable como una figura de los frisos del Partenón; su vivencia particular de la divinidad. Andrew es lo más cerca que ha estado de intuir una presencia divina en el mundo.

Una epifanía sin mayor importancia gira en torno a su cabeza como una mosca insistente. ¿Le dejó con tanta despreocupación su último novio porque intuyó la fijación que tiene con Andrew y a la que no aludió jamás? ¿Es posible que el joven desaparecido intuyese que era una especie de imitación, la versión más accesible de la belleza displicente y desenvuelta de Andrew; de Andrew, que pasará, ahora y tal vez siempre, por la prueba viviente más convincente del genio divino, unido a la inescrutable propensión de Dios —Él (¿o Ella?)— a esculpir parte de la arcilla con una atención por la simetría y el detalle que niega a la mayoría de la población?

No. Probablemente no. Para ser francos, el tipo no era un pensador muy sutil o intuitivo, y la devoción que Barrett siente por Andrew no incluye ni una sola insinuación de posibilidades reales. Adora a Andrew igual que se podría adorar a un Apolo de Fidias. Nadie espera que una escultura de mármol descienda del pedestal del museo y lo abrace. Nadie deja a un amante porque esté enamorado del arte. ¿No?

¿Quién no quiere —quién no necesita— una luna ante la que maravillarse, una ciudad fabulosa de oro y cristal al otro lado del océano? ¿Quién insistiría en que su amante corpóreo —el tipo que hay en su cama, el hombre que olvida tirar los *kleenex*

usados, que acabó el café antes de ir al trabajo— sea la luna o la ciudad?

Si de verdad su último ex lo dejó porque siente una fascinación privada por un joven que nunca conseguirá, en cierto perverso sentido, valdría la pena saberlo. Barrett prefiere una versión en la que el amante desaparecido resulta haber sido irracional, paranoide o incluso un poco chiflado.

Al ir a salir, se detiene, una vez más, ante la puerta abierta del dormitorio de Tyler y Beth. Beth está dormida. Tyler debe de estar en la cocina preparando café para espabilarse. Por supuesto, Barrett se alegra —igual que todo el mundo— de que haya dejado las drogas.

Se queda un momento en la puerta del dormitorio y observa cómo duerme Beth. Es tan frágil y marfileña como una princesa comatosa que llevara decenios durmiendo, esperando a que se rompa el maleficio. Es raro, pero parece menos enferma cuando duerme; cuando su conversación, sus preocupaciones y sus gestos no se esfuerzan tan claramente por sobrevivir a la decadencia de su cuerpo.

¿Se le ha dado a Barrett una señal sobre Beth? ¿Tiene el hecho de que una inteligencia inmensa e inhumana escogiera aparecérselo en ese momento concreto algo que ver con que Beth se deslice más y más en el sueño?

¿O fue la visión tan solo una piedrecita carnal que oprimió su córtex cerebral? ¿Cómo se sentirá cuando, dentro de un año, alguien le diga en la sala de urgencias que si hubiese actuado antes podrían haber cogido el tumor a tiempo?

No irá a ver a un médico. Si tuviese un médico habitual (la imagina sueca, de más de sesenta años, sería pero no fanática respecto a su salud; con tendencia a regañarle medio en broma por su modesta amalgama de placeres no del todo saludables), la llamaría. Teniendo en cuenta que no tiene seguro y está sometido al diagnóstico y los cuidados de estudiantes de medicina que están aprendiendo su trabajo, no se ve capaz de enfrentarse a las preguntas que un médico desconocido le haría sobre su historial de salud mental. Solo acierta a imaginarse hablando de la luz celestial con alguien que sepa de antemano que esta básicamente cuerdo.

¿Preferiría arriesgarse a morir que pasar un momento de apuro? Por lo visto sí.

Sin hacer ruido (todavía va en calcetines, los zapatos los dejan junto a la puerta de entrada, una extraña costumbre, teniendo en cuenta la naturaleza no muy ordenada del apartamento), Barrett entra en la habitación, se planta al lado de la cama y escucha el murmullo constante de la respiración de Beth.

Puede olerla, el jabón de lavanda que usan los tres, mezclado con un olor que solo puede concebir como femenino, una intensa limpieza que de algún modo se incrementa y profundiza con el sueño, todo mezclado ahora con los polvos y el picor de sus medicinas, una extrañísima turbidez de inmaculados productos farmacéuticos y una hierba amarga de la familia de la camomila que, muy probablemente, lleve recolectándose desde hace siglos en pantanos y marismas, junto con el olor de ese cuarto, que solo sabría describir diciendo que es eléctrico, un no sé qué invisible, cauterizador e indescriptible que corre por los cables ocultos en las paredes de las

habitaciones en las que hay alguien mortalmente enfermo.

Se inclina, contempla de cerca el rostro de Beth, que es bastante agraciado pero, al mismo tiempo, mejor que eso, más personal. Si ser agraciado implica cierta cualidad de parecido banal, Beth no se parece más que a sí misma. Los labios gruesos y fruncidos, apenas separados, dejan salir el leve silbido de su aliento; la nariz es algún resto de un antepasado asiático, con su chata humildad y las dos pequeñas hendiduras de las fosas nasales; los párpados azulados, las pestañas negras; el cuero cabelludo de la calvicie inducida por la quimioterapia de un rosa pálido como el de un melón.

Es guapa, pero no una belleza, sus dones son encantadores, pero menores. Cocina bien. Tiene intuición para la moda. Es una lectora ávida e inteligente. Es amable con casi todo el mundo.

¿Será posible que la luz, al escoger aparecérselo a él mientras Beth se apaga, significara algo acerca de una vida que continua más allá de los límites de la carne?

¿O será una vena mesiánica de Barrett?

¿Podría ser esa la razón por la que le ha dejado su amante? ¿Porque tiene demasiada afición a ver «señales significativas»?

Barrett se inclina aún más, acerca tanto su rostro al de Beth que nota su aliento en la barbilla. Está viva. Ahora mismo está viva. Sus párpados se estremecen mientras sueña.

Imagina que sus sueños son pálidos y livianos, *in extremis* incluso luminosos; sin terrores invisibles al acecho, sin gritos aniquiladores, sin cabezas de apariencia inocente que se vuelven para mostrar unos agujeros negros en lugar de ojos, o unos dientes como cuchillas. Espera estar en lo cierto.

Un instante después se incorpora con brusquedad, como si alguien hubiese pronunciado su nombre. Está a punto de caer de espaldas al darse cuenta de que Beth está siendo eliminada muy pronto, y de que su ausencia la notará un grupo reducido de personas, pero por lo demás pasará inadvertida. No es ninguna sorpresa. Pero ahora lo comprende con peculiar intensidad. ¿Es más o menos trágico deslizarse tan discreta y brevemente dentro y fuera del mundo? Haber añadido y alterado tan poco.

Una idea desagradable: el principal logro de Beth puede haber sido amar y ser amada por Tyler. Tyler, que incluso ve algo invisible en todos los que la quieren. Muchos lo hacen. Pero Tyler la adora, está fascinado por ella, cree que es extraordinaria.

Barrett también, aunque en su caso es por Tyler. Da igual. Beth habrá sido amada ardientemente por un actor principal y por un secundario. En cierto sentido habrá estado casada dos veces.

¿Cómo vivirá exactamente Tyler cuando ella se haya ido? Barrett adora a Beth, y (por lo que sabe) ella le adora a él, pero es Tyler, y solo Tyler, quien le proporciona los cuidados diarios. ¿Cómo vivirá no solo con su pérdida sino con la pérdida del propósito que ella ha creado estos dos últimos años? Cuidar de Beth ha sido su

carrera. Ha tocado y compuesto su música como una ocupación extra, siempre que ella no le necesitaba con demasiada urgencia.

Por alguna razón, no lo ha comprendido del todo hasta ahora: Tyler está preocupado, se siente agraviado, pero también, desde el diagnóstico de Beth, ha estado más contento de lo que le ha visto Barrett desde hace años. Él no lo admitiría nunca, ni siquiera para sus adentros, pero cuidar de Beth —consolarla, darle de comer, controlar su medicación, hablar con los médicos— le ha permitido triunfar. He aquí algo que sabe hacer, y que sabe hacer bien, mientras la música centellea burlona lejos de su alcance. Y probablemente hay, ¿no?, algo temible pero tranquilizador en la certeza del fracaso, al final. Casi nadie llega a ser un gran músico. Nadie puede meterse en el cuerpo de alguien a quien quiere y quitarle el cáncer. Uno se culpa por lo primero. Pero no tiene nada que decir respecto a lo segundo.

Con dulzura, Barrett le pone la mano en la frente a Beth, aunque no había pensado exactamente hacerlo. Tiene la sensación de ver hacer a su mano algo que no le había pedido. Beth murmura pero no llega a despertarse.

Barrett hace cuanto puede por transmitir una especie de fuerza curativa a través de la palma de la mano. Luego sale de la habitación de la enferma, regresa a la tranquilizadora normalidad del pasillo y se encamina a la cocina, donde Tyler está despierto, donde se ha preparado el café, donde la exuberancia de la vida, incluso en su forma más rudimentaria, resuena como un gaitero hechizado, donde Tyler, pretendiente y amante de frente fiera, con las delgadas piernas de atléticos tendones asomando de los calzoncillos bóxer, hace lo que puede para prepararse para su inminente boda.

—Eso de la boda es muy raro —le dice Liz a Andrew.

Están de pie en el tejado con las ráfagas de nieve a su alrededor. Acaban de subir para disfrutar de la impresión, después de una noche que se ha salido de la devanadera del tiempo (Dios, Andrew, si son las cuatro de la mañana; mierda, Andrew, cómo es posible que sean ya las cinco y media, tenemos que dormir un poco). Han estado demasiado colocados para follar, pero ha habido momentos, ha habido momentos, esa noche, en los que a Liz le pareció que estaba explicándose por entero; que era capaz de poner su propio ser en la palma extendida de la mano y decir: Aquí estoy, aquí está la caja dorada con la cerradura forzada, con todos los cajones y los dobles fondos al descubierto; aquí están mi honor y mi generosidad; aquí mis heridas y mis miedos, los reales y los imaginarios; aquí está lo que veo y lo que siento; aquí están mi acuidad y mi esperanza y mi forma de dar un giro a una frase; aquí está la... mi «yoidad», la entidad tangible pero incompleta que cambia y resuena en el interior de la carne, la parte central que simplemente es, la parte a la que le parece maravilloso, atroz y extraño ser una mujer llamada Liz que vive en Brooklyn y tiene una tienda; lo innombrado y lo innombrable; lo que reconocerá Dios cuando la carne haya desaparecido.

La verdad, ¿qué falta les hacía follar?

Ahora se está apaciguando, regresando, volviendo a conectar (con lástima y gratitud) con su ser más corpóreo, con el ser que todavía brilla con su propia luz y calor, pero que está atado por todos esos hilos como tendones..., un ser capaz de mezquindades, molestias, escepticismos y preocupaciones innecesarias. Ya no está en lo alto, extendiendo un manto tachonado de estrellas sobre los bosques nocturnos; sigue llena de magia, pero también es una mujer en un tejado, con un novio mucho más joven que ella, acibillada por la nieve que empuja el viento, una habitante del mundo normal, alguien que podría decir: «Eso de la boda es muy raro».

—No sé —responde Andrew—. ¿De verdad te lo parece?

Pálido y luminoso como un santo del Giotto, con los copos de nieve enganchados en su cabello pelirrojo muy corto, tiene un encanto misterioso en el amanecer nevado. Liz siente un mareante estremecimiento de perplejidad: ese chico siente interés por ella. Cada cual seguirá su camino, lo sabe, no les queda otra elección, y menos sabiendo que él tiene veintiocho años (¡imagínate tener veintiocho años!). Liz Compton, con sus cincuenta y dos años, formará parte solo por un tiempo de esa vida que aún se está haciendo. No le importa, de verdad, y además, ahí está, con los ojos vidriosos después de la noche, envuelto en una de sus mantas, como si fuese de porcelana bajo esa luz temprana, suyo hasta que deje de serlo.

—¡Oh!, en fin, lo entiendo —dice—, pero no creo que se casaran si ella no estuviese..., si estuviese bien. En realidad, no sé si no será un poco embarazoso para ella. Es como llevar a un niño enfermo a Disneylandia.

Demasiado cínica, Liz. Demasiado severa. Quédate en el mundo de la noche, háblale a ese chico en la misma lengua seria y amable que él habla.

—Ya, creo que sé a qué te refieres —responde—. Pero ¿sabes?, creo que, si yo estuviese muy enfermo, no me importaría que, no sé, alguien quisiera declararme así su amor.

—Supongo que lo que ocurre es que no sé hasta qué punto Tyler lo hace por Beth o por sí mismo.

Andrew la mira sin entender. Sus ojos drogados tienen brillo, pero sin profundidad.

¿Está hablando demasiado? ¿Será posible que le haya aburrido con esa orgía de conversación que ha durado toda la noche? ¿Era el tesoro concedido solo una mujer de cierta edad hablando y hablando sin parar?

Los vínculos de la carne han regresado. He aquí de nuevo las dudas y las pequeñas automutilaciones, desagradables, pero tan familiares que resultan extrañamente consoladoras.

—Tal vez —replica él—. Me refiero a que no los conozco tanto.

Está recogiendo velas. Lo ha agotado. Da igual, no está dispuesta a renunciar a los últimos jirones de esa noche gloriosa, a la convicción de que es posible entenderlo todo.

—Volvamos dentro —dice ella.

Está perdiendo algo precioso, aquí arriba en el amanecer nevado. Es casi como si el viento se estuviese llevando su cordialidad y dejara solo los guijarros de su escepticismo, su pequeño rosario de quejas.

—No, espera un minuto —responde Andrew—. Creo que... —Ella espera. Está dando forma a algo. Se queda allí, centelleante por la nieve, envuelto en la bata, decidiendo qué es lo que cree—. Creo que la gente se preocupa demasiado. Creo que deberíamos seguir adelante y cometer errores. No sé, casarnos. Y tener hijos. Aunque, ya me entiendes, nuestros motivos no sean del todo nobles y puros. Creo que uno podría ser muy noble y puro toda la vida y acabar, en fin, muy solo.

—Puede ser —responde ella—. Es muy posible que tengas razón.

—Las cosas se complican. Deberían complicarse.

—Hasta cierto punto —dice ella—. ¡Eh!, ¿estás temblando?

—Sí, un poco.

—Pues volvamos abajo.

Le besa los labios fríos.

En la cocina, Barrett se sirve media taza de café, su dosis matutina. Tyler, inmerso en su mundo, tararea una canción y lleva el ritmo, sin hacer ruido, con la yema del dedo sobre la mesa.

Es raro que Barrett no sepa qué decirle. Sujeta la taza del café, como si ese fuese su único propósito. Inevitablemente, Tyler tarda un momento en regresar de su dimensión paralela. En la cocina, por las mañanas, Barrett es siempre el primero en hablar.

—¿De verdad quieres ir a la tienda tres horas antes de la hora de abrir?

Tyler puede hablar con normalidad, al menos con cierta normalidad, pero aún no ha regresado del todo de su reino. Aunque haya dejado de tararear, la música sigue resonando a todo volumen en su cabeza. Barrett sospecha que, a veces, en especial por las mañanas, cuando se siente más esperanzado y fervoroso respecto a su música, mantener una conversación normal debe de ser para él como hacerse oír a gritos en un edificio en construcción.

Barrett no responde. Le gustaría hacerlo. Espera hacerlo. No obstante, en ese momento, se esfuerza por recordar lo que dice en esas conversaciones en la cocina — esos despegues diarios y fraternales hacia el nuevo día (viajes seguros, peregrino)— y cómo lo dice exactamente.

Ahora tiene un secreto. Está ocultándole algo a Tyler.

Una sorpresa: le desconcierta.

Una sorpresa subsiguiente: parece que hay un acto, una cualidad de imitación inherente a ser Barrett.

—¿Me oyes? —dice Tyler.

Lo cual es gracioso. Por primera vez, que recuerde Barrett, han invertido sus papeles. Desde la infancia ha sido él quien hace regresar a Tyler de sus ensimismamientos y sus golpecitos en la mesa.

—Sí —replica—. Me apetece estar solo. Podré leer tranquilo.

No suena muy propio de él, ¿no? Espera que sí. Al menos Tyler no parece mirarle con gesto raro.

—Puedes leer aquí. Y estar solo.

—Ahora eres tú el que habla como mamá.

—Los dos somos como mamá —responde Tyler.

—¿Crees que eso significa que no puede caer un rayo?

—Explícate.

—No sé, a una mujer le cae un rayo en un campo de golf y, años después, a uno de sus hijos le cae encima otro rayo. ¿Te parece creíble?

—Las probabilidades son exactamente las mismas.

—A veces quisiera saber cómo puedes vivir con un espíritu tan poco fantasioso —dice Barrett.

—La fantasía y la superstición no son la misma cosa.

—Pero ¿nunca te preguntas dónde está mamá?

Tyler lo mira como si hubiese hecho una observación grosera y de mal gusto.

—Pues claro que sí.

—¿Crees que... se ha ido sin más?

—No me gusta pensar eso.

Una gota, que llevaba largo tiempo acumulándose, cae del borde del grifo en una cazuela llena de agua y produce un levísimo ruido metálico; el tubo circular de neón del techo, cubierto por Beth con un pañuelo de seda roja que filtra y da un tono rosado a la luz, emite su sordo zumbido.

—¿No te has planteado nunca si los católicos estarán en lo cierto? —pregunta Barrett.

—No lo están. Siguiendo pregunta.

—Alguien tiene que estarlo. ¿Por qué no los católicos?

—Hablas como si estuvieses un poco chiflado.

El borde de la mesa de la cocina, una tira de aluminio, está abollado en una esquina, una pequeña muesca en forma de uve, en cuya base resiste impasible una miga de pan.

—Deberíamos estar abiertos a todas las posibilidades, ¿no crees?

—Esa no me interesa.

—He estado... pensándolo.

—Siempre fuiste mejor católico que yo —dice Tyler.

—Solo cooperaba más. Y, ¿sabes?, no me metió mano ningún cura.

—¿A qué viene eso?

El aroma del café impregna el aire, una mezcla de café nuevo y café quemado del disco de metal que mantiene caliente la cafetera. Hay una tenue base del salmón de anoche. Está también el olor esencial de la cocina, que ha cambiado con el empeoramiento de la enfermedad de Beth, aunque no del todo. Cuando Beth se encontraba mejor, era corteza de pastel (por alguna razón ese olor dominaba sobre todos los demás) y azúcar quemado. Aún perduran esos fantasmas. No obstante, por debajo de ellos, alzándose como esos cuadros que reaparecen debajo de la pintura en un lienzo, hay un matiz de cerdo frito (un auténtico olor fantasma, porque ellos nunca fríen cerdo) y un recuerdo de sudor masculino.

—Como sale en todos los telediarios —dice Barrett—, me extraña que nadie lo intentara conmigo, quiero decir que hace que me sienta como el niño gordito que era entonces. Ya sé que es un poco retorcido.

—Mientras seas consciente.

—Hay cosas que pueden ser una gilipollez y verdad al mismo tiempo.

—Eso, tal como lo entendemos tú y yo, es ridículo.

—Tal vez. Pero en serio. ¿Qué ganas exactamente no dejándote engañar nunca por nadie? ¿De verdad te beneficia esa política de negarlo todo tan tajantemente?

—No sé si voy a poder seguir con esta conversación mucho más tiempo. Al menos a estas horas de la mañana.

—Muy bien. Me voy a trabajar.

—*Ciao*.

—Nos vemos esta noche.

—Nos vemos esta noche.

—¿De verdad te gustan las complicaciones? —pregunta Liz a Andrew.

Le está preparando el desayuno, como la mujer de un granjero. Es un poco *sexy*. Al menos no es lo contrario. Podría ser una mujer recia, de rasgos firmes, que estuviese removiendo los huevos en la sartén de hierro, y viviera en una casa anclada en una vastedad verde donde gorjearan los pájaros; una mujer demasiado ancha y de paso demasiado segura para que el viento la afecte; más lista que su marido, más ladina, tal vez sin su encanto parlanchín, pero poseedora de una solemne seguridad cuya hondura él apenas acierta a imaginar.

Andrew se reclina en la silla de la cocina, fumando en calzoncillos y calcetines de lana. Si supiera lo *sexy* que es, lo echaría a perder. ¿O lo sabe? ¿Es más listo de lo que parece?

—¿Cómo? —responde.

—Lo que dijiste en el tejado. Que a veces hay que meterse en líos.

—¡Ah! Sí, no sé, no me gustan las peleas, pero tampoco las rehúyo.

—Ya. Supongo que me refería a si te gusta una trifulca de vez en cuando, ¿te parece estimulante?

Andrew, presta atención. Lo que te pregunto es si soy demasiado maternal, demasiado amable y desenvuelta para mantener tu interés. ¿Preferirías a alguien más duro, que te tratase peor, que no tuviese en cuenta tus sentimientos porque fuese consciente de ser un tesoro, alguien que no se disculpara nunca?

—De pequeño me peleaba a menudo —responde—. Ya sabes, cuando te mudas con tanta frecuencia...

Ya estamos...

Suelta el plato del desayuno delante de Andrew. Él exhala una bocanada de humo por la nariz y envuelve sus caderas con un brazo musculoso.

—... Tienes que hacerte valer —continúa.

Ya estamos... Cualquier conversación con Andrew acaba conduciendo a sus recuerdos, aunque por lo general no tan deprisa como en esta ocasión. Es el joven de veintiocho años más nostálgico de la historia. Su pasado es su libro sagrado, el asiento de toda su sabiduría, y cada vez que se le plantea una pregunta, si posee la más mínima dificultad, consulta el libro de *Cuando nos mudamos a Fénix*, o el libro de *Cuando pasé un año en el hospital* o el libro de *Cuando empecé a consumir drogas*.

Liz le quita el cigarrillo de los dedos y da una calada, solo por lo maternal y *sexy* que resulta. Lanza con habilidad la colilla al fregadero.

—Come, niño —dice.

—¿Tú no quieres?

—Aún estoy demasiado colocada.

No es del todo cierto. Pero ahora, justo cuando está de bajada, prefiere ser una alucinación que Andrew y ella están teniendo juntos. Cualquier demostración de apetito la echaría a perder.

Él come, satisfecho por la comida como un perrillo. La nieve golpea contra el cristal de la ventana.

Antes de que pueda seguir con la saga de *Mis peleas infantiles*, Liz dice:

—De pequeña siempre andaba metida en peleas.

—Estás de broma.

—No. Era el terror de tercero de primaria.

—No te imagino así.

Imagínatelo, cariño.

Le acaricia el pelo corto y pelirrojo, toquetea la línea de aros de plata de su oreja, que le inspiran un leve espasmo de afecto y lástima. Sabe adónde se dirige. Se siente un poco culpable por saberlo, pero ¿qué puede hacer? ¿Advertirle? ¿Decirle que esa belleza descarnada se desgastará, que lo de ir de santo y matón funciona a los veintiocho pero...?

—Es lo malo de ser la más pobre del barrio —dice ella—. Es raro. Mis padres estaban muy orgullosos de nuestra casita de la periferia.

—Sí...

—Que les sirvió para enviar a sus hijos a un buen colegio, porque se las habían arreglado para comprar una casa que estaba en el distrito por unos diez pies.

—¿Y eso es malo?

—No. En fin, de pronto tuve profesores que no eran borrachos ni psicóticos. Pero también de pronto aparecieron todas esas niñas que me odiaban por ser tan escuálida y desaliñada. Un día me presenté con unos zapatos que Dora Mason reconoció...

—¿Cómo?

—Fui a clase con unos zapatos que una niña de mi clase acababa de donar al mercadillo benéfico de la iglesia. Para mí fue una sorpresa, me gustaban mucho, eran de color púrpura y con unas hebillitas, aún me parece estar viéndolos. En cualquier caso, supongo que pensé que mi madre se habría asegurado por arte de magia de no comprarme unos zapatos que hubiese desechado la niña más malvada de tercero de primaria.

—Qué mala pata —dice Andrew.

—Mucha. Como es lógico, Dora proclama la verdad sobre mis zapatos ante toda la clase. Así que le doy una buena tunda.

—No me digas.

—Supuse que, si no podía ser popular, más valía que me tuviesen miedo. Y la verdad es que funcionó muy bien.

Andrew le sonrío y deja ver restos del desayuno entre sus dientes. ¿Por qué no resulta grotesco? Tiene que ver con su inocencia, con su despiste, mientras el destino se forma en torno a él, mientras el futuro llega en dosis tan sutiles que pasa tan inadvertido como el correo diario.

—A mí no me pegues, ¿eh? —dice.

—No.

Y, crédulo como un niño, sigue engullendo con avidez su desayuno.

Ella se inclina y le estampa un beso casto y amable en la coronilla. Ahí está el aroma de su cuero cabelludo..., su exuberancia, su vitalidad fresca y sin perfume. Hay una nota de un producto, un gel que utiliza (Duane Reade, un fijador desconocido que debe de comprar porque es el menos caro), pero también esa base, el olor que Liz solo concibe como un crecimiento, tan inconsciente y poco arrogante como el de la hierba, y exactamente igual de común, igual de ciego y tenaz. El olor del cabello de Andrew, como el de la hierba, solo se parece a sí mismo.

Con el tiempo encontrará a alguien más joven. Así son los hombres. Lo pasará mal, no tiene ni un ápice de crueldad, lo que significa que ella tendrá que cuidarle mientras la traiciona, animarle, asegurarle que lo que más le importa es su felicidad, lo cual será, por supuesto, mentira.

No tardará en abandonar sus ya descuidadas ambiciones de ser actor. Entrará en razón y reparará en que le faltan el valor temerario y el optimismo iluso necesarios. Empezará a imaginar una nueva vida.

Y lo hará sin Liz.

Con el tiempo, conseguirá un trabajo de verdad (*Andrew, se te está pasando el arroz*). Conocerá a la chica, de hecho no esa con la que Liz tendrá que ayudarle a sentirse menos culpable, sino la siguiente (o la siguiente). Será padre del bebé que, además de la maravilla de una criatura balbuciente y parpadeante producida de la nada, significará que no tendrá ocasión de volver a reinventarse. El dinero se lo impedirá. Esta, hombre-niño, es tu invención, esta mujer y este niño, quiérelos tan fielmente como puedas, porque ya no vendrá nadie más, al menos por un tiempo.

Entretanto Liz, si tiene algo que decir (y siempre tiene algo que decir), será una anciana recia y más bien intimidante con gafas de sol y el cabello gris recogido, y aún ganará dinero, todo el que necesite; seguirá viéndose con chicos como Andrew, afectada (no hay por qué negarlo) por el amor que le inspiran, y también divertida por su efímera convicción de que se van a comer el mundo, igual que el granjero acaba descubriendo, con gran sorpresa, que el corazón le fallará antes de cumplir los setenta y que su mujer le sobrevivirá otros treinta años o más, serena y majestuosa como los trenes de mercancías que llevan enviando sus lejanos quejidos parecidos a los de un oboe a través de los campos oscuros desde que tiene memoria.

Cuando Barrett se marcha, Tyler canta en voz baja en la cocina. Beth se despertará cuando se despierte (lo de que duerma tanto ¿es un indicio de curación, está su cuerpo reorganizando sus asaltadas reservas o solo está... ensayando la muerte?).

*Este fragmento de esperanza...
este cuchillo de hielo...*

Putra canción.

Tyler quisiera saber por qué es tan retorcida, innecesaria y obstinadamente difícil. Tiene talento. No aspira (en el fondo no..., bueno, tal vez un poco, a veces) a ser un genio. No necesita ser Mozart, ni Jimi Hendrix. No es como si estuviese intentando inventar el arbotante o romper el continuo espacio-temporal.

Es una canción. En realidad, lo único que le pide es que sea algo más que tres minutos y medio de aire agradablemente ocupado.

O... Bueno, sí. Lo único que le pide es que sea mejor —un poco mejor, por favor, solo un poco— de lo que técnicamente es capaz de hacer. Es la manzana a la que casi alcanza pero no llega. Tal vez si trepase unas pocas pulgadas más por el tronco del árbol, si estirase un poco más el brazo...

Tyler está convencido de que falta un mito en el panteón.

Es el de un hombre que construye algo. Digamos un carpintero, un buen carpintero, o al menos bastante bueno. Su obra es sólida y de peso, la madera bien seca, los bordes suaves, las juntas verticales y bien encajadas. Sus sillas se adaptan al cuerpo; sus mesas nunca se tambalean.

No obstante, con el tiempo (el tiempo siempre es el remate, ¿no?) el carpintero descubre que quiere hacer algo mejor que una mesa totalmente equilibrada o una silla cómoda y acogedora. Quiere fabricar algo... maravilloso, algo milagroso; una mesa o una silla que signifiquen algo (ni siquiera él está del todo seguro de a qué se refiere con eso); una mesa que no sea tan exaltada como para disculparse por su modesta vida de objeto concebido para soportar peso, una silla que no critique a los que se sienten en ella, pero, al mismo tiempo, una mesa y una silla que se alcen y revolucionen porque... ¿qué? (¿*Qué?*).

Porque...

... Cambian de forma, y se aparecen de modo diferente a quienes las usan (¡Mira, es la mesa de la granja de mi abuela! Dios mío, es la silla que estaba haciendo mi hijo para el cumpleaños de su mujer, cuando sufrió el accidente, está aquí, terminada, ¿cómo es posible?).

Porque...

... La mesa es la reencarnación del padre que perdiste —paciente y poderoso, respetuoso— y la silla —grácil, consoladora, sin engaños— es la madre tanto tiempo esperada, que nunca llegó.

El carpintero, por supuesto, no puede construir muebles así, pero puede

imaginarlos y, a medida que pasa el tiempo, habita con creciente inquietud en esa región entre lo que puede crear y lo que puede concebir.

El cuento acabaría... ¿quién sabe cómo?

Acabaría cuando un buhonero viejo y harapiento, que vende objetos que nadie quiere, le concediese ese don. Pero así acaba mal, ¿no? El deseo se tuerce. Los que se sientan en las sillas y descansan los antebrazos en la mesa se horrorizan ante la evocación de sus propios recuerdos, o se enfurecen al ver esas manifestaciones de sus padres perfeccionados, porque les recuerdan de forma muy intensa a los que les fueron concedidos en realidad.

O cuando, una vez concedido el deseo, se descubre a sí mismo imaginando muebles dotados de una magia aún más poderosa, ¿no podrían sanar enfermedades o inspirar un amor profundo y duradero?, y pasa el resto de sus días buscando al viejo buhonero, con la esperanza de un segundo hechizo que haga que esas mesas y sillas no solo sean reconfortantes, sino mutables y transfiguradoras...

Por lo visto, hay una ley de la física de los mitos que exige que los deseos concedidos tengan resultados trágicos.

O podría acabar con el carpintero desencantado. En esa versión no hay buhonero ni se concede ningún deseo. Cada vez más consciente de los límites de lo posible, entregado a sus antiguas ilusiones, el carpintero ve reducida su alegría al lijar y medir, porque una mesa o una silla desprovistas de cualidades sobrenaturales ya no pueden complacerle; ha imaginado con demasiada viveza lo que es capaz de idear pero no sabe construir. El cuento acabaría con el carpintero amargado y empobrecido, maldiciendo una botella de vino vacía.

O (¡eh!) podría terminar con el carpintero transformado en árbol (por el buhonero, una bruja o un dios), esperando a que lo tale otro carpintero más joven, y deseoso de saber si parte de su esencia estará presente en las mesas y sillas que construya.

Tyler parece incapaz de dar con un final que le guste.

Así que otra vez la canción. Vuelve a intentarlo desde el principio.

*Recorrer de noche los salones helados
encontrarte en tu trono de hielo*

En realidad no es tan mala. ¿No? ¿O es sensiblera? ¿Es melancolía disfrazada de verdadero sentimiento? ¿Cómo saberlo?

Con una sensación de abandono culpable, enciende la radio. Es hora de que entre otra voz en la cocina.

He ahí la entrenada sonoridad de la voz del locutor, el barítono que va a sonar como la verdad revelada.

«... cada vez más emocionante, va a ser un resultado muy ajustado, todo depende de Ohio y Pennsylvania...».

Vuelve a apagar la radio. Es imposible. Bush no solo ha matado a muchedumbres

y asesinado la economía. Es un individuo manufacturado, el hijo retrasado de los privilegios protestantes, refundado como devoto ranchero texano. Es un timo, pura codicia y juego de espejos, la caravana del Doctor Milagroso que entra en el pueblo con remedios descabellados. ¿Cómo puede nadie, cómo puede una sola persona, ir de camino hacia el colegio electoral (¿está nevando en Ohio?, ¿y en Pennsylvania?) mientras piensa: «Sigamos igual otros cuatro años»?

¿Es lo de «trono de hielo» mero romanticismo adolescente? ¿Dónde, en qué punto, se desangra la pasión para convertirse en ingenuidad?

Está pensando en la palabra «fragmento» cuando Beth entra en la cocina. Parece una sonámbula victoriana de alabastro con su camisón blanco. Tyler se pone en pie y acude a su encuentro como si Beth acabara de volver de viaje.

—Hola —dice envolviendo con sus brazos los huesos frágiles de sus hombros y oprimiendo suavemente su frente contra la de ella.

Ella murmura feliz. Se quedan ahí plantados un rato, abrazándose. Se ha convertido en un ritual matutino. Es posible que Beth se pregunte en qué estará pensando Tyler, pero parece saber que un rato soñoliento sin decir nada por las mañanas es importante. Nunca ha dicho nada mientras se encuentra entre los brazos de Tyler después de despertar; o bien sabe o intuye que la conversación los llevará a un día distinto, que serán dos enamorados hablando, lo cual ocurrirá pronto, pero no es lo que deben significar esos abrazos a primera hora de la mañana; no es ese interludio de reposo compartido, ese absoluto silencio, en el que todavía pueden abrazar y ser abrazados, en el que pueden estar juntos sin hablar, los dos, vivos, por ahora, en silencio.

Barrett recorre la calle cubierta de nieve, arrastrando medio metro de bufanda verde de cuadros escoceses (su única concesión al color) que, liberada del grueso abrigo gris, se retuerce y flota tras él.

Es raro. Hace una hora, cuando corría en plena tormenta en zapatillas y pantalones cortos, el frío era vivificante, un éter que le transformaba, como un hombre que cayese por la borda y descubriera, para su sorpresa, que podía respirar bajo el agua. Sin embargo, con las botas, el abrigo y la bufanda, Barrett anda con esfuerzo como cualquier otro, igual que un almirante Peary en miniatura que atravesara la planicie helada de Knickerbocker; ya no parece un ágil mensajero al que vayan a brotarle alas de los tobillos, solo un tipo que se inclina contra el viento y adelanta una gruesa bota tras otra.

La tienda estará acogedora sin iluminar, sin clientes, con el género ordenado y prometedor. Será un santuario inviolado hasta que las puertas se abran a los buscadores de pantalones tejanos japoneses, bufandas tejidas a mano y deformadas a propósito o una camiseta original de la gira *Like a Virgin* de Madonna.

Veinte minutos después, Barrett, sale del tren L a Bedford Avenue. Ahora el mundo está despierto. El colmado de la esquina brilla fluorescente en la nieve. La gente camina cargada y cabizbaja. A esa hora tan temprana, Williamsburg está repleta de empleados que van a coger el tren, hombres y mujeres con trabajos fijos, envueltos en caros abrigos de plumas, en parkas Burton, miembros de la tribu nómada de Nueva York que coloniza los lúgubres barrios de las afueras después de que los ciudadanos más jóvenes y osados hayan abierto las tiendas y las cafeterías, igual que hacían Liz y Beth hace siete años, preguntándose si no sería una locura intentar vender sus particulares ofrendas en lo que había sido una agencia de viajes polaca, con una carnicería a un lado (ahora una *boutique* de ropa para niños a precios estratosféricos) y, en la otra, un almacén Goodwill (que en los últimos diez años ha sido una sucesión de restaurantes fracasados y no tardará en volver a abrir, en manos de un nuevo optimista, transformado en lo que aparenta ser una réplica perfecta de un bistró parisino, hasta con las paredes falsamente teñidas de nicotina).

Incluso despierta, Williamsburg está acallada por la nieve, velada y amortiguada, humillada con el recuerdo de que una megalópolis también está sometida a la naturaleza; de que esta enorme y ruidosa ciudad reside en la misma tierra que, desde hace milenios, ha inspirado sacrificios, guerras y la erección de templos en un esfuerzo por apaciguar a una deidad que en cualquier momento podría borrarla del mapa con un simple gesto de su mano titánica.

Una madre joven, encapuchada, con la bufanda subida hasta la nariz, empuja un cochecito de niño cuyo pequeño ocupante está oscurecido por una funda de plástico translúcido que se cierra con una cremallera hasta arriba. Un hombre con un anorak de color naranja pasea a dos fox terrier con botines rojos.

Barrett gira hacia el norte de la Sexta. Allí, en mitad de la manzana, se alza la severidad de ladrillo marrón de la iglesia armenia de Sainte Anne. Pasa por delante

todos los días. Normalmente está cerrada, con las ventanas oscuras y las puertas medievales de imitación cerradas. Las idas y venidas de Barrett no coinciden con el horario de los servicios religiosos, y hasta esa mañana no se le ha ocurrido que la iglesia tenga un interior. Lo mismo podría haber sido de ladrillo sólido, no un edificio sino un monumento en forma de iglesia a siglos de murmullos en Oriente Próximo, al recitado de plegarias y el beso a los iconos, a las imprecaciones y esperanzas, al bautismo de los niños y a la despedida de los muertos. A Barrett no le había parecido muy creíble que ese edificio estólido y desierto pudiera tener vida a ciertas horas.

No obstante, esa mañana están celebrando la misa de ocho. Las gruesas puertas marrones están abiertas.

Barrett sube los escalones de cemento que conducen a la entrada y se detiene en el umbral. Ahí está, extraña a su modo, pero también profundamente familiar: la turbia penumbra con sus pequeños destellos dorados, el cura y los monaguillos (chicos fornidos, plácidos y torpes, ni grotescos ni heroicos, solo patanes adolescentes: sus propios descendientes mofletudos) que administran el ritual ante un altar sobre el que unos crisantemos se marchitan en dos enormes jarrones debajo de un enorme crucifijo colgado del techo, con un Cristo especialmente demacrado y atormentado, que sangra estridentemente por la herida de sus costillas blancas y verdosas.

Los parroquianos desperdigados, a lo sumo una docena, y todos, al parecer, mujeres ancianas, se arrodillan con respeto en los bancos de color café. El cura alza el cáliz y la oblea. Los fieles se ponen penosamente en pie (deben de padecer todo tipo de enfermedades de rodilla y de cadera) y echan a andar despacio hacia el altar, para recibir la hostia.

Barrett se queda en el umbral, salpicado de copos de nieve que permanecen un instante sobre su abrigo antes de desaparecer.

—Creo que hoy quiero ir a trabajar —dice Beth.

El rito del silencio a primera hora de la mañana ha sido observado. Beth está en la mesa, mordisqueando el borde de una tostada que le ha preparado Tyler.

—¿Tú crees? —pregunta Tyler. Últimamente, nunca está seguro de si animarla a hacer más, o menos.

—¡Ajá! —responde ella—. Me encuentro bastante bien.

Sus minúsculos dientecillos atacan, sin apetito visible, un bocado de corteza. A veces parece un animalillo salvaje que prueba esperanzado, pero receloso, algo desconocido que alguien ha dejado en el suelo.

—Nieva mucho —dice Tyler.

—Por eso en parte quiero ir. Me apetece que me nieve encima.

Tyler lo entiende. Esas últimas semanas ha estado especialmente deseosa de experimentar cualquier sensación intensa que pueda soportar.

—Barrett ha ido ya —dice.

—¿Tan pronto?

—Dijo que quería estar solo un rato. Quería una dosis de silencio total.

—Y yo quiero salir al ruido y la intemperie —responde ella—. Siempre queremos lo que no tenemos, ¿verdad?

—Bueno, sí. Siempre queremos algo.

Beth frunce el ceño al mirar el trozo de tostada. Tyler alarga el brazo por encima de la mesa y pone la mano sobre su pálido antebrazo. No esperaba sentirse tan incompetente al cuidar de Beth, tan inseguro sobre casi todo lo que dice y hace. Lo más que puede hacer, por lo general, es limitarse a estar con ella cuando se producen los cambios.

—Pues vamos a bañarte —dice. Le preparará el baño. Le enjabonará los hombros y le echará agua sobre la espalda nudosa—. Y, cuando estés preparada, a lo mejor te acompaño al metro. ¿Quieres?

—Sí —responde con una sonrisa ilegible—. Me gustaría.

Es muy susceptible con que la cuiden. Si la tratas con demasiada delicadeza, se ofende («Sé subir sola un tramo de escaleras, gracias», «Estoy hablando, me encuentro bien, me gusta la fiesta, por favor no me pidas que me acueste»); si la tratas con descuido, se indigna («No me vendría mal una ayudita para subir esos últimos escalones», «Esta fiesta me ha dejado agotada, necesito que me lleves a casa ya»).

—Cómete la tostada —dice.

Ella da un tímido bocado y vuelve a dejarla.

—No puedo —responde—. Pero está muy buena.

—Mis tostadas son famosas.

—Voy a vestirme.

—Muy bien.

Se pone de pie, va a donde está él, le besa en la frente y por un momento parece

que es ella quien le está consolando. No es la primera vez que ocurre.

Tyler sabe lo que hará Beth. Extenderá la ropa que elija sobre la cama, con cuidado, como si el tejido tuviese nervios. Esos días siempre quiere ir de blanco. El blanco en unas culturas simboliza la virginidad, en otras el luto. Para Beth el luto significa una forma de semivisibilidad, una cualidad de no estar ni aquí ni allá, una sensación de pausa, un no-color, que por lo visto le gusta, como si las afirmaciones que sugieren los colores, o el negro, fuesen inapropiadas e incluso de mala educación.

Barrett se sienta en la tienda vacía como un joven rajá, a solas con sus tesoros. Claro que llamarlo «tesoros» es un poco exagerado, es solo lo que Liz llama «el género».

Venta al por menor. No exactamente arte, ni la búsqueda de la panacea. Pero aun así...

No es trivial. La pequeña búsqueda del tesoro, las satisfacciones corporales, no serán profundas, pero tampoco son triviales. La búsqueda permanente, de Liz, Barrett y Beth (cuando puede, aunque hace tiempo que no puede) de lo auténtico entre la escoria, de las pequeñas maravillas —la ropa de cuero fina como el papel y los resistentes tejanos de color azul oscuro como la tinta, los talismanes con cadenas— que son como un eco en versión asequible (o semiasequible) de los pañuelos cubiertos de joyas, los libros parlantes y los elefantes dorados y articulados con que se obsequiaba antes a los sultanes. Los objetos y las prendas que confeccionan personas que podrían haber sido sastres o tejedores en Inglaterra hace doscientos años; gente encantadora y peculiar, de dedos ágiles, que se despierta cada mañana deseosa de tejer más gorros o de fundir otro amuleto de plata, gente con un no sé qué de brujo, que de un modo indeterminado tal vez crea estar fabricando no simples productos sino objetos protectores que podrían mantener con vida al virtuoso guerrero mientras se abre paso a la fuerza hasta la torre del gran visir.

Y, sí, somos criaturas de la carne. ¿Quién va a saberlo mejor que Barrett? ¿Quién hay más familiarizado con las fibras invisibles que atan los anhelos a las vestiduras; con esas solemnes procesiones de casullas de hilo dorado y blancas albas almidonadas bajo los sufrientes ojos de madera del Cristo crucificado? ¿Acaso no desea y necesita el mundo secular andar orgulloso y penitente, revestido, a beneficio de algún santo o redentor? Adoramos a incontables dioses o ídolos, pero todos necesitamos vestidos, necesitamos ser la versión más majestuosa posible de nosotros mismos, necesitamos andar por la faz de la tierra con tanta gracia y belleza como podamos reunir antes de que nos envuelvan en la mortaja y regresemos a ella.

Barrett se sienta tras el mostrador, con su lectura abierta ante él: el *Times*, el *Post* y el manoseado ejemplar de *Madame Bovary*, que lee por sexta vez. Yerra entre los tres.

Hay esto, de Flaubert:

En el fondo de su corazón, no obstante, esperaba que sucediera algo. Como los marineros náufragos, contemplaba con ojos desesperados la soledad de su vida, buscaba a lo lejos alguna vela blanca entre las brumas del horizonte. No sabía cuál sería aquel azar, qué viento lo llevaría hasta ella, hacia qué orilla la conduciría, si sería una chalupa o un navío de tres puentes cargado de angustias o colmado de felicidad hasta las portillas. Pero todas las mañanas, al despertarse, tenía la esperanza de

que llegase aquel día, y escuchaba todos los ruidos, se ponía de pie sobresaltada, se asombraba de que no llegase; luego, al ponerse el sol, cada vez más triste, deseaba que llegase la mañana siguiente.

Esto, del *Times*:

El *spammer* Jeremy Jaynes, considerado el octavo *spammer* más prolífico del mundo, ha sido condenado hoy por tres delitos graves, después de que enviase miles de *e-mail* basura desde diversos servidores, todos ellos ubicados en Virginia.

Eso es. Buscar velas entre la bruma, esperar el barco que podría llegar, observar la pantalla del ordenador en busca de... la ocasión, el soplo, el oro enterrado todo este tiempo, ahí mismo, en el patio trasero...

Y esto, del *Post*:

¡LAPIDADAS A SANGRE FRÍA!

Dos mujeres nigerianas murieron lapidadas acusadas de adulterio, un delito merecedor de la pena capital según la ley islámica.

¿Acaso no ejecutó Flaubert a Emma por su delito? Sí, pero no. Flaubert no era un moralista... o, más bien, no habría señalado con el dedo rollizo y sonrosado a Emma por cometer adulterio. Era un moralista en un sentido más amplio. En todo caso escribía sobre un mundo francés y burgués tan asfixiante y tan enamorado de una mediocridad respetable...

A Emma le estaban enviando *spam*, ¿no? Su delito no fue el adulterio, sino su absurda credulidad.

Es la diversión de Barrett; su pasatiempo actual. El Proyecto Síntesis Chiflada. Es un álbum de recortes mental; un árbol de familia imaginario, no de los antepasados, sino de los acontecimientos, circunstancias y estados de deseo.

Ha empezado por *Madame Bovary* solo porque es su novela preferida. Y porque por algún sitio hay que empezar.

Por supuesto, no conduce a ninguna parte. No consigue nada. Pese a todo, cree (o espera) estar haciendo progresos con ese trabajo tan sencillo y esos proyectos impublicables que nadie le ha pedido. Es un dependiente en una tienda, coloca el género, y ya está, con eso basta para apoyar y contrarrestar unos estudios sin destino

conocido, sin futuros lectores y que no esperan el rechazo o la aprobación académica. También ayuda que su trabajo y sus proyectos se superpongan. Cuando llegue la hora de abrir la tienda (solo faltan veinte minutos), se preguntará qué Emma Bovary está arruinándose a sí misma y a su familia al comprar esos tejanos de trescientos dólares, esa chaqueta de motorista de segunda mano que cuesta novecientos cincuenta (hasta Liz está espantada con ella, aunque siente una curiosidad malsana por ver lo que soportará el mercado y comprende la credibilidad que confieren los precios estratosféricos). Barrett sabe que la idea de la familia que se hunde por culpa de la codicia y los caprichos no es más que una fábula, y además perversa. Los ciudadanos del siglo XXI pueden apurar el crédito de sus tarjetas, pueden aumentar el límite, pero la verdadera destrucción, la muerte por despilfarro, ya no es posible. Llegas a un acuerdo con la compañía de tarjetas de crédito. En el peor de los casos, siempre puedes declararte en bancarrota y volver a empezar. Nadie va a tragarse un puñado de cianuro por haber comprado unas botas de motorista más caras de la cuenta.

Por supuesto, resulta reconfortante, pero también es un poco descorazonador vivir en un sistema que no permite que te autodestruyas.

Da igual. Hay algo en el cortejo del desastre, a la hora de comprar, que fascina a Barrett, que mantiene su atención, que le ayuda a contentarse con su estado actual. Es la insinuación, técnicamente extinta pero pese a todo todavía creíble, de la calamidad implícita en la compra por impulso: la viuda empobrecida o el joven conde desheredado que dice: «Me voy a pasear por el mundo con esta camiseta descolorida de Freddie Mercury (doscientos cincuenta). Voy a ir a la fiesta de esta noche con este minivestido de segunda mano de Alexander McQueen (ochocientos), porque el momento importa más que el futuro. El presente, hoy, esta noche; la sensación de entrar en una sala y crear una conmoción auténtica aunque fugaz..., eso es lo que me importa, me da igual no dejar nada detrás».

A Barrett le parece una forma inofensiva de sadismo, dado que nadie que salga de la tienda con algo que no puede permitirse va a arrojarse a las vías del tren. Y así puede disfrutar, sin sensación de culpa (sin demasiada sensación de culpa) de la idea de que *Madame Bovary*, *Los Buddenbrook* y *La casa de la alegría* aún perduran.

Barrett solo ha encendido la modesta lámpara que monta guardia junto a la caja registradora y que arroja su modesto charco de luz ambarina. Fuera, lúgubres siluetas van y vienen en prosecución de su lento peregrinaje por la calle Sexta.

Faltan dieciocho minutos para la hora de abrir.

Se sorprende, se siente algo mortificado, cuando Beth mete su llave en la cerradura y entra.

Se detiene un instante en el rectángulo de luz nívea del umbral, como si, fugazmente, le extrañase estar allí.

Barrett también se extraña por un momento. ¿Ya no está a la deriva en su sueño constante? ¿No se supone que está en casa desfalleciendo suave y silenciosamente, sin escándalos ni excesos?

—¡Hola! —dice.

Barrett necesita un momento para responder «Hola». Necesita un tiempo para volver a recibir a Beth como uno de los vivos.

Se ha puesto lo que siempre lleva en los últimos tiempos. La bandana blanca (no hay nada tan viejo como un turbante) envuelta con exquisita despreocupación en torno a su cabeza calva; el jersey blanco sobre los pantalones de esquí blancos; las zapatitos de tacón blancos (en plena tormenta de nieve, gracias).

Barrett se recompone, adopta el gesto del erudito al que han interrumpido y sale a su encuentro. Beth se está sacudiendo la nieve de los hombros frágiles y estremecidos.

—¡Eh! ¿Qué haces aquí? —pregunta él.

Ella sonríe con valentía.

Una espantosa confesión: Barrett empieza a hartarse de su valentía, de sus esfuerzos. Exigen demasiado de él.

—Hoy me sentía con ánimos —dice.

Barrett necesita menos de un instante para volver a su forma normal y presentable. La abraza brevemente, la ayuda a sacudirse los copos de los hombros y los brazos.

—¿Con este tiempo? —pregunta—. Hoy tendremos, como mucho, tres clientes.

—Me sentía con ánimos —replica ella y le echa una mirada asediada y convincente, como la del niño medio muerto de hambre que ondea una bandera en las barricadas, o la de la valerosa niña detective que insiste en que el crimen aún no se ha resuelto, una expresión que solo acierta a describir como la tiranía de los mortalmente enfermos: «Ahora vivo en un mundo más allá de la consecuencia o la lógica, ya no hago lo necesario, sino lo que puedo, y en esas ocasiones se agradecen las enhorabuenas».

—¡Qué bien! —exclama Barrett.

Beth mira con gesto de propietario escéptico (Liz y ella empezaron la tienda juntas. El dinero lo puso Liz, pero la estética era de Beth, igual que su casi infalible habilidad para saber lo que los clientes querrán y no querrán) la tienda impecablemente ordenada y a punto de abrir.

—Está muy bien —dice.

Y hace una pausa. La última vez que estuvo allí fue... ¿Hace tres semanas? ¿Más?

—Lista para el negocio —responde Barrett.

Después de sacudirse la nieve de encima, Beth se adelanta.

—Habéis cambiado de sitio los tejanos —dice.

—¿Eh? Ah, sí, ahora están allí.

—Deberían estar más cerca de la entrada —apunta.

—Sí, bueno. No sé, los puse más al fondo.

—Los tejanos son el elemento básico —le explica Beth—. ¿Cuál es la necesidad

humana más esencial?

Barrett recita para ella:

—Encontrar el par de tejanos perfecto. Encontrar unos tejanos que te queden tan bien que todo el mundo, hasta el último ser cognoscente del planeta quiera follar contigo.

Ella frunce el ceño ante esos añadidos. El verdadero edicto dice más bien así: «Todo el mundo busca los tejanos perfectos. Todo el mundo está convencido de que los tejanos perfectos cambiarán su vida. Una vez consiguen los tejanos, empiezan a pensar en los complementos».

—Podemos volver a ponerlos a la entrada —se ofrece Barrett.

—Creo que sería buena idea —responde ella.

Resulta que los mortalmente enfermos pueden volverse más, en lugar de menos, irritantes por la autoridad que les confiere su inminente desaparición. ¿Quién lo habría dicho?

Después de acompañar a Beth al metro, de vuelta en la reconfortante vulgaridad de la cocina, solo y reconfortado, Tyler se prepara dos —no, que sean cuatro— rayas y las esnifa. Ahí está otra vez la subida cosquilleante, las neuronas que se encienden, la claridad que quema como el hielo.

Otra gota cae con un sonido metálico sobre la sartén llena de agua. Parece una anunciación.

Tyler sabe, lo sabe de pronto y sin ningún lugar a dudas, que Beth se recuperará. Los médicos aún dicen que hay una posibilidad, y en principio nunca ofrecen falsas esperanzas, ¿no?

Beth se recuperará. Tyler terminará la canción que será, por fin, la que lleva intentando componer todos estos años.

Nota la canción suspendida sobre su cabeza. Casi puede oírla, no la melodía en sí misma sino el zumbido de sus alas. Está a punto de saltar y agarrarla, de bajarla, sostenerla contra su pecho. Da igual que las plumas le golpeen la cara; ¿qué más dan los picotazos y los arañazos? Es ágil, está dispuesto. No tiene miedo.

Y por fin, tendrá éxito el próximo domingo, en la modesta ceremonia que se celebrará en el cuarto de estar. Está todo tan claro... Tyler escribirá una canción hermosa y elocuente. Barrett encontrará un amor duradero y un trabajo de verdad. Y Liz... Liz se hartará de esos chicos, se hartará de su decisión de convertirse en una anciana dura y pintoresca que viva sola y desafiante. Querrá conocer a alguien capaz de mantener su atención más de unos meses, y ese hombre le enseñará las profundidades domésticas, el estremecimiento fiable y modesto de lo familiar, que, como sabe casi todo el mundo menos Liz, ha sido el camino hacia la felicidad desde el origen del hombre.

Cuando Tyler y Beth se casen, después de sacar un álbum en una discográfica pequeña y escrupulosamente independiente, un álbum que atraiga a un modesto pero ardoroso grupo de fans (no seamos exagerados), encontrará un apartamento mejor en un barrio menos siniestro. La luz se colará por las ventanas de bisagras, los tabloncillos del suelo serán suaves y horizontales. Y el pueblo estadounidense (¿cómo ha podido dudar?) no reelegirá al peor presidente de la historia de Estados Unidos.

Nochevieja de 2005

Ha desaparecido. No puede haber desaparecido.

Pero ha desaparecido. Hace ya varios meses.

Lo más probable es que se reproduzca. Casi siempre ocurre. Una vez el cuerpo ha exhibido su inexplicable debilidad por la replicación enloquecida, su ansia de crecimiento aniquilador, la costumbre tiende a perdurar. Aunque se detenga, el anhelo de sobreproducción parece grabarse en la memoria corporal, y lo que el cuerpo recuerda con más viveza a lo largo del tiempo no es la interrupción, sino el desenfreno, un abandono extático (solo el cerebro de los lagartos entiende la muerte), y, por lo general, recaerá antes o después en ese desenfreno y esa renuncia a la resistencia.

Pero, de momento, el cáncer de Beth ha desaparecido.

No es que esté en remisión. Ha desaparecido. Hace cinco meses, a partir de noviembre del año pasado, los tumores empezaron a reducirse. Al principio pareció una fluctuación natural a la que ya se habían acostumbrado. Pero luego los tumores disminuyeron un poco más. Y dio la impresión de que las lesiones en el hígado de Beth empezaban a curarse también. Lentamente. Durante un tiempo fue solo como si no estuviesen empeorando. Pero por fin Betty la Gorda, en su despacho (el mismo despacho —aquel cuya ártica blancura parecía aún más gélida por una lámina de un paisaje toscano enmarcado— donde, tres años antes, las palabras «fase cuatro» entraron por primera vez en el vocabulario compartido de Tyler y Beth), les dijo cauta, en voz baja y mesurada, un día de cielo plomizo a principios de abril, que las lesiones no solo parecían haber dejado de progresar, sino también (Betty la Gorda miró un instante su escritorio, como si la palabra que buscaba estuviese escrita en él) estar curándose. Enseguida recordó a Beth y a Tyler que a veces había cambios, que era pronto para descorchar el champán. Repasó la letanía de las precauciones, modestas esperanzas y reveses con la voz monótona de un cura viejo.

En cualquier caso, los tumores continuaron disminuyendo. Las lesiones sanaron. Incluso Steve el Temible, el individuo de la quimio, utilizó la palabra «milagro», y estaba claro que no era de esos que tienen interiorizado un vocabulario de magia o misterio.

Así que ahí están, Tyler y Beth, el día de Nochevieja, todavía en el apartamento de Bushwick (pronto se mudarán, Tyler está convencido, aunque aún no ha triunfado, todavía no tienen el dinero). El comedor está decorado con lucecitas navideñas de colores. En la televisión hay un DVD con un fuego que chisporrotea en una chimenea. Colgados aquí y allá hay pequeños ramilletes de muérdago, no muy frescos, pero tienen que durar hasta el día de Año Nuevo, es una tradición, y la familia Meek (¿era una gozosa rebeldía, o solo una carencia absoluta de ambición?) ha estado un poco corta de tradiciones. Había siempre una sensación de improvisación, de alegre falta de preparación, que Tyler estaba encantado de perpetuar, pero a la que Barrett ha puesto fin. No compraron el árbol de Navidad del apartamento de Bushwick en el último minuto, no fueron un día antes a buscar a toda prisa los regalos (lo que

siempre había resultado en extrañas elecciones porque se había agotado el tiempo: unos palos de golf para Barrett en sus duodécimas navidades, por si alguna vez llegaba a interesarle ese deporte; un jersey de esquí rojo y azul para un Tyler de quince años, que hacía dos que solo llevaba ropa negra o gris). Para la Nochevieja, aquí en Bushwick, hay adornos, quesos, carnes y pan, velas y una colección de trompetillas de hojalata compradas por Barrett en un mercadillo para cuando den las doce.

Faltan cuarenta y siete minutos y Tyler, Barrett, Liz y Andrew están con Foster, Nina y Ping, ataviados con sus mejores galas: Barrett lleva el chaleco bordado de oro que compró en las rebajas posnavideñas de Barneys (incluso así, con un sesenta por ciento de descuento, fue un derroche); Liz, un vestido corto que brilla como si fuese de zinc y deja ver en el cuello el tatuaje con una guirnalda de rosas y hojas de enredadera que llega hasta la clavícula; Andrew lleva botas militares, unos calzoncillos largos rotos y la camiseta sin mangas de 1972 de *Dark Side of the Moon* que Liz le regaló por Navidad; Ping, tendido en el sofá como la oruga de *Alicia en el País de las Maravillas*, habla animadamente con Barrett, Foster y Liz bajo el ala de un sombrero de copa con plumas de cuervo, no mucho más pequeño que el del Sombrerero Loco. Barrett y Liz le escuchan con educación. Foster (con una chaqueta de esmoquin de terciopelo y un broche de lapislázuli) se inclina hacia delante con ojos atentos y ávidos. Para él, Ping es un anciano que habita en los salones de la sabiduría.

De pie, a un lado, charlando con Nina, está Beth.

Beth ha recobrado el luminoso tono rosado de su rostro; ha engordado veintitrés libras («¡Mira —dijo feliz el mes pasado—, estoy *zaftig!*, resultona»). Tiene el pelo casi tan largo como antes. No obstante, el cabello de Beth parece conservar la marca de su viaje al reino del que los viajeros rara vez regresan. Su cabello, antes negro y tendente a formar lánguidos rizos, crece ahora liso y sin lustre, no gris, pero tampoco del anterior tono moca brillante. La pátina ha desaparecido. El cabello de Beth es aceptable, aunque ya no se riza ni brilla. Cubre. No parece ni vivo ni muerto. Si Beth fuese una joven de un cuento de hadas (de un cuento de hadas de un tipo determinado), su cabello sería la marca de su batalla con la bruja, una batalla de la que regresó victoriosa pero no indemne. Liz no hace más que animarla para que se lo tiña, y Beth dice que pronto lo hará, pero pasan las semanas y los meses y lo único que hace con su gastado cabello es recogerlo en un apretado cilindro detrás de la cabeza. Quiere, eso parece, un recordatorio, aunque nunca lo haya dicho. Parece conceder cierto valor a la marca dejada por la bruja.

Está en mitad de la sala, con un brazo alrededor de la parte baja de la famosa espalda de gimnasta de Nina. Esa noche Nina está deslumbrante, con el cuerpo fuerte y bien torneado embutido en un vestido antiguo de color marfil y el cuello grueso forrado de perlas. Beth se ríe de algo que Nina le ha susurrado al oído.

Tyler sale de la cocina (solo un par de esnifadas rápidas y discretas) y va a ver a

Beth, que se libra de Nina con tanta elegancia como de una pareja en un baile. Beth procede de una familia adinerada de Grosse Pointe venida a menos y ha tenido una educación, entiende de perros y de barcos, y envía notas de agradecimiento.

Besa a Tyler. Su aliento vuelve a ser dulce, ya no hay rastro de productos químicos o acechante podredumbre.

—Bueno. Pues ya tenemos aquí el 2006 —dice Tyler.

—Cuando den las doce me besarás a mí la primera, ¿verdad? —susurra ella.

—Claro.

—Lo sé. Solo quiero estar segura de que Foster no volverá a adelantarseme.

—No lo hará. Ahora eres una mujer casada.

—Y tú un hombre casado, que es lo único que podrías haber hecho para resultarle aún más atractivo a Foster.

—El interés de Foster —responde Tyler— por un heterosexual de mediana edad, no disponible y sin dinero siempre será un misterio.

—¿No escribió algo Flannery O'Connor sobre uno de sus cisnes que estaba enamorado de una piletta para pájaros?

—Lo cuenta en sus cartas. Lo llamó un típico sentido sureño de la realidad.

—Ese es Foster, ¿no? Solo está de paso en la realidad.

Tyler mira el rostro brillante y sin maldad de Beth. No hay amargura en sus palabras, no le importa que Foster esté colado por Tyler; insiste, como ha hecho siempre, en vivir en el mundo más generoso y abundante posible.

Tyler la abraza. Tiene demasiadas cosas que contarle. Ella apoya la cabeza contra su pecho.

Y, de pronto, llega el miedo.

¿Deberían estar celebrándolo así? Pues claro que sí. ¿Qué otra cosa podrían hacer?

Pero ¿cómo van a celebrar esta noche sin anticipar un recuerdo futuro; sin preguntarse si, en la Nochevieja de 2007, o de 2011, o cuando quiera que sea, recordarán la de 2005, cuando se alegraron, igual que niños imprudentes, como si Beth estuviese curada de verdad? ¿Cómo recordarán esa noche, esa gratitud descabellada, esa creciente esperanza?

Da igual. Steve el Temible, el individuo de la quimio, usó la palabra «milagro». ¿Qué dices a eso?

Barrett se libra de Ping y los demás, coge una botella de champán de la mesita del café y la lleva a donde están Tyler y Beth. Llena sus copas y alza la suya.

—Feliz 2006 —dice.

—Feliz 2006 —responde Beth. Entrechocan las copas.

Tyler se traga las ganas de decir: «¿Feliz 2006? ¿Os suenan los nombres de John Roberts y Samuel Alito? ¿No os dejó huella la ¡ejem!, pésima manera de enfocar el Katrina? ¿No os molesta, ni siquiera un poco, que estemos viviendo el SEGUNDO

MANDATO del peor presidente de la historia?».

Sonríe y da un sorbo a su champán.

¿Qué le pasa? Beth se ha curado. Repite la frase para sus adentros. «Beth se ha curado». ¿Cómo va a malgastar una sola célula cerebral con el nuevo y derechista Tribunal Supremo?

¿De verdad quiere convertirse en un viejo cascarrabias?

Barrett le echa una de sus miradas. Siempre se da cuenta de todo. Y él se siente agradecido.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —pregunta Barrett a Beth.

—Puedes hablar conmigo todo lo que quieras —responde ella.

Tyler suelta a Beth. Barrett le ofrece el brazo, un gesto que es y no es una parodia de formalidad.

—Prometí a Ping que iría a comprobar que todo el mundo tuviese champán y volvería a oír su diatriba contra Jane Bowles.

Beth le habla al oído en voz baja.

—No tiene mala intención —dice—. ¿Crees que podría curarse de las diatribas?

—No lo veo fácil. No son diatribas normales...

—¿Y cómo, exactamente, es una diatriba normal?

—No es la centésima repetición de algo que sabe, no es como una clase magistral, él solo se deja arrastrar por sus entusiasmos.

—Sí.

—Hace algún descubrimiento notable, y tiene que contártelo. Hasta el último detalle.

—Tiene curiosidad. Es la persona más curiosa que conozco.

—Lo cual resulta encantador —dice Barrett.

—Sí.

—E irritante.

—Eso también.

Ping les llama desde el sofá.

—¡Eh!, vosotros, ¿es una conspiración privada o puede apuntarse cualquiera?

Barrett y Beth se apresuran a ir al sofá, donde Ping, majestuosamente sentado, perora para Foster y Liz, que están a su lado como acólitos. Barrett se sienta en el sillón verde que hay enfrente del sofá; Beth se instala en uno de los brazos del sillón.

Ping está declarando a Jane Bowles la santa patrona de las chifladas, una conversación de la que Barrett está deseando escapar. Hace mucho que sabe todo eso que a Ping le parece tan revelador, pero Ping se ofendería si le interrumpiera; Jane Bowles es, para el actual público de Ping, su propio descubrimiento, una loca regresada de un continente oscuro, una maravilla descubierta por Ping y convocada ahora para sorpresa de los demás.

En interés de la Nochevieja, y de una búsqueda más general de la bondad que alberga en su interior, Barrett hace cuanto puede por reprimir una idea: «Dios nos

salve de la gente que cree ser más inteligente de lo que es».

Foster, a la izquierda de Ping, escucha extasiado. Está buscando un modelo que seguir. Ha pasado los veinte y casi los treinta años pagado (tanto de manera legítima como lo contrario) por la poderosa simetría texana de su rostro y los dones genéticos de su cuerpo; intenta decidir qué hacer exactamente, ahora que sus rasgos empiezan a estar un poco cansados (siempre, la obra de la mortalidad) para ser comercializables...

La preocupación de Barrett: Foster, a los treinta y siete, está pululando por ahí y aferrándose a todo lo que parece prometedor, sin una pasión rectora ni un principio básico. Quiere un nuevo futuro, pero busca de forma tan desorganizada que se lo imagina a los cincuenta, trabajando de camarero, ofreciéndose como papaíto en internet («¿Buscas a un hombre de verdad? Sé lo que quieres y lo que necesitas») mientras continúa haciendo planes.

Quizá haya quien piense que la búsqueda sin objeto de Foster es la misma de Barrett.

Se equivocan. Barrett se sorprende al descubrir que no tiene mayor interés en corregir las impresiones erróneas de quienes simplemente no saben.

Barrett es un humilde tendero. Coloca el género. Y en privado, por su propio beneficio, está compilando su teoría del campo unificado sobre el todo, que, como tantos proyectos que vale la pena emprender, está condenada al fracaso y es, al menos en parte, ilusoria.

Empieza por esto: las leyes de la física que gobiernan los sistemas solares resultan ser muy diferentes de las que gobiernan los movimientos de las partículas subatómicas. Por supuesto, deberían ser las mismas leyes: un planeta debería orbitar en torno a su sol más o menos del mismo modo en que un electrón orbita en torno a un núcleo. Pues no. ¡Sorpresa!

No obstante, Barrett, muy a su pesar, no es físico. Le falta ese don en particular.

Así que, en vez de eso, empieza por esto:

Al final de *Madame Bovary*, a Homais —el farmacéutico del pueblo, el epítome de la mediocridad pomposa, un hombre cuyas «curas» no hacen más que empeorar a sus pacientes— le conceden la medalla de la Legión de Honor.

Por supuesto, Homais es una persona inventada. Da igual. He aquí algunos de los que han recibido de verdad la medalla: Borges, Cocteau, Jane Goodall, Jerry Lewis (es cierto), David Lynch, Charlotte Rampling, Rodin, Desmond Tutu, Jules Verne, Edith Wharton y Shirley Bassey, la que cantaba la canción de *Goldfinger*.

Entre nuestros héroes estadounidenses —los hombres y las mujeres que probablemente serían candidatos a recibir una versión estadounidense de la medalla de la Legión de Honor— están sin duda Walt Whitman, Thomas Jefferson, Sojourner Truth, John Adams, Gertrude Stein, Benjamin Franklin, Thomas Edison, Susan B. Anthony, John Coltrane, Moms Mabley y Jasper Johns.

Pero no hay que olvidar esto: a Ronald Reagan se le recuerda ya como uno de los

grandes presidentes estadounidenses. Y Paris Hilton es una de las personas vivas más famosas.

Barrett se esfuerza, en la medida de lo posible, para que todo encaje. Empezando por *Madame Bovary* y siguiendo hacia fuera.

Y ha visto una luz celestial. Que le ha devuelto la mirada.

A Barrett le basta con seguir el camino más humilde; buscar el conocimiento por el conocimiento. Por lo visto, para él esa es la respuesta. Es un ciudadano del reino medio. Ya no está en el bar de un restaurante italiano de Portland venido a menos, ni esforzándose por conseguir una plaza de profesor en una remota universidad. Vende objetos a personas que están encantadas con lo que les vende. Estudia en soledad y en secreto.

Es suficiente. Ciertamente que no es lo que se esperaba de él después de toda una vida de trabajo. Pero, en serio, ¿hay algo más deprimente que darle a la gente lo que espera?

Y tal vez —tal vez— el amor llegue... y se quede. Es posible. No hay una razón evidente para los caprichos del amor (aunque tampoco la hay para el comportamiento de los neutrones). Es solo cuestión de tener paciencia. ¿No? Tener paciencia y negarse a abandonar toda esperanza. No desmoralizarse por, digamos, un mensaje de texto de cinco líneas.

«Te deseo felicidad y suerte para el futuro. xxx.»

Y eso de un hombre con quien Barrett había imaginado, porque se había permitido imaginarlo, el zumbido del contacto entre las almas, al menos una o dos veces (esa tarde lluviosa en la bañera, cuando le susurró el poema de O'Hara al oído, rozándole la oreja cubierta de un suave vello rubio; esa noche en las Adirondacks, cuando las ramas de los árboles arañaban el cristal de la ventana, y él le dijo, como si compartiera un secreto: «Es una acacia»).

Conque insistes, ¿eh? Ves una luz imposible, que se vuelve a apagar. Crees que una bañera en el West Village, un martes por la tarde, se ha ofrecido como un destino real, no solo como otra parada en el camino.

Eso, Barrett Meeks, es obra tuya. Presencias y recopilas. Perseveras. Después de todo, has hecho un descubrimiento significativo: ni siquiera a los dotados con una capacidad intelectual superior a la media se les exige que hagan mucho ruido o construyan una carrera profesional de alto nivel. El contrato no lo especifica en ningún sitio. Dios (quienquiera que Ella sea) no necesita que tú ni nadie lleguéis al final al campo de nubes con sus distantes pináculos dorados, cargados con un montón de logros terrenales bajo el brazo.

Barrett se sienta y rodea despacio con el brazo la minúscula cintura de Beth. Ping está diciendo: «... espera, esta es la mejor frase de todas, Frieda, que es la respetable de la novela, dice: “He acabado hecha pedazos, tal como deseaba desde hacía años”. ¿No os parece grandioso?».

—Me lo voy a tatuar en el pecho —dice Foster.

—La mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz —tercia Barrett.

Sigue una pausa. Ping mira a Barrett como si hubiese contado un chiste de esos que empiezan «Toc-toc / ¿Quién es?».

—Estoy convencido de que así es —dice Ping con una elegancia elaborada, como si ayudara a Barrett a disimular una metedura de pata.

Beth le acaricia con dulzura el cuello. Está casada con Barrett tanto como con Tyler..., la prueba está en gestos así.

—Lo siento —se disculpa Barrett—. Continúa.

Pero Ping ha perdido impulso, su música suena desafinada. Sonríe con una cordialidad que debía ser común entre los cortesanos de los reyes franceses.

—¿De dónde exactamente has sacado eso, querido? —pregunta.

Barrett mira a su alrededor deseando poder licuarse, escurrirse entre los tablones del suelo como agua derramada, o, en caso de que eso sea imposible, poder explicarse; ve a Andrew que está de pie detrás del sofá con una cerveza y un puñado de cacahuetes, sin hacer nada, fuera del ángulo de visión de Ping.

Andrew, plácido y seguro; Andrew, a quien, al igual que a ciertos dioses, le traen sin cuidado las querellas humanas; que literalmente no las entiende. Ahí están todos esos dones, el agua y el cielo, hay suficiente para todos, ¿por qué pelearse?

Liz lleva con él más tiempo de lo normal, ¿no?

—Es de la Epístola a los Romanos —dice Barrett.

—¿Cómo? ¿De la Biblia?

—Sí. De la Biblia.

—Eres una maravilla —responde Ping.

Es una diva, pero no de las más crueles; es una diva con el espíritu de una gran dama, generosa al expresar su disgusto (los testigos nunca deben pensar que es fácil vencerle, ni confundir sus encantos con zalamerías), pero cordial, aunque sea con frialdad. Tampoco es pedante. Es solo un fanático, dominado por una feroz y peculiar lealtad hacia lo que le ha sido dado entender como revelador. Antes de Jane Bowles fue Henry Darger; antes de Darger la carrera social de Barbara Hutton. Cuando Ping está absorbido por algo, le sorprende sinceramente que haya quien pueda estar interesado en cualquier otra cosa.

—Lo más probable es que a Jane Bowles la estuviese envenenando la mujer marroquí de la que estaba enamorada.

—Lo sé —responde Ping con un apasionamiento cotilla y aleteante—. ¿No es increíble? Y, dicho sea de paso, la mujer era una vieja arpía que iba por ahí con un burka de color negro y gafas de sol. Tendrías que ver las fotos. Jane está encantadora, como si fuese de alabastro, con una especie de aire superior, paseando por las calles de Marruecos con una mujer que recuerda a una de las brujas de *Macbeth*.

El rostro de Foster —todavía impresionante con su combinación de una mandíbula irlandesa tallada en piedra caliza y el amplio bucle del labio inferior

rematados por esa nariz de colegial inglés, patricia e improbable— se relaja con lo que podría ser sorpresa, aunque Barrett sospecha que es solo incomprensión.

—Qué locura —dice Foster.

—Jane estaba loca —responde Ping, con una expresión de satisfacción felina y saciada. Cree que todos los grandes artistas son, deben ser, si no perturbados, como mínimo excéntricos.

¿Tendrá eso que ver, se pregunta Barrett, con los paisajitos sentimentales y las naturalezas muertas que pinta los fines de semana? ¿Explicará eso sus sombreros, sus colecciones: los dioramas de pájaros victorianos, las lámparas árabes con tonos de joya, las primeras ediciones?

—Supongo que tendré que leerme su libro —dice Foster en un tono que logra transmitir su verdadera intención, y el hecho de que, para él, leer un libro de verdad es una ambición admirable pero imposible..., lo mismo podría haber dicho: «Supongo que tendré que aprender física de partículas».

—No todo es sombrío y tenebroso —le dice Ping—. También es divertida y sorprendente. Las vidas de los grandes artistas y los libros que escriben son cosas muy distintas.

Ping ha recuperado su impulso.

—Debes recordar —prosigue— que tuvo una existencia muy extraña. Era una expatriada. Se casó con ese mariconazo de Paul Bowles que no le hizo el menor caso y jamás le envió un centavo, siempre estaba arruinada. Supongo que vivía en un mundo en el que pensaba que podía ocurrir cualquier cosa.

Beth le da a Barrett un tranquilizador apretón en la nuca, se levanta del brazo del sillón para ir a buscar a Tyler y al marcharse anuncia:

—Veintinueve minutos para las doce.

La partida de Beth autoriza a Barrett a irse también. Lanza una mirada a Liz, que ha adoptado un gesto alegre e inexpresivo. Tiene la habilidad de cancelar su expresividad y sentarse en un grupo como si estuviese esperando con paciencia, sin duda ni irritación, la llegada del coche alquilado para llevarla a un sitio precioso y sereno.

—Solo veintinueve minutos para repasar mis pecados —dice Barrett.

Para Barrett, el único verdadero rival de Ping, el ingenio es el único método aceptable de despedirse de Ping a mitad de aria.

Ping se lleva la mano al pecho con horror fingido.

—Querido —dice—, necesitarías veintinueve días. —Barrett se levanta del asiento. Ping vuelve a centrar su atención en Foster—. Y, la verdad —continúa Ping—, si eres un genio perturbado, ¿por qué no desquiciarte en un sitio donde los monos corren por las calles de la ciudad y los vendedores ofrecen frutas que nunca habías visto?

Foster mira a hurtadillas (a Ping no le gusta que dejen de prestarle atención) a Tyler, que alarga el brazo hasta Beth, se lo pasa por encima del hombro y la acerca

hacia sí, la protege contra su esternón. Tyler. Los apuestos estragos de sus ojos leoninos. Esa capacidad de sentir devoción que tan *sexy* resulta. ¿Por qué hay tantos gays que no la tienen? ¿Por qué están tan locos y enamorados de la idea de más y más y luego más?

Por un instante: Tyler quitándole la ropa a Foster, con ardor y ternura, maravillado del pecho revelado de Foster, de los surcos de su abdomen; Tyler siguiendo el sendero de vello oscuro que lleva hacia abajo desde el ombligo, como si Foster lo hubiese dejado crecer solo para él; Tyler está loco por Foster, pero solo por Foster, Foster es la excepción, a Tyler no le van los hombres, le gusta Foster, y le baja los pantalones tejanos con gesto paternal pero sexual, dispuesto a follárselo con la salvaje dulzura de un padre, un padre fabulosamente perverso, sin tabúes, que se está follando a su hijo, cuidándolo, mimándolo, sabedor por el parentesco de sangre de lo que necesita su hijo.

Pero Ping ha continuado.

—En realidad es mejor desaparecer con una llamarada. Por eso nos gustan Marilyn y James Dean. Nos gustan los que van directos al fuego. Hombre, para la mayoría de la gente Jane Bowles no se parecía mucho a Marilyn ni a James Dean, pero para mí...

Foster vuelve a prestarle atención. Ping es un buen maestro, y hay mucho que aprender.

Liberado, Barrett se queda sin saber adónde ir. Beth está hablando con Tyler y Nina, y en ese momento le faltan energías para interrumpir su conversación. Andrew está sentado con una nalga apoyada en el alféizar de la ventana, contemplando la noche (o su propio reflejo en el cristal) mientras da sorbos a otra cerveza (come y bebe en abundancia, igual que un animal, da cuenta de todo el alimento que le ofrecen, con tanta despreocupación como cualquier ser vivo cuya vida dependa de aumentar al máximo la ingestión y reducir la producción al mínimo). Aparte de la veneración que Barrett siente por Andrew —o precisamente por ella— son amigos, pero ni mucho menos íntimos. No podría acercarse a Andrew a decirle... algo sobre sus buenos propósitos para el año próximo. Ni sobre ninguna cosa.

Decide escabullirse a su cuarto y tumbarse unos minutos. De pronto le parece la más maravillosa de las posibilidades: tener ocasión de tumbarse en silencio, solo, en su colchón, mientras la fiesta suena, suave como una radio, en la habitación de al lado.

Al entrar en la habitación, la deja a oscuras, aunque con las persianas subidas sea una oscuridad relativa: Knickerbocker Avenue vierte durante toda la noche su radiación suave y anaranjada. Se tumba en el colchón con cuidado, como si padeciera de las articulaciones.

Su cuarto, al ser blanco, absorbe el brillo de la calle y está inundado por el

naranja pulsátil y un poco de negro. La habitación no es desagradable. Pero en ella se siente, cada vez más, como un emigrante llegado a un país ni desolado ni feraz. Uno donde al menos le aceptan, ya que no tiene los papeles necesarios para ir a un sitio más prometedor y no podía quedarse en el lugar al que una vez creyó pertenecer; un país donde sus habilidades (la destreza para despellejar un antílope, su habilidad para moler bellotas) carecen de valor.

El problema que marcó sus años anteriores: casi todo es interesante. En particular los libros; y aprender otros idiomas, descifrar sus códigos, empezar a entender sus esquemas y sus mutaciones; y la historia, raspar todo ese tiempo acumulado para descubrir, aún vivos, en su propio continuo, un día en el mercado de Mesopotamia, donde una mujer pesa unos mangos; una noche en las afueras de Moscú, con el aire negro tan frío que te impide respirar, con Napoleón en algún lugar bajo el mismo cielo helado, la oscuridad gris moscovita con sus gélidas estrellas, que nunca han parecido tan brillantes, o tan lejanas...

Pero también está el mundo de los objetivos sencillos, la fatiga al final de un día de trabajo, tanto si has estado dándole vueltas a unas hamburguesas como cubriendo una techumbre de tejas; el amor que se puede sentir por las camareras y los cocineros, los carpinteros y los electricistas, no hay devoción como esa (tal vez sea una versión en miniatura de lo que sienten los hombres que han estado juntos en la guerra); el puro, burlón y bullicioso alboroto de salir a tomar unas cervezas cuando terminas el trabajo. Willy tiene una novia loca y Esther en realidad debería volver con sus hijos y Little Ed casi ha ahorrado lo suficiente para comprarse esa Ducati de segunda mano...

En su vida laboral, fue tanto tiempo la debutante incapaz de escoger, a quien todos los maridos potenciales le parecían prometedores, pero nunca alguien a quien pudiese imaginar ver a diario el resto de su vida, por lo que seguía esperando. No es que fuese demasiado orgullosa y se creyese demasiado buena para los demás mortales; tan solo le parecía que sus inclinaciones y excentricidades no encajaban lo suficiente con las posibilidades locales. Sería injusto, ¿no?, casarse con alguien de quien no estaba segura, así que esperaba a que llegase esa seguridad. Aún era lo bastante joven, y después —ocurrió de pronto, ¿cómo pudo pasar?— dejó de serlo, y fue como si estuviese viviendo en casa de sus padres leyendo y bordando...

Es gratificante, de un modo raro y agri dulce, que haya encontrado una carrera después de todo, y (extraño, pero cierto) más aún que su carrera haya resultado ser secreta, carezca de propósitos mundanos y no ofrezca posibilidad de enriquecerse.

En el techo, justo sobre su cabeza, una grieta en forma de Y ha empezado a desprender, de vez en cuando, una pizca de polvo de escayola, una esporádica racha de nieve artificial, que por supuesto supondrá una discusión con el casero, pero también indica que el edificio se está deshaciendo (hay otros indicios: las vigas que se vuelven pulverulentas, la humedad casi imposible de erradicar), una opinión sostenida solo por Barrett, que está convencido de que el edificio está perdiendo la fe

en sí mismo y a duras penas soporta el esfuerzo requerido de los muros de carga y los techos intactos, por lo que un día emitirá un crujido sordo o un suspiro y se vendrá abajo.

No obstante, Beth se ha curado, ha revertido su propio desmoronamiento, y Barrett todavía tiene que permitirse imaginar que la aparición celestial, que ocurrió hace ya un año y medio, tal vez pudiera estar relacionada.

No soporta esa extrañeza. No soporta la grandiosidad. Es agradable estar tumbado solo en su cama en la habitación silenciosa, mientras se cuelan en ella los sonidos de la fiesta y de la calle, y esos mundos continúan sin él. Flota en su cama como Ofelia, ahogada y dichosa (o así le gusta imaginársela): perdida para la vida, sí, pero perdida también para las acusaciones y las traiciones, más hermosa en la muerte, flotando con el rostro lívido y plácido, con las manos vacías vueltas hacia el cielo, entre las flores que se había agachado a recoger y ahora arrastra la corriente; una mujer antes perturbada que ha regresado tranquilamente al mundo natural, entregada al brillante movimiento del agua, fundida con la tierra como solo pueden estarlo los muertos.

—¡Hola!

Alza la cabeza y se vuelve para mirar hacia la puerta abierta.

Es Andrew. No puede ser. ¿Por qué iba a plantarse Andrew ante su puerta?

Pero ahí está. Es su silueta, la uve de su torso, el casco sólido y afeitado de su cabeza, la elegancia desenvuelta con que espera, como si estar ahí fuese parte de un baile del que la mayoría de la población hubiese olvidado aprender los pasos.

—Hola —replica.

—¿Tú pasas? —pregunta Andrew.

¿Que si pasa qué? ¡Ah, claro!

—No. Lo siento.

Andrew apoya el peso contra el marco de la puerta, tan ágil y decidido como Gene Kelly. De quien, por supuesto, seguro que no ha oído hablar.

Una parte: la indiferencia cruel y despiadada, esa maravillosa convicción juvenil de que, si fuese importante, lo conocería.

—¡Ah! —dice—. Pensé que te habías escabullido para colocarte.

Barrett hace un esfuerzo por salir de su perplejidad: Andrew se ha despedido ya. Pero no. No te quedes ahí como un pasmarote. Sigue hablando.

—Espera, quizá haya una remota posibilidad... Acompáñame —dice.

Se levanta de la cama, da unos pasos hacia Andrew. Barrett no domina ningún paso de bailarín. Pone un pie delante del otro. Espera que no se le pueda aplicar la palabra «gigantón».

Entra en la penumbra de aroma de Andrew, que, embotellada, solo podría llamarse Varonil. Es la emanación extrañamente dulce del sudor (Andrew no exuda nada fétido, su sudor no tiene correlato ni comparación, es limpio y carnal, tal vez con una leve sugerencia de sal oceánica). Nada de colonia, claro, ni desodorante, solo algo cítrico, un toque de zumo y de descaro; jabón o loción, tal vez solo bálsamo

labial, una fragancia persistente que ha comprado y se ha puesto.

Barrett se exhorta a sí mismo, para sus adentros, a calmarse, y experimenta el breve e irracional temor de haberlo dicho en voz alta, de haberse acercado y dicho sin más: «Cálmate».

¿Es una cualidad general de quien está prendado de alguien creer que le pueden leer el pensamiento? Quizá. Después de todo, ¿cómo va a ser inaudible ese torbellino de temor, lujuria y esperanza? ¿Cómo va a contenerlo nuestro cráneo?

—No quiero interrumpir.

—No —responde Barrett—. Era solo... Estaba descansando un poco. Antes de las doce.

Andrew mueve la cabeza. No entiende la necesidad de descansar un poco antes de las doce, pero admite y respeta las pequeñas peculiaridades ajenas. Eso también forma parte de su encanto, su versión viril de la calma de colegiala de Alicia mientras recorría un País de las Maravillas en el que nada resultaba familiar y todo era curioso, pero solo curioso, nunca aterrador u horrible.

—Acompáñame —dice Barrett.

Lleva a Andrew pasillo abajo, hasta el cuarto de Tyler y Beth.

La habitación está oscura y vacía. Sin Beth casi de cuerpo presente, se ha transformado de cueva del tesoro —repleta de ofrendas a la princesa dormida— en refugio de trastos. El número de objetos ha aumentado, aunque no hayan cambiado de manera sustancial. Hay más libros precariamente amontonados. La lámpara con la hawaiana sigue esperando a que le cambien el cable y ha adquirido una hermana con el pie en forma de faro y la pantalla blasonada con barcos de vela. A las aristocráticas y esqueléticas sillas gemelas les han añadido una modesta mesita auxiliar de bambú, un objeto pequeño, de aspecto humilde y de factura sencilla, siervo de las sillas.

Cuando Beth se recuperó, cuando abandonó su vida en la habitación y se reintegró al ancho mundo, se llevó consigo el encanto lánguido y eduardiano de la habitación. Ahora solo es un dormitorio abarrotado de libros y desechos, la guarida de unos acaparadores, con cierto encanto pero también sin demasiado sentido. La muerte de Beth, la idea de que hubiese podido morir en ese cuarto, arroja un hechizo, y ahora los silenciosos habitantes del dormitorio, las sillas, las lámparas y las maletas de cuero peladas, no son más que objetos que, finalizado su breve período de transfiguración, han regresado al reino de lo extraño y esperan pacientemente el fin del mundo.

No obstante, tras la barricada de trastos, la cama es blanca e inexpresiva, casi luminosa. La cama es la Bella Durmiente y todos esos objetos una mata de zarzas y espinos crecida para protegerla.

Barrett se abre paso entre los montones. Puede que la habitación sea un purgatorio de trastos, pero no está sometido a los aromas de las tiendas de objetos de segunda mano, que huelen a polvo y barniz viejo, mezclado con esa esencia deprimente y no muy limpia que parece adherirse a las cosas que hace tiempo que

nadie quiere. Ahora Beth enciende velas con aroma de lavanda en todas las habitaciones, igual que una anciana utiliza el perfume, para tapar cualquier esencia detectable de degeneración.

Abre el cajón de la mesilla de noche del lado de Tyler. El cajón está lleno de cosas suyas: condones y lubricante, claro (¿de verdad usa Magnums?); un tubo de no sé qué ungüento japonés; un cuadernito de papel Rhodia y un bolígrafo Sharpie; una fotografía antigua de su madre (a veces, Barrett todavía se sorprende cuando algo le recuerda que era pechugona y de cejas gruesas, con los ojos juntos y escépticos de una mujer a quien nunca ha timado el carnicero del pueblo; una mujer guapa, como suele decirse, imponente, pero no una gran belleza, como él insiste en recordarla); unas cuantas cápsulas anticongestivas sueltas; varias púas de guitarra desperdigadas; y...

El frasquito, que asoma debajo de una de las púas de guitarra. No ocupa posición de honor alguna. Es solo un objeto más en el cajón de Tyler.

Esperaba encontrar la reserva de cocaína de Tyler. Y también no encontrarla.

Por supuesto, no lo ha dejado. Barrett debía haberlo sabido. O tal vez no. Ha pasado tanto tiempo ligado a la costumbre de creerle.

Un fenómeno extraño: parece haber (aunque no es posible... ¿o sí?) una confluencia de secretos revelada de pronto: un hermanamiento. Si Barrett le está ocultando lo de la luz a Tyler, es natural que Tyler le oculte también algo a él. Hay que mantener el equilibrio.

Lo cual es una locura. Que le parece creíble.

Otro fenómeno extraño: Barrett está dividido entre su sentido de la traición (recorre rápidamente su memoria —¿cuántas veces le ha dicho Tyler que había dejado las drogas?—, lo cual tiene importancia porque, al parecer, para Barrett hay una diferencia entre las mentiras y los actos a los que simplemente no se hace alusión); su preocupación (la coca no es buena para él, por supuesto, no lo es para nadie, pero Tyler, en particular, se vuelve demasiado extático y cree demasiado en su propia y alucinada versión de sí mismo); y su alivio (que, como es lógico, le avergüenza) por haber encontrado algo que encantará a Andrew, el placer que obtiene de esa capacidad criminal sin demasiada importancia de proveer, de ser, para Andrew, no solo un hombre sin recursos que está tumbado solo en su cama.

Saca el frasquito. Es una botella pequeña de plástico transparente con la tapa negra. Lo alza para que lo vea Andrew. Este mueve la cabeza sabiamente, como si expresara su acuerdo con una sabiduría aceptada por todos y cuya verdad fundamental no se hubiese visto mermada desde hace siglos. Barrett le da el frasquito.

Barrett probó dos veces la coca, en fiestas, hace años, y no le parece gran cosa. En ambas ocasiones le pareció poco más que un dolor de cabeza autoimpuesto, acompañado de una sensación mayor de lo normal de preocupación y desasosiego, cuando ya posee ambas cosas en abundancia.

Andrew destapa el frasquito. Saca un manojo de llaves del bolsillo (¿para qué querrá tantas?, al menos hay una docena), introduce una en el frasco y se la alcanza a Barrett. En la punta de la llave hay un pulcro y blanco montoncito.

¡Ah! Él lo había concebido como un regalo de Nochevieja para Andrew. No había imaginado probarla.

¿En qué estaría pensando? ¿De qué tren se ha apeado hace poco, boquiabierto y con ropa de poliéster, ante el brillo de la gran ciudad? Por supuesto, Andrew daba por sentado que se meterían unas rayas juntos. Es lo que la gente hace.

Duda. «No gracias» es la respuesta más obvia y sencilla. Y, no obstante —perrillo faldero ansioso—, no tiene fuerzas para negarse. No puede permitirse ser tan... no-Andrew.

Se inclina hacia delante, deja que Andrew oprima la llave contra su fosa nasal derecha. Aspira.

—Con más fuerza —dice Andrew. Inhala con más fuerza. La coca es áspera y un poco entumecedora; medicinal—. Y ahora la otra —repite Andrew. Vuelve a meter la llave en el frasquito, la inserta con delicadeza en la fosa nasal izquierda. Barrett inhala con más fuerza. Andrew saca dos montoncitos de coca para él, uno y luego el otro. Aspira profundamente—. Es buena —dice. Se sienta al borde de la cama de Beth y Tyler, como un nadador que ha logrado llegar a una balsa. Barrett se sienta a su lado, con cuidado de no rozarle la rodilla—. Lo necesitaba —dice Andrew.

—Yo también —responde Barrett. ¿Dirá cualquier mentira, se hará pasar por cualquiera, por un deseo absurdo?

—Cuidado, nos plantamos en 2006 —dice Andrew.

—Cuidado.

Barrett tarda un momento en entender que está notando los efectos de la coca. Siente un zumbido en la cabeza, un recuerdo de... no exactamente abejas, nada es tan vivo; parece como si el zumbido emanase de una flotilla de bolas de acero microscópicas cubiertas de cerdas, que diesen vueltas en su cerebro, borrarán sus pensamientos y dejasen solo una limpieza cruda y pulsátil. Es sin duda medicinal: «Esto le va a doler, pero hará que se sienta mejor».

A lo mejor, esta vez, hace que se sienta mejor.

—Metámonos otra. Total, es Nochevieja.

Saca otro montoncito. Barrett alza la cabeza para recibirlo. Le preocupa que falle, que le espolvoree la barbilla, pero Andrew es tan preciso como un cirujano, lleva el extremo de la llave directamente al interior de su fosa nasal derecha, y luego a la izquierda. Luego hace lo mismo él.

—Qué bien —dice.

—Sí, muy bien —responde Barrett, aunque empieza a ser evidente que no está nada bien. Las cerdas de acero siguen limpiando. Nota, o cree notar, la parte interior del cráneo devastada, un hueco blanco donde había estado su cerebro—. El año 2006 va a empezar de un modo muy sorprendente, ¿verdad? —Se oye decir.

La que habla es solo su voz. Él reside en el sepulcro de su cráneo, un hueco antiguo donde una extraña maquinaria emite su zumbido, dientes metálicos contra dientes metálicos.

—Beth —responde Andrew—. Lo dices por Beth.

—No. Me refiero a que Michael Jackson se va a librar de esas acusaciones falsas de abuso infantil.

Andrew vuelve la cabeza y mira perplejo a Barrett. Claro que era de esperar... No lo entiende. Él no utiliza el sarcasmo. No obstante, y para su perplejidad, a Barrett no parece importarle. Se siente demasiado inquieto, nervioso y desanimado para que le importe. Andrew, yo soy así. Tengo tendencia a la ironía y las ingeniosidades. No seré una gran belleza accidental como tú, pero también ocupó mi sitio en este mundo.

Por lo visto, las cerdas de acero han raspado su preocupación por sí mismo, su deseo de ser deseado; solo tiene esa voz que habla como un oráculo malhumorado desde la bóveda que era su mente.

—Es una broma —explica—. Claro que me refería a Beth.

—Ya. El cuerpo es capaz de hacer cosas increíbles.

—Sí.

—Y los médicos no tienen ni idea.

—Algo saben. Pero no siempre aciertan. Igual que cualquiera.

Barrett se oye hablar y se maravilla de su capacidad de formular frases. Es el mecanismo el que lo hace, la pequeña y olvidada máquina de limpieza que hay en el interior de su cráneo, haciendo aquello para lo que la programaron sus progenitores.

—Si alguna vez enfermase —dice Andrew—. Iría a un chamán.

Se produce un cambio.

Barrett se sorprende, pero se siente impotente. Es como si se anunciara un proceso físico, una aseveración de la sangre. La atracción que siente por Andrew está empezando a desaparecer.

Por lo visto, el cambio tiene que ver con la palabra «chamán», con el modo en que Andrew insiste en ella, a pesar de que Beth se ha recuperado sin haber considerado siquiera remotamente la idea de ver a un chamán, un vidente o un curandero; tiene que ver con la propia vivencia singular y visionaria de Barrett, que ocurrió a pesar de su escepticismo; y con oír esa palabra concreta «chamán» con el acento de New Jersey de Andrew; tiene que ver con la posibilidad más que real de que Andrew no esté del todo seguro de qué es con exactitud un chamán.

Barrett no ha pasado mucho tiempo imaginando un futuro para Andrew. No había ningún futuro posible que pudiera incluirle a él, así que era mejor, y más sexy, soñar solo con Andrew en el presente.

No obstante, de pronto se ha producido un cambio. Por el momento, no puede ver otra cosa que el futuro de Andrew: Andrew como anciano devoto de lo improbable, viviendo sin apenas dinero, haciendo algún trabajo estúpido, convirtiéndose poco a poco de aprendiz de mago eternamente atento en uno de esos hombres que se

consideran magos por derecho propio; que consiguen «datos fiables» de quién sabe dónde, que están bien informados sobre cómo el gobierno oculta los aterrizajes de extraterrestres en Roswell, pero ignoran quiénes son los senadores de su estado...

Andrew es una ilusión.

Barrett lo ha sabido siempre, lo ha sabido desde que Liz se presentó por primera vez con él (lo había llevado a ver una película, ¿era *La guerra de las galaxias III*?) y Barrett notó un hueco en el estómago nada más ver la belleza franca y despreocupada de Andrew, la desenvoltura con que se movía, como si fuese la encarnación de algún ideal estadounidense perdido: hecho para el trabajo, recién acuñado, de rostro puro y claro; Andrew, el descendiente de generaciones de hombres que cabalgaban osados hacia territorios desconocidos, a las montañas y los bosques, mientras los demás, los cautos, los inseguros, los que se sentían agradecidos por lo poco que tenían, se ocupaban de sus asuntos entre los tiznados adoquines del Este y esquivaban charcos y montones de estiércol.

Andrew es un ideal, una invención, una copa dorada. Incontables miembros de la población gastan miles de millones al año sobre la base de cuánto se parecen a Andrew, el hijo de un zapatero de New Jersey; Andrew para quien todo ha sido gratis.

Barrett nota cómo disminuye su interés. Se ha alterado un equilibrio. Hace un momento, la ingenuidad de Andrew era el complemento perfecto de su cuerpo perfecto y sin tacha. Ahora es un chico estúpido que seguirá siendo estúpido mucho después de que el tiempo haya hecho su labor en las demás partes.

—Si tuvieses un cáncer de hígado y colon en fase cuatro, ningún chamán podría hacer una mierda por ti —dice Barrett.

Andrew se inclina hacia delante y lo mira interesado.

—No crees en los chamanes —dice en un tono ansioso (¿insinuante?) y argumentativo.

¿Será verdad, será posible, que Andrew se haya interesado de pronto por ese nuevo Barrett, el que está perdiendo el interés por él?

Sí. Cualquier otra respuesta sería de sorpresa.

—No, creo en..., no sé, casi cualquier cosa. En el sitio adecuado en el momento adecuado. La magia es genial y está infravalorada, pero no te quitaría el cáncer.

—¿No crees que eso es lo que le ocurrió a Beth?

¿Cómo debería responder exactamente?

Cierra los ojos un momento y deja que su cerebro se electrice y siga limpiándose.

—Una vez vi una luz en el cielo —dice luego.

No se lo ha contado a nadie. ¿Cómo es posible que se lo esté contando a Andrew?

Aunque, ¿a quién iba a contárselo si no? ¿Quién no dudaría o bromearía?

Y este nuevo Andrew deshonorado, este Andrew que está ahí sentado, estúpido y mortal como incontables jóvenes a lo largo de siglos incontables...

—Yo veo luces en el cielo todo el tiempo —responde Andrew—. Meteoros, planetas, estrellas fugaces. Tal vez uno o dos platillos volantes.

—Fue una luz verdosa e intensa. Una especie de espiral. La vi sobre Central Park hace más de un año.

—Es genial.

—Bueno, sí, fue genial, pero también muy raro.

—Ahí arriba hay cosas muy raras. ¿Crees que sabemos todo lo que hay? ¿Crees que lo tenemos todo en el mapa?

—Parecía... viva. En cierto sentido.

—Las estrellas lo están.

—No era una estrella.

—¿Era hermosa?

—Sí. Hermosa y terrible.

—¿Cómo?

—Poderosa. Enorme. Y luego desapareció.

—Suenan muy guay.

Barrett debería dejar de hablar ya. Debería dejar de hablar.

—Voy a la iglesia —dice.

—¿De verdad? —A juzgar por su tono de voz, a Andrew no le parece ni raro ni normal. En el País de las Maravillas, las costumbres son desconocidas, pero no repulsivas. Alicia se limita a ir de aquí para allá, educada y correcta.

—No rezo —continúa Barrett—. No me levanto ni me arrodillo. No entono himnos. Solo me siento, varias veces por semana, en uno de los bancos del fondo.

—Las iglesias son bellas. Quiero decir que la religión organizada es un camelo, pero las iglesias poseen cierta santidad.

—Esa no. Es muy sencilla. Y estoy solo yo con una docena de ancianas, que siempre se sientan en las primeras filas.

—¡Ajá!

—Nadie me habla. Por un tiempo pensé que, después de la misa, uno de los curas se acercaría y me diría algo como: «¿Qué te trae por aquí, hijo mío?». Pero esos tipos son muy muy viejos, se limitan a repetir los movimientos y, no sé, a pensar en cómo meterse debajo de las vestiduras de los monaguillos cuando se vaya la gente.

Andrew suelta una risa lasciva.

—Entonces, ¿por qué vas? —pregunta.

—Es silenciosa. Incluso esa vieja iglesia de mala muerte tiene un ambiente especial. Me siento allí y me pregunto si... pasará algo.

—¿Y ha pasado?

—No. Aún no.

—¡Estáis aquí!

Barrett abre los ojos. Es Liz, plantada en el umbral, una repetición de la llegada de Andrew a su habitación hace veinte minutos. Al final de su vida, ¿recordará Barrett a gente de pie al lado de la puerta que lo descubre en sus diversos refugios?

—Hola —dice Andrew.

—Faltan once minutos para las doce —responde ella. Entra en la habitación—. Cuánto trasto hay aquí —añade.

—Tyler y Beth son coleccionistas —le explica Barrett.

—Tyler y Beth están mal de la cabeza.

Va hacia la cama y se sienta al lado de Andrew, que se aparta para hacerle sitio. Aquí, ahora, apretado contra el costado de Barrett, está el hombro derecho de Andrew y el bulto de su cadera derecha.

Es *sexy*. Claro que sí. Pero, ahora que se desvanece la devoción de Barrett, Andrew está pasando de deidad a porno. Barrett se siente aliviado, y se lamenta. Un barco está zarpando. Mira de soslayo la pantalla de la lámpara con sus barcos de vela pintados y la pintura descascarillada en algunos sitios.

—¿Te apetece una raya? —le dice Andrew a Liz.

—¿De quién es la coca? —pregunta ella.

—No lo sé.

—De Tyler —responde Barrett.

—Tenía entendido que lo había dejado.

—Pues por lo visto no.

—Da igual. ¿Os ha dicho Tyler: «Por favor, entrad en mi cuarto y servíos de mi reserva personal»?

—Vamos, Lizzie —responde Andrew—, es una fiesta, estamos en Nochevieja...

—Déjala donde estaba.

—Todo lo que hay aquí es propiedad conjunta de Tyler, Beth y mía —dice Barrett.

—Las drogas no. No hay que coger las drogas de nadie sin permiso. Déjala ahora mismo donde la has encontrado.

Andrew le da el frasquito a Barrett, que abre el cajón de la mesilla y lo echa dentro.

—Estas cosas no se hacen —le dice Liz.

—Vamos, es una fiesta. Estamos en Nochevieja.

—Barrett me estaba contando lo de la luz que vio una vez en el cielo. Sobre Central Park.

Claro, Andrew no entiende qué es un secreto. ¿Qué podría imaginar Andrew que debería guardarse en secreto?

—¿Una luz? —pregunta Liz.

Cuidado. Liz hace preguntas, no está predispuesta a aceptar lo milagroso o lo inexplicable.

—No me hagas caso, y menos ahora —dice Barrett—. No sé lo que digo.

—Era una esfera grande. Hermosa y poderosa —comenta Andrew.

—Barrett te ha contado que vio una luz en el cielo... —le dice Liz a Andrew.

—Y a Pies Grandes —añade Barrett—. Vi a Pies Grandes en la Tercera Avenida. Estaba entrando en un Taco Bell.

Liz aprieta los labios, mira un instante al techo y luego a Barrett.

—¿Cómo era? —pregunta.

Barrett toma aliento, como si fuese a sumergir la cabeza en el agua.

—Tenía una especie de color agua pálido.

Liz continúa mirándolo. Su rostro adopta un gesto inquisitivo, como un detective que sospechara que estaba mintiendo respecto a su paradero la noche del crimen.

—Una vez yo también vi una luz —dice—. En lo alto del cielo.

—Estás de broma.

—Fue hace años.

—¿Dónde? Quiero decir, que ya sé que fue en el cielo...

—Estaba en el tejado. Fue a principios de verano, en aquella época vivía en el Lower East Side y trabajaba en el almacén de Joshua. Iba a acostarme y subí antes al tejado a fumar un porro. En realidad, ahora que lo pienso, creo que era hachís con opio.

—¿Cómo era la luz? —pregunta Barrett.

—Pues no sé, supongo que un disco. O una esfera.

—¿De color agua pálido?

Liz suelta una risa con un extraño deje amargo.

—Más bien azul verdoso. Me dedico a las ventas al por menor, no estoy familiarizada con el color agua.

—Háblame más de cómo era.

Pone los ojos a su altura, es una mujer paciente, una mujer harta de los hombres demasiado ardorosos que ha optado por preferir la ironía a la irritación.

—Era una bola de luz muy rara que flotaba en el aire —dice—. Tenía cierto encanto.

—¿Encanto?

—Sí. Era como una especie de satélite de los años cincuenta. Como esas cosas luminosas de otra época, cuando todavía resultaban sorprendentes.

—No se parece a lo que yo vi.

—Bueno, pues será que vimos luces diferentes.

—¿Sentiste algo? Me refiero a qué sentiste al verla.

—Pensé: «Este hachís es muy bueno, tengo que acordarme de quién me lo pasó».

—¿Y ya está?

—Poco más o menos.

—¿Qué ocurrió después?

—Me acabé el porro, volví abajo, estuve leyendo un rato y me fui a dormir. A la mañana siguiente volví al trabajo. ¿Recuerdas lo gilipollas que podía llegar a ser Joshua?

—¿No quisiste saber qué era aquella luz?

—Pensé que sería una especie de gas o algo así. ¿No está el universo lleno de elementos gaseosos?

—Sí —dice Andrew—, hay gases, neutrinos y esa mierda que llaman materia oscura.

—¿Y seguiste sin más con tus asuntos? —pregunta Barrett a Liz.

—¿Qué querías que hiciera, llamar al *National Enquirer*? Estaba colocada, vi una luz y luego desapareció.

Se inclina hacia ella, su cabeza está tan cerca de la de Andrew que nota su aliento en la mejilla.

—¿Ocurrió algo después? —pregunta.

—No, ya te lo he dicho. Nada.

—Tal vez no justo después.

—Fue hace años, pasan cosas todo el tiempo.

—Piensa.

—Me estás asustando un poco.

—Vamos. Piensa. Hazme el favor.

—Ajá. Bueno. Encontré un par de Jimmy Choos en el T. J. Maxx, es una especie de milagro, ¿no?

—Vamos.

—Estás muy colocado, ¿no, cariño?

—Un poco.

—Tú nunca te colocas.

—Estamos en Nochevieja.

—Muy bien —dice—. Jugaré. Veamos..., hará al menos diez años.

Hace una pausa.

—¿Qué pasa?

—Es ridículo.

—¿El qué?

—Fue, o eso creo, el año que regresó mi hermana.

La hermana pequeña de la que casi nunca habla. Después de diez años de amistad con Liz, Barrett solo conoce algunos detalles.

—Continúa —dice.

—Es una tontería.

—Continúa.

Ella hace una pausa.

—Dejó la medicación. Y un día... desapareció. Casi un año.

—Me lo has contado. Creo.

—No hablo mucho de ella.

—Lo sé. Me consta.

—En realidad no sé muy bien por qué. En fin, supongo que porque es algo hereditario y me asusta que pueda pasarme a mí. Qué retorcido, ¿verdad? Como cuando los griegos se negaban a pronunciar el nombre del dios de los infiernos por si les oía.

—¿Qué es hereditario? —pregunta Barrett.

—En fin... La esquizofrenia. No se le manifestó hasta los veintitrés. Había sido la chica más encantadora e inteligente del mundo. Estaba bien, perfectamente. Estudiaba derecho, había conseguido una pasantía en la Unión por las Libertades Civiles, donde no sé si sabéis que es muy difícil entrar. Luego sufrió un brote. Y se convirtió en otra persona. Se volvió paranoica y desarrolló esas ideas absurdas sobre los complots de las empresas, los escuadrones de la muerte y, oh, el caso es que cambió. Se convirtió en otra persona. Tuvo que dejar la facultad. Volvió a vivir con nuestros padres.

—Se llamaba Sarah —dice Andrew.

—Sí, así se llamaba —confirma Liz—. El caso es que empezó a medicarse y eso la ayudó, pero solo un poco. Se convirtió en una imitación mejor de lo que había sido. Era como si Sarah hubiera muerto, y la hubiese reemplazado una persona salida de una vaina.

—Veo gente salida de vainas todos los días —dice Andrew—. En todas partes.

—Ella, como todos, odiaba la medicación: da sueño, hace engordar y anula totalmente el deseo sexual. Y, un día, sin advertírnoslo, parece que dejó de tomarla. Y se marchó. Un día. Aprovechando que nuestros padres habían salido un rato.

—Se marchó —repite Barrett.

—Se fue. No pudimos encontrarla. Lo intentamos todo. Al principio la buscamos en la ciudad, y luego empezamos a llamar a la policía y a poner carteles por todas partes. Estaba fuera de sí, era guapa y tenía veintitrés años, ¿quién sabía lo que podían hacerle?

—Las mujeres lo tienen jodido en este mundo —dice Andrew.

—Sabíamos que tenía un poco de dinero. Le gustaba tener dinero, lo cogía del monedero de mi madre y a ella no le importaba. Ni siquiera sabíamos cuánto, pero tal vez lo suficiente para comprar un billete a algún sitio. Y al cabo de un mes o dos, pensé que nuestra madre se moriría. Lo digo literalmente. Sarah se fue en diciembre. Si no la habían violado y asesinado, podía haberse congelado en algún sitio, podía haber muerto de hambre. —Se hace un silencio. Las sombras y los ángulos de la habitación se ciernen sobre ellos—. Iba a casa de mis padres —continúa Liz— y encontraba a mi madre en una silla del salón. Sin hacer nada. Como si estuviese, no sé, en una sala de espera, esperando a que la recibiese el médico o algo así.

—¿Y tu padre?

—También estaba hundido. Pero seguía siendo él. Continuaba haciendo cosas en la casa. Haciendo chapuzas. Como si Sarah fuese a volver si la casa estaba en mejores condiciones. Yo sabía, o al menos eso creía, que si Sarah... no regresaba, nuestro padre resistiría. Se le habría jodido la vida, pero sobreviviría. En el caso de mi madre no estaba tan segura.

—¿Pensaste que se suicidaría?

—No, pensé que... desaparecería. Poco a poco. Que antes o después contraería

alguna enfermedad. Algo que los médicos no sabrían diagnosticar.

—Hay a quien le pasa eso. Hay quien enferma por culpa de su vida —dice Andrew.

Liz, cuya paciencia se ha agotado por fin, le echa una mirada severa de profesor. «Si no sabes las respuestas, tal vez sería mejor que escuchases».

—¿Qué ocurrió? —pregunta Barrett.

—Pues que, unos cinco meses más tarde, llamaron a la puerta y era ella. Tenía un aspecto horrible. Pesaba unas noventa libras, tenía el pelo lleno de piojos y llevaba ropa sacada de la basura. Pero ahí estaba. Una noche. Salida de la nada.

—Ya.

—Parecía imposible. Por supuesto aún teníamos esperanzas, pero nos estábamos haciendo a la idea de que... había muerto. Y una noche... apareció.

—¿Adónde había ido?

—En realidad no lo sabemos. Dijo algo de Mineápolis, algo de South Beach. Pero había rechazado entrar en una facultad de Derecho en Mineápolis antes de sufrir el brote, y el año anterior había pasado las vacaciones en South Beach. Nunca hemos llegado a saberlo con seguridad. Era difícil decir si recordaba dónde había estado.

—Pero volvió a casa.

Liz mueve la cabeza muy seria como si estuviese aceptando un veredicto severo pero inevitable.

—Sí. Volvió a casa.

—Y fue una especie de milagro.

—No rezo —responde ella—. No creo en Dios.

—Lo sé.

—Pero varias semanas después de que volviese Sarah aún seguía dando gracias en silencio a todas las personas que le dieron un dólar, que la dejaron dormir en su vestíbulo, a cualquiera que le hubiese dado algo. Desde entonces, siempre le doy un dólar a quien me lo pide.

—Eso fue después de que vieses la luz.

—Al menos tres meses después.

—Da igual.

—Muy bien, sí, qué pesado..., en estricto orden cronológico fue después de que me colocase con un hachís muy bueno y creyese ver una especie de luz. ¿De verdad crees que hay relación?

—No estoy seguro. No hago más que preguntármelo.

—En fin. Está bien, muy bien, que haya vuelto y esté a salvo. Pero no se encuentra mejor. Ha vuelto a tomar la medicación. Está gorda y alelada y vive en su antigua habitación. Se pasa el día entretenida con los videojuegos.

—Mejor que muerta en Mineápolis.

—Pero sigue siendo una mierda de milagro, ¿no crees?

—Eh, faltan tres minutos para las doce —exclama Andrew.

—En realidad, no estaba pensando en milagros. Pensaba, no sé, en portentos.

—Dos minutos y cincuenta segundos —insiste Andrew.

—Ve al comedor y asegúrate de que todos lo saben. Iré dentro de un segundo —dice Liz.

—¿Vendrás a tiempo para la cuenta atrás?

—Pues claro. Ve.

Andrew se levanta obediente de la cama y sale del dormitorio. Liz y Barrett se quedan en la cama el uno al lado del otro.

—¿Tiene importancia? —pregunta Liz.

—¿Que si tiene importancia qué?

—Un portento. Algo así.

—Deberías decir que es interesante.

—Cariño. Se me ocurre que más bien debería decir que es confundir la realidad con una tontería.

Tyler y Beth se han escapado a la cocina para estar solos un rato. Se abrazan apoyados en la encimera.

—Estamos casi en otro año —dice Beth.

—Sí. —Tyler mete la nariz en el hueco de su cuello. La inhala tan profundamente como la cocaína.

Se le ha metido algo en el ojo. Intenta quitárselo parpadeando, ahora no puede soltar a Beth para frotárselo.

—Y no ha sido el fin del mundo —dice ella.

—Para algunos de nosotros no.

Ella lo abraza con más fuerza.

—No empieces —susurra—. Esta noche no.

Tyler mueve la cabeza. No empezará. Esa noche no. Nada de rollos sobre las cárceles secretas de la CIA en Polonia y Rumanía, sobre escuchas ilegales, o el hecho de que el propio Bush haya reconocido que han muerto treinta mil civiles iraquíes desde el inicio de la guerra. Una guerra contra un país que para empezar no ha atacado a Estados Unidos.

—Han encontrado ADN de mamut en Inglaterra —le dice al oído a Beth.

—Entonces, ¿pueden hacer un mamut?

—Eso probablemente sea un poco prematuro. Digamos que no podrían hacerlo sin ADN de mamut.

—Sería genial. ¡Imagínate!

—Sería más que genial.

—Pero lo encerrarían en un zoológico, ¿no?

—No. Querrían estudiarlo en su hábitat natural. Construirían una reserva natural de mamuts para él. Probablemente en Noruega.

—Qué bien —dice ella.

—¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Fiyi ha abolido sus leyes de sodomía. Ya se puede ser gay en Fiyi.

—Eso está bien.

—Y...

—¿Ajá?

—La princesa Nori de Japón se ha casado con un plebeyo y ha renunciado al trono.

—¿Es guapo?

—La verdad es que no. Pero es un hombre sincero, y la quiere más que a nada en el mundo.

—Pues aún mejor.

—Claro.

Desde el salón se oye la voz de Ping.

—¡Falta un minuto para las doce!

—Quedémonos aquí, ¿quieres? —dice Beth.

—Vendrá alguien a buscarnos.

—Pues le diremos que se vaya.

—De acuerdo.

Inesperadamente, Tyler rompe a llorar. Es un llanto seco y silencioso, más como si se ahogase en lágrimas que como si estuviese vertiéndolas.

—No pasa nada, cariño, no pasa nada —dice Beth.

Tyler deja que lo abrace. No puede hablar. Le ha sorprendido ese asalto repentino. Tiene miedo, claro, tiene miedo por Beth, una curación tan imprevista e inexplicable podría desaparecer de manera tan misteriosa como llegó. Los dos lo saben. Un día lo hablaron, y acordaron no volver a hablarlo más.

También llora por la canción de boda que le cantó a Beth hace más de un año. ¿Por qué no parece ser capaz de olvidar (no digamos perdonar) que no fuese una buena canción, a pesar de que todo el mundo le dijo que era lo mejor que había compuesto? Sí, ya. Era sincera, llamaba al llanto con bastante naturalidad, pero Tyler sabía, porque lo sabía, que era más sentimental que abrasadora. Había sido derrotado por sus propias carencias. Ahora tuerce el gesto para recordar: lo de «astilla en mi corazón» lo había dejado, pero sin hacer alusión al hielo; podría haber sido «nuestra proximidad solemne y engañosa» y haber rimado con «el cochero invisible del viejo carruaje cubierto de rosas». Supo que se había quedado sin tiempo, que se había quedado sin talento, y compuso una balada, una baladita agradable, adecuada para la ocasión, que contentó a todos los presentes, pero que no era una creación esculpida en bronce; ni una canción que mezclara el amor y la muerte y que pudiese cantarse cuando los propios enamorados fuesen polvo. Era local. Por supuesto, fue recibida con entusiasmo, pero incluso mientras la cantaba, mientras Beth esperaba temblorosa (frágil entonces, con la piel del mismo color blanco acuoso que su vestido de seda),

extasiada, encendida de amor por él; incluso entonces supo que era un juglar, con la frente ceñida no por una cinta de oro o una corona de laurel, sino por un gorro con plumas; ducho en canciones de amor porque lo hacía por dinero, por todo el condado; convincente por experimentado, tan acostumbrado a fingir romanticismo ante desconocidos que lo único que sabía hacer a esas alturas era fingir, incluso cuando se trataba de sus propios sentimientos. Ese lenguaje musical falso y convincente se había convertido en el único en que cantaba.

Alabaron la canción, como era de esperar. Pero el cantante siempre se da cuenta de esas cosas.

Tyler llora por muchas razones, entre ellas su propio fracaso, un fracaso de la peor especie, un fracaso secreto, pues los demás insisten en que con su canción de amor a Beth lo había conseguido: había hallado y conquistado el tesoro que buscaba.

—No pasa nada —vuelve a decir Beth.

Tyler no se ha quitado la mota del ojo. Las insignificantes distracciones de la carne...

En el salón se oye:

—Veinte, diecinueve, dieciocho...

En el salón reina un vertiginoso nerviosismo. ¿Dónde se ha metido todo el mundo? Solo están Ping, Nina y Foster.

Foster, con la mirada fija en el reloj de bolsillo, dice:

—Diecisiete, dieciséis...

¿Dónde —quisiera saber— está Tyler?

Ping se pregunta en silencio: «Foster, ¿será esta noche?».

Nina se dice: «Lo siento, Stephen, no sé en qué estaba pensando, te llamaré en cuanto den las doce».

—Quince, catorce, trece...

Andrew entra con los hombros encorvados y esos andares suyos un poco simiescos. ¿Por qué sigue ahí? ¿Cómo lo aguanta Liz?

No se puede negar que está bueno. Está indefenso, y a ella le gusta tener la sartén por el mango. Por fin empieza a agobiarle su edad. Debe de tener una polla increíble. Es algo maternal, Liz debería tener un hijo. Ha decidido que esos tíos son todos iguales, así que ¿por qué cambiar? Está muy muy bueno. Debe de morir de aburrimiento con él. ¿Será consciente de lo ridícula que parece? Debe de estar empezando a cansarse. A lo mejor es distinto cuando están solos.

—Doce, once, diez...

—¿Dónde está Liz? —pregunta Ping.

—Ahora viene —responde Andrew.

Foster está a punto, ya no es tan joven, hace tanto tiempo que le quiero. ¿Por qué le diría eso a Stephen?, tengo que aprender a controlarme. ¿Tyler, dónde estás? ¿Por qué he dicho eso de que ya no es tan joven?

—Nueve, ocho, siete...

—No es una buena noticia que hayamos encontrado drogas en el cajón de Tyler —le dice Liz a Barrett en el dormitorio.

—No. Desde luego.

—¿Vas a hablarlo con él?

—Sí, supongo. Quiero decir que no tengo otro remedio, ¿no?

—Tú eres el más indicado. —Se acurruca con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Los dos vimos una luz —dice Barrett—. Tú y yo.

—Un avión. Un soplo de gas cósmico.

—No lo creo.

—¿Qué pudo ser si no? —pregunta ella.

—Seis, cinco, cuatro...

—Deberíamos volver al salón —dice Liz.

—Lo sé.

Se quedan donde están.

—Tres, dos...

Barrett mira implorante a Liz.

—Uno.

Tyler y Beth se besan con voracidad. Mientras se besan, Tyler respira en ella y, al mismo tiempo, la inhala. Intercambian algún tipo de potencia, no sabría decir si está insuflándole su propia salud con sus besos o aspirando la que ella ha recobrado milagrosamente. No importa. Decide que no tiene importancia. Ella está amoldada a él, están ahí, en 2006.

—¡Uy! —dice Liz—. Medianoche.

—Feliz Año Nuevo.

Barrett y ella se agachan y se besan, castamente.

—¿Eres consciente de que tu primera palabra del año ha sido «uy»?

—Debe de ser otro portento.

Ping, Foster y Nina se besan, tan excitados como niños. ¡Feliz Año Nuevo! Se abrazan, mientras el sonido de los gritos y los petardos se cuele desde las calles. Andrew se queda aparte. Nina (*¿por qué siempre tengo que ser yo?, ¿por qué todos esperan que sea la mujer quien lo haga?*) le llama con un gesto.

—Feliz Año Nuevo, Andrew.

—Feliz Año Nuevo —responde él, con la blanda y obtusa cordialidad de una azafata de líneas aéreas. Se queda donde está, cerca de la puerta del pasillo.

¿Por qué sigue ahí?

—Debería ir a buscar a Andrew —dice Liz.

—Sí.

Pero apenas un instante después aparece Andrew, dando zancadas entre los montones de objetos como Godzilla en Tokio. No obstante, no está enfadado; o no lo parece. Solo avanza en línea recta e inflexible.

Liz se pone en pie.

—Feliz Año Nuevo, cariño —dice mientras abre los brazos.

—Feliz Año Nuevo —responde él dejándose abrazar. Se besan. Las manos de Andrew se ahuecan en torno al culo de Liz.

—Feliz Año a los dos —les desea Barrett al salir.

Andrew alarga la mano a ciegas, encuentra la mano de Barrett y la aprieta. Se diría que tiene esa gracia, esa bondad que ofrecer.

A Barrett se le ocurre: Andrew estaba esperando, ¿no? Sabía, imaginaba, que Barrett y Liz necesitaban un poco de tiempo, aunque se estuviese acercando la medianoche.

La gente es más de lo que creemos. Y también menos. La clave está en entender ambas cosas.

Barrett pasa junto a la cocina camino del salón. Tyler y Beth están enrollándose. ¿Debería pasar discretamente de largo? No, qué más da, es de la familia, es el marido de reserva de Beth, tiene derecho a interrumpir.

—Feliz Año —dice.

Se sueltan, un poco aturridos, como si les sorprendiera encontrarse en esa cocina, en este mundo.

—Feliz Año, cariño —dice Beth. Se acerca a Barrett, le pasa los delgados brazos por los hombros, y le da un beso de verdad.

Tyler se acerca también, los rodea a ambos con los brazos y deja a Beth en el medio, comprimida entre los dos. Barrett es aún más consciente de su aspecto diminuto y de animal, de sus huesos pequeños y resistentes. En ese momento es un ratón blanco, una mascota querida, sujeta, con ternura, pero no por eso menos sujeta, por dos hombres que podrían aplastarla si quisieran. Barrett podría jurar que la nota estremecerse, como haría un ratón si lo tuviese entre sus manos, con ese temblor mínimo y constante que forma parte del ser físico de los ratones; debido a un perpetuo estado de temor y prevención (después de todo eres una presa), pero también una manifestación de su pequeñez, de un corazón del tamaño de un arándano que late a toda prisa.

—Como digas «abrazo en grupo», te atizo.

Tyler alarga el brazo, le pasa los dedos por el pelo a Barrett. Beth se queda en silencio entre ellos, balanceándose levemente de lado a lado. Levanta la cabeza, inclina la nuca contra el pecho de Tyler. Tiene los ojos cerrados.

Barrett nota que está evocando algo. Es palpable. Le cosquillea en la piel.

—Entré en la muerte —dice.

—No —dice Barrett—. No es cierto.

Beth no abre los ojos. Hay un no sé qué de recitado; de un discurso memorizado hace mucho tiempo que por fin debe pronunciarse.

—No quiero decir en realidad —continúa—. Pero algo cambió.

—Utiliza una lengua comprensible, por favor —replica Barrett.

—¡Hum! Está bien. Fui una enferma mucho tiempo. Y luego. Se produjo una especie de cambio. —Por un instante, el aliento de Tyler es el sonido más audible en el dormitorio—. Fue como si... No sé. Empezara a morir. Me embarqué en algo. Y fue distinto. Seguía estando enferma. Seguía encontrándome fatal. Pero... me había sentido como una persona sana que había enfermado. Y, de pronto, me convertí en una enferma, no recordaba haber sido otra cosa. Fue como si las luces empezaran a apagarse. Igual que en una casa cuando todo el mundo se va a dormir.

Nadie dice nada. ¿Deberían preguntar algo?

—¿Cómo te sentiste? —pregunta Barrett.

—Bien no. Pero tampoco exactamente mal. Había una especie de... oscuridad en la nada. En realidad daba lo mismo que fuese bueno o malo. La verdadera cuestión no era esa.

Sigue apoyando la cabeza contra el pecho de Tyler. Continúa con los ojos cerrados.

—Una oscuridad en la nada —repite Barrett, porque al parecer en ese momento no se puede contar con Tyler.

—¿Tiene sentido? —pregunta Beth.

—Más o menos.

—Quiero que lo sepáis. Que no era tan terrible. Quiero que lo sepáis.

—Lo sabemos —responde Tyler.

—Porque —añade ella— tampoco tenemos tanto tiempo.

—¿Quieres decir de vida? —pregunta Barrett—. ¿Ninguno de nosotros?

Ella mueve la cabeza despacio de un lado a otro contra la placa cuadrada y carnosa del músculo pectoral de Tyler.

—Sí —responde—. Supongo que eso quería decir.

A las doce y diez están todos en el salón sin saber qué hacer.

—¡Predicciones para 2006! —exclama Foster.

Lo cual es, por supuesto, un error. Todos evitan mirar a Beth.

—Predigo que hoy será una gran noche —dice Beth sin dudarlo.

Alzan las copas. Se oyen vivas y gritos.

Sí, vuelve a pensar Barrett, por eso te quiere tanto Tyler. Es otro cuento antiguo reinterpretado: la chica sencilla que asciende al trono y se vuelve legendaria, en parte porque lleva la bondad y otras virtudes humanas normales a un reino por lo general gobernado por la duplicidad y unas crueldades mezquinas y aniquiladoras.

Se hace un silencio. La incomodidad aún no ha abandonado la sala.

Foster piensa a toda velocidad y duda de si podrá decir algo que compense su torpeza, o si volver a hablar servirá solo para empeorar las cosas. Tyler habrá pensado que es insensible y desconsiderado. Ahora no se permitirá ese momento de abandono...

—Predigo que John Roberts recibirá instrucciones de Dios en persona para ser un hombre mejor. Los derechos humanos prosperarán. Las mujeres, los gais y la gente de color dejarán de preocuparse. Se bailará en las calles de toda la nación —dice Tyler.

Más gritos y vivas, vuelven a alzarse las copas.

Por primera y posiblemente última vez en su vida, Tyler ha hecho que todos los presentes en el salón se sientan agradecidos por su insistencia implícita en que solo él se toma las cosas lo bastante en serio; la costumbre que le ha valido el mote del Señor Aguafiestas (que cada vez que lo oye hace que se sienta al mismo tiempo avergonzado y orgulloso).

—Predigo que el negro seguirá siendo el color de moda —exclama Barrett.

—Y el rosa siempre será el azul marino de la India —añade Liz.

Barrett le pasa un brazo por el hombro a Liz. Ella le da un beso rápido en la mejilla. Gracias a Dios, no han perdido su capacidad de trivializar.

La pequeña fiesta se deshace. Foster, Nina y Ping se marchan a la misma hora, como si hubiesen acordado de manera clara, pero tácita, que ha llegado el momento de la partida. La campana ha tañido, han llamado a los carruajes y nadie quiere ser el que se queda más de la cuenta y acaba yéndose a destiempo; ese de quien podrían decir, nada más cerrar la puerta, «Pensaba que no se iría nunca».

Foster, Ping y Nina se despiden en Knickerbocker. *Feliz Año Nuevo, cariño, te quiero, ha sido una noche genial, has ganado el premio del sombrero más original, cuídate, te llamo mañana.*

Nina va hacia el norte, Ping y Foster, al sur.

Nina va a Red Hook, a ver si puede arreglar las cosas con su novio («Cariño, me entró el pánico, creo que me estoy enamorando de ti y me asusta, ya sabes cómo soy cuando no puedo controlar las cosas»), para que puedan seguir juntos un par de meses más, hasta que se enamore de un cirujano al que ve en Barneys (Nina, la osada y audaz: «Encanto, no quiero parecer entrometida, pero no te compres ese jersey, los blancos nunca deberían vestir de amarillo»); un hombre que la obedece en lo del jersey pero que no vuelve a obedecerla jamás; un hombre tan convencido de que Nina es guapa, pero no está cualificada en ningún ámbito de pensamiento o acción que no sea la ropa («Esa es mi Nina, tiene setenta y un pares de zapatos, adivina lo que paga por ese corte de pelo») que ella se retractará de casi todas sus opiniones si le lleva la contraria («Ah, bueno, en realidad no sé mucho de eso»); se dejará el pelo largo («Una mujer con el cabello largo es más sexy, ¿vale?») y engordará unas libras («Una mujer tiene que tener culo»); se distanciará de sus amigos («Ese hatajo de

fracasados»); vivirá con el cirujano en un edificio con portero en el Upper West Side.

Ping acompañará a Foster al tren L, se despedirá de él con un beso rápido a la francesa en cada mejilla. Mientras Foster desciende las escaleras del metro, Ping lo imaginará dirigiéndose a una discoteca sacada del poema de Kubla Jan: palpitante, como una cueva (por alguna razón, en la imaginación de Ping, la pista de baile está rodeada por un foso, donde chicos guapos flotan lánguidamente en barquitos plateados). En cuanto desaparezca de su vista, Ping llamará a un servicio de taxis privado (sintiéndose ligeramente culpable por poder permitírselo). No obstante, pronto recibirá el merecido castigo que desea: el coche tardará casi cuarenta y cinco minutos en llegar. El telefonista le ha advertido del retraso causado por la Nochevieja, pero ¿cuarenta y cinco minutos? Mientras Ping espera en Morgan Avenue, que está tan desolada como deben de estarlo ciertos barrios de las afueras de Cracovia, incluso en esa noche tan celebrada, pensará cada vez con más cariño, mientras el coche sigue sin llegar, en su pequeño pero cómodo apartamento de renta limitada en Jane Street (¿por qué querría nadie vivir en Bushwick?) mientras, a modo de observación vacacional, una bolsa de plástico donde dice «Feliz Navidad» pasa volando a su lado arrastrada por el viento; se sentirá como el viajero fatigado que es, deseoso de estar en su cama (una cama trineo de finales del siglo XIX, que compró casi por nada en ese sitio de New Bedford); con la lámpara árabe con gemas engastadas encendida; leyendo a Jane Bowles. Se sentirá agradecido por la pequeña fortuna que le ha sido concedida. Se dirá a sí mismo que es afortunado, que le ha bendecido la suerte.

Foster irá a un club, una sala enorme de paredes negras que no se parece en nada a la visión de etérea fecundidad de Ping; un cuarto oscuro lleno de hombres sin camisa bailando al son de la música house. Foster, todavía avergonzado por haber perdido su oportunidad con Tyler, ligará con un chico fácil e inconsecuente llamado Austin, un hombre-niño de gesto ávido y cara de zorro, no precisamente lo que uno tomaría por una recompensa. Y eso hará que, al día siguiente, todo resulte más sorprendente cuando el chico le diga su apellido: Mars. Es el heredero de una fortuna en chocolatinas. Lo cual seguirá sorprendiendo a Foster, aunque cada vez menos, cuando, diez años después, esté viviendo con Austin Mars en una granja de caballos en Virginia Occidental.

Poco después de la partida de Ping, Nina y Foster, Liz y Andrew se marchan también. Barrett, Tyler y Beth se quedan en el sofá, el enorme sofá desvencijado y con aire de matrona, lo único que les queda de la herencia de su madre (su padre se llevó casi todo lo demás a Atlanta). El sofá está cubierto de mantas y tapices indios (más vale ahorrarse los detalles sobre la tapicería de color cadavérico y cubierta de bultos). El sofá, en su decrepitud, te recibe, te sostiene, cede bajo tu peso, te acepta.

—¿Qué os parece, por ahora, 2006? —pregunta Barrett.

—No está mal —responde Tyler.

—Aún no ha ocurrido nada terrible.

—A nosotros no —dice Tyler—. A unos blancos con un apartamento y un fuego crepitando en la televisión...

Beth le pone un dedo en los labios.

Él calla.

Barrett entenderá, después, por qué ese gesto minúsculo parece tan revelador. Le costará un poco.

Aún tiene que darse cuenta: Tyler pertenece a Beth. Ahora que ella ha recobrado la salud, son una pareja en un sentido en que no lo eran cuando agonizaba. La Beth que se iba, la que requería cada vez más atenciones y cuidados, había sido tanto de Tyler como de Barrett, su santo parpadeante, su princesa huida a quien buscaba hora tras hora y día tras día la hechicera de quien creía haber escapado.

Tyler y Barrett eran sus criados. Eran el equipo de Beth.

Pero ahora, esta noche, la Nochevieja de 2005, Beth ha declarado ser la mujer de Tyler, y lo ha hecho con el gesto más sencillo y económico: le ha puesto un dedo en los labios y le ha hecho callar.

Algo que Tyler no permitiría, ni podría permitir, que hiciese Barrett.

Tyler nunca ha dejado que le hiciese callar. No forma parte de su pacto fraterno. Se les permite discutir eternamente, lo cual puede llevar o no a algún razonamiento. No pasa nada si hablan sin parar, si discuten, se pelean, bromean, reflexionan y corroboran, pero Beth puede ponerle fin con un dedo, con tanta facilidad como si apagase una lámpara.

Y ahora es Beth quien tiene que hablar con Tyler de su recaída en las drogas. Se ha convertido en su territorio; ya no es un deber al que esté obligado Barrett. Tyler y él ya no están casados.

Esas ideas llegarán después. Ahora, en el sofá, cuando apenas ha transcurrido una hora del nuevo año, lo único que sabe es que tiene que levantarse, darles las buenas noches con un beso e irse a dormir a su cuarto.

—Buenas noches, tortolitos.

—Buenas noches, cariño.

—Dulces sueños.

—Nos vemos en la novedad del mañana.

—Nos veremos en el infierno, hijoputa.

—Buenas noches, buenas noches, buenas noches.

—He aquí nuestra única resolución de año nuevo. En 2007 nos mudaremos de este agujero —le dice Tyler a Beth cuando Barrett se va a la cama.

—Estaría bien mudarse —dice Beth—. Aunque aquí estoy bien. Me gusta este sitio.

—Da igual, imagina algo menos deprimente.

—¿Quién no querría algo menos deprimente?

—Imagínate que no hubiese techo aislante. Que no hubiese alfombra peluda.

—No se puede negar que sería agradable.

—Imagínate un vecindario donde puedas ir andando a la esquina y comprar productos de verdad. Verduras frescas, cariño. A la vuelta de la esquina.

—¿Vendría Barrett con nosotros? —pregunta ella.

Tyler hace una pausa. Se diría que no se había parado a pensarlo. Mira un instante el fuego televisado.

—No lo sé —responde—. ¿Tú qué crees?

—Quieres que sea yo, ¿verdad? —dice ella.

—¿Eh? ¿Que seas quién exactamente?

—Quieres que sea la mujer que dice: «Tu hermano tiene que marcharse».

—Tierra llamando a Beth...

—Hablo en serio.

—Muy bien —dice él—. ¿Quieres que se vaya Barrett?

—No. No lo sé. Lo que quiero es que no cuentes con que yo lo saque a colación.

—Esto es una tontería.

—A mí no me lo parece.

—Quiero decir que estamos en Nochevieja, hemos celebrado una fiesta genial, no vamos a discutir por un apartamento que todavía no tenemos.

Beth se levanta del sofá.

—Me apetecería salir un rato. A dar un paseo.

Tyler también se levanta.

—¿Te has vuelto loca?

—No. Solo voy a dar una vuelta, ¿de acuerdo?

Él le pone los brazos en los hombros y tira de ella. Beth no se resiste, pero tampoco cede.

—Solo quiero hacerte feliz —dice.

—Tal vez deberías parar. De intentar hacerme feliz, todo el tiempo.

—Es una petición rara.

Ella se suelta de su abrazo.

—No es nada. Una bobada. Iré a dar un paseo y volveré a estar bien. ¿De acuerdo?

—No me entusiasma la idea de que salgas sola a estas horas.

—Estamos en Nochevieja. Habrá gente.

—Borrachos. Gente peligrosa y agresiva.

—Volveré en, no sé, veinte minutos.

—Ponte el forro polar, fuera hace frío.

—Ya lo sé. Me pondré el forro polar.

—Es un poco raro lo que parece estar ocurriendo.

—Estamos discutiendo. Ya está. De vez en cuando discutiremos.

—Lo sé.

—¿De verdad?

—Ve a pasear.

—Ya voy.

Y, pese a todo, no se mueve, al menos enseguida. Tyler y ella guardan silencio un momento, como si esperasen. Alguna cosa. A alguien. Un anuncio. Noticias.

Cuando Beth sale del apartamento, Tyler se queda solo en el sofá (que a esas alturas es lo más parecido a un mueble que puede ser). Las luces navideñas siguen encendidas (para Tyler no hay rojo tan hermoso como el rojo de la bombilla de un árbol de Navidad iluminado). El DVD de la chimenea sigue crepitando en la pantalla del televisor.

Esta sorpresa: Beth ha recobrado la salud y es su mujer. Están casados como cualquier matrimonio. Hay riñas. Roces.

¿Qué esperaba?, se pregunta Tyler.

Tal vez trascendencia. Una eterna inocencia amorosa, después de muerta la bestia; un futuro pulido con un brillo perfecto por haber sido concedido de forma tan inesperada.

¿No acaba suicidándose más o menos la mitad de la gente a quien le toca la lotería? O algo así.

Saber que está siendo absurdo no parece ayudar a Tyler tanto como debería.

Solo, es más consciente de los ruidos que se filtran desde la calle. Los gritos, los chillidos de Feliz Año Nuevo, el alegre balido de las bocinas de los coches y algún estallido furioso y ocasional (¿cómo es posible que la bocina de un coche, que solo emite un sonido, pueda ser tan identificable como rabiosa o contenta?), las lejanas explosiones de los fuegos artificiales, que Tyler puede oír, pero no ver.

Dos mil seis. El mundo está jodido.

Semijodido. Prejodido.

Tyler ha reconocido (intenta someter sus propios hechos y pensamientos al mismo escrutinio que dedica al mundo en general) que aunque, por supuesto, se siente aliviado también está ligeramente decepcionado de que no se haya organizado una buena en más sitios y de forma más inmediata. Nosotros (los pocos afortunados, recuerda), aún vivimos con comodidad, dos años en la segunda legislatura. No hemos llegado a casa y nos hemos encontrado con que han registrado nuestro apartamento; no nos han llevado a una habitación subterránea y nos han afeitado la cabeza.

Da igual. Tyler quiere haber tenido más razón. Insiste en una fantasía particular: Barrett y él (no consigue incluir a Beth) están en una cola interminable de personas, esperando que los lleven... a algún sitio. Barrett se disculpa por la levedad de su pasión, ese noviembre de 2004, y Tyler le consuela, le perdona, le asegura que no tenía forma de saberlo, y Barrett siente un agradecimiento conmovedor.

Delante de ellos en la cola hay una pareja mayor, que todavía lleva lo que les queda de sus joyas y sus Armani. El uno le susurra al otro que es evidente que se ha producido un error; se tranquilizan diciendo que pronto será subsanado, y Tyler por

fin puede darle a alguien su merecido; hace algo más que volcar su rabia solo contra el *Times* (gracias por la disculpa en la página editorial, puto *New York Times*, diciendo que tal vez manipulasteis ligerísimamente las noticias para ayudar a promover la guerra); algo más que llamar a ese programa de radio al que telefoneó exactamente una vez, pues comprendió que sonaba como uno de esos chalados que despotrican en los programas de radio y no como una voz de tranquila severidad, de humanidad heroica y profunda. No le ata la contención que practica con su hermano, su mujer y sus amigos, que siempre han estado de su lado, que están de acuerdo con él en todo, a los que solo puede reprochar que... ¿qué, exactamente? ¿Que no se organicen? ¿Qué no recojan firmas? ¿Que no sean tan vitriólicos como él?

Eso es. De eso se trata en realidad. Quiere que todos sus conocidos sean tan vitriólicos y estén tan airados como él. Está harto de sentirse solo.

Pero aquí, ahora, en la fantasía de Tyler, están los mismísimos culpables: los que prosperaban, los que no pensaban en nadie más que en sí mismos, los que accionaron la palanca el día de las elecciones pensando: «Sí, esto funciona».

Ahí está esa pareja que un día fue próspera, sorprendida, alterada, arrastrada ante el trono del conquistador que prometió que solo sufrirían los siervos y los ladronzuelos. Ahí están, enfrentados a las consecuencias y, por fin, Tyler puede arremeter contra ellos.

No obstante, la fantasía siempre termina en ese momento, con el contacto visual, con la comprensión compartida y la vergüenza de esos rostros bien alimentados. Tyler no piensa en su verdadero rollo. Si esta fuese una de sus fantasías sexuales, el momento de revelación virtuosa sería cuando se corriese. En sus ensoñaciones sexuales, el momento en que se cubre la cara con sus tetas, se frota con sus bragas o se pone sus piernas en los hombros es el momento en que arremete.

Al parecer lo suyo es la anticipación. Da mucho en lo que pensar.

Pero no ahora. Ahora está en su salón, en su propio pellejo, flotando por la coca y el champán, demasiado cómodo (hay que perdonarle) para pararse a pensar que su piel blanca ha comprado todo eso.

Se deja llevar...

E, inesperadamente, llega a una mancha de gratitud por esos minutos de soledad, porque (no sigas) de vez en cuando siente nostalgia por los días en que Beth estaba enferma, cuando su propósito era tan sólido e inquebrantable como un misil tierra-aire.

Parece un buen momento para otra raya o dos. Ha reducido el consumo, lo ha reducido mucho, pero ahora mismo estaría bien una raya (o dos); le ayudaría a superar su vergüenza por sentir aunque sea un ápice de nostalgia por los días de la enfermedad de Beth; por la singularidad y el propósito que concedían; y, sí, también por el severo y granítico rostro de la propia mortalidad, contra la que podía dirigir su rabia. ¿Es o no retorcido? ¿Es o no retorcido que sus canciones parezcan aún más amorfas y cenagosas; que, sin la carrera contra el tiempo, sin la necesidad de tener

que darle a su enamorada algo milagroso mientras estaba presente para recibirlo, su sentido de la intencionalidad se haya vuelto borroso?

Ya está bien. Puede concederse un capricho. Un breve capricho esta noche. Se levanta para ir al dormitorio a por el frasquito. Al fin y al cabo es Nochevieja.

Beth pasea por Knickerbocker. Ha empezado a caer una nieve brillante y cristalina, lo bastante fina para ser casi invisible de no ser por el nimbo naranja que derraman las farolas, pequeñas películas que muestran, una por manzana, suaves chaparrones de chispas de un dorado anaranjado, un efecto especial, proyectado en los escuetos círculos de brillo de las farolas.

Hay gente en la calle, no mucha, lo cual equivale a una multitud tratándose de Knickerbocker, que cualquier otra noche está inquietantemente vacía. Personas que vuelven a casa de cualquier otro barrio que ofrezca más luces y música. Calle arriba, al final de la manzana, tres jóvenes hispanas andan inseguras del brazo, con tacones de aguja, felices pero exhaustas, al llegar al final de una noche que empezó hace horas, cuando se probaron un vestido tras otro, se maquillaron y peinaron unas a otras, y cada una de ellas imaginó (o se negó a imaginar) que esa noche podría ser la noche en que él apareciera en un club o una fiesta, la noche en que la viese tan deslumbrante como cree ser; que esa noche podría acabar llevándola a una casa en alguna parte, donde su hijo pequeño pregunte si puede repetir helado, mientras su hija duerme entre sus brazos y ella le cuenta a alguien: «Sí, nos conocimos en Nochevieja, más cursi imposible, ¿verdad?».

Es extraordinario estar viva. Ser, otra vez, alguien que anda entre una ventisca de nieve, que pasa delante del escaparate de la licorería, con su colección de botellas rodeadas de minúsculas luces parpadeantes, que ve cómo su reflejo roza el cristal, que de nuevo es capaz de disfrutar de los placeres normales, con las botas en la acera, las manos en los bolsillos de la chaqueta, que nota en el bolsillo derecho lo que debe ser una cajita de Tic-Tac, y la toquetea mientras pasea.

Camina sin rumbo un par de manzanas hasta Flushing Avenue, nota el agujonazo del frío en los pulmones y la plumosa caricia de los copos de nieve casi invisibles. En realidad no quiere ir muy lejos, solo necesita la soledad, la soledad pública, de la calle, la no-compañía de los desconocidos que pasan a su lado, sin que nadie la abrace ni la mire con sorpresa y compasión a los ojos, sin que nadie se maraville al verla.

A veces se cansa, aunque sea un poco, de que se maravillen al verla.

Da la vuelta al llegar a Flushing. Un joven y una mujer van hacia ella. Él es blanco, ella negra. Tienen veintipocos años. Es evidente que él es uno de los jóvenes artistas que, como Tyler, viven aquí porque en cualquier otro sitio resulta demasiado caro. Lleva un traje de color azul neón, un grueso abrigo negro, y botas de trabajo. Ella (más difícil de identificar, en lo que a su trabajo y sus inclinaciones se refiere) lleva un ajustado vestido blanco debajo de una chaqueta de piel de conejo. Se dan la

mano y se ríen en silencio. A medida que se acercan, ve que él tiene el rostro enjuto y demacrado, y ojos grandes e inquisitivos inquietantemente compensados por una mandíbula insuficiente. Ella es escuálida, tiene la cabeza pequeña y cuando se ríe muestra los dientes cuadrados en una boca que apenas parece capaz de contenerlos. Pero los dos se encuentran hermosos. Podrían ser amigos de infancia que se hubiesen enamorado. Inspiran esa sensación de intimidad furtiva y erotizada, la alegría de lo prohibido y de su liberación pura y risueña.

—Feliz Año Nuevo —dicen al unísono al pasar.

—Feliz Año Nuevo —responde ella.

De pronto parece que esa joven pareja es lo que ha salido a ver. Por supuesto, desconoce las dificultades que les asedian o los problemas que les esperan, pero le alegra la fugaz aparición de dos jóvenes a quienes ahora mismo les va bien; que se tienen el uno al otro para reírse y darse la mano; que pueden transmitirse inconscientemente la sencillez de la juventud, el amor, una noche que para ellos debe de ser como la promesa de una serie interminable de noches, un mundo que ofrece incluso más de lo que habían esperado; que les ha dado esta calle azotada por la nieve y la promesa de llegar a casa pronto, como si el amor y un refugio fuesen las cosas más sencillas del mundo.

Beth perdió su sencillez cuando recuperó su vida.

Es la carga de la gratitud. No había contado con eso. La sensación de que, tras haberle sido concedido un don imposible, debería hacer algo con él. Antes del diagnóstico, le bastaba con estar enamorada de Tyler, regentar la tienda de Liz, cocinar los fines de semana, hacer el amor, enviar correos electrónicos y derrotar a Barrett al Scrabble (nunca la ha ganado, ni una sola vez, ¿qué dices a eso, señor Yale?). No hay razones para que haga nada más, no hay normas, pero ahora sus días y sus noches parecen demasiado cortas. Debe esperar algo más; seguro que debe algo más.

Pero ¿qué?

No puede consagrarse a una vida de buenas obras. Tiene un trabajo, Tyler y ella necesitan el dinero. Los sábados por la tarde trabaja de voluntaria en un hospital para enfermos convalecientes y lee a los viejos y enfermos, lo cual resulta grato pero no le parece una ofrenda apropiada teniendo en cuenta lo que ha recibido.

La sorpresa: esa sensación de insuficiencia.

Nunca se lo ha contado a nadie. Detesta admitirlo, incluso para sus adentros.

Hay ocasiones —no muchas, pero las hay— en que se siente ligeramente... fuera de lugar, tras haber vuelto a la vida. Tuvo miedo de morir, pero llevaba tiempo muriéndose, estaba aprendiendo a hacerlo, cada vez se le daba mejor, se había convertido en algo tan inevitable que era como una especie de hogar, una patria, una nación desconocida pero leal, antigua, fiable y tranquila; un lugar donde las calles bien barridas conducen a plazas con fuentes, donde las tiendas y los cafés están limpios y bien ordenados, donde tanto la amenaza de un desastre como la esperanza

de una alegría extática capaz de cambiarte la vida están descartadas.

¿Encontró a veces Perséfone demasiado cálido el sol del verano, las flores chillonas en lugar de hermosas? ¿Pensó en alguna ocasión, aunque fuese por un instante, con cariño en el oscuro silencio del Hades, en su nada fría y estéril? ¿Anheló de vez en cuando la liberación invernal de la abundancia, de un mundo que le exigía felicidad, un mundo tan pleno de maravillas que el baile y las guirnaldas resultaban casi obligatorios?

Llega a su edificio. Se planta en la acera y alza la vista. Allí, en el segundo piso, están las ventanas del cuarto de estar, tenuemente iluminadas, con tres luces de Navidad —una roja, una verde y una azul— visibles, suspendidas del techo con un fino cable verde.

Se queda más tiempo del que había imaginado, sin pensar en nada concreto, contemplando sin más las ventanas del sitio donde vive.

Una noche

No habían imaginado que les costaría abrir la urna. Parece un bote de pintura de aluminio pulido, pero, a diferencia de un bote de pintura, es evidente que hay que desenroscar la tapa. No se les ocurrió probarla antes de subir al *ferry*.

Tyler, Barrett y Liz se acurrucan en la popa, apoyados contra la barandilla de conos de tráfico de color naranja (ese naranja chillón que significa «emergencia»); en parte se acurrucan porque de noche, al salir del puerto, hace más frío y viento de lo que pensaban, incluso en abril; pero, sobre todo, porque no quieren llamar la atención de los miembros de la tripulación uniformados de azul (¿es correcto decir los miembros de la tripulación?), que sin duda no están vigilando por si alguien esparce ilegalmente unas cenizas desde el barco, pero a buen seguro intervendrían si sorprendiesen a tres pasajeros haciéndolo.

Tyler se esfuerza, con la mayor discreción posible, por abrir la obstinada tapa.

En torno a ellos se extiende la silueta negra y salpicada de luz del puerto, mientras la estela del *ferry* —blanca y gris, viva como el humo— ondula a sus pies. Es la extensión de agua con más tráfico que pueda imaginarse. Las gabarras avanzan despacio, oscuras y silenciosas, enormes, remolcadas por barcos más pequeños, juguetes zumbones e iluminados. El *ferry* acaba de pasar la silueta soñolienta y almenada de Ellis Island, y se está aproximando a la estatua de la Libertad que, con un luminoso y distante verdigrís, ofrece su lucecita al cielo negro como el carbón.

—Mierda —dice Tyler—. Mierda, mierda, mierda.

Barrett le pone la mano en el hombro para calmarlo. No es un simple contratiempo. Convierte la ceremonia —lo poco que tiene de ceremonia— en cómica, algo que no habían previsto.

—Déjame probar a mí —dice Liz.

Al principio había declinado ir, insistió en que fuesen solo Tyler y Barrett (tampoco podían llevar a mucha más gente), pero ellos la convencieron. Liz quería a Beth, la conoció antes que Tyler y Barrett. Y, lo que es más importante, aunque resulte difícil de explicar, los dos tuvieron la sensación de que debía haber presente una mujer.

Tyler se resiste a pasarle la urna. Liz, a quien irrita esa particular fijación masculina, alarga impaciente el brazo. Forcejean un instante, pero Tyler la suelta con la esperanza de parecer lo menos cómico posible.

—Hum —dice Liz mientras intenta desenroscar la tapa—. Sí. No se abre, ¿verdad?

—No —responde Tyler. No es el momento de hacer un comentario como: «¿Me tomas por idiota? Pues claro que no se abre».

Liz echa mano al bolso.

—Llevo un cuchillo —anuncia.

Cómo no va a llevar un cuchillo. Liz saca una navaja suiza con doce cuchillas distintas, una lima de uñas, tijeras y Dios sabe cuántas cosas más.

—La diosa de la utilidad —dice Barrett.

Liz saca la lima de uñas, la introduce bajo el borde de la tapa.

—Ten cuidado —dice Tyler.

Al principio, la lima rasca sin resultado contra el borde. Luego un poco más de presión y...

Se suelta. Liz la desenrosca un poco, no la abre. Le devuelve la urna a Tyler.

Él la acepta a regañadientes. Barrett deja la mano en el hombro de su hermano.

Tyler cierra los ojos y respira profundamente.

—¿Crees que deberíamos mirar lo que hay dentro?

—He visto cenizas otras veces —responde Liz—. Es mejor que no mires.

Pasa otra gabarra, esta cargada hasta arriba de contenedores de acero del tamaño de un vagón de ferrocarril, gigantescas cajas apiladas que es imposible que estén pintadas de negro, aunque desde la distancia lo parece. La gabarra no está iluminada. No hay ni rastro del piloto, o de la garita donde debería viajar.

Tyler señala con la cabeza a la titánica mole, que no lleva luces y se mueve en silencio, más deprisa que el *ferry*.

—Esperemos a que termine de pasar.

Nadie siente la necesidad de hacer ningún comentario sobre la propensión del mundo a ofrecer esos extraños indicios de morbidez, esos *memento mori*, que tienen el don de presentarse siempre en el momento más inoportuno.

Esperan en silencio a que pase la negra gabarra sin timonel. Manhattan resplandece detrás, toda monolitos y zigurats. A la izquierda están los tranquilos y perezosos arcos de luces del puente Verrazano-Narrows, a los que responde un modesto puñado de estrellas. Detrás de ellos, en el interior del *ferry*, están los oficinistas que van y vienen a diario, que sensatamente han escogido no salir a cubierta y esperan impasibles bajo la luz teñida de verde, como esclavos asalariados y exhaustos de vuelta a casa.

—Bueno —dice Barrett, cuando termina de pasar la gabarra—. ¿Estáis listos?

Tyler mueve la cabeza. Desenrosca la tapa.

Quiere mirar en el interior. Pero decide hacer caso a Liz. Sea lo que sea que pueda ver (¿habrá esquiras de hueso o solo polvo?, ¿de qué color será?), mejor no verlo dentro de una urna.

¿Será capaz de imaginar que la recaída de Beth está relacionada, de algún modo, con la discusión que tuvieron en Nochevieja; que atrajo la atención de alguna terrible deidad al admitir para sus adentros que su vida, libre de la urgencia de la mortalidad, era un poco... insustancial? Sí.

—Voy a esparcir unas pocas —dice—. Y luego me gustaría que vosotros también lo hicierais.

Con gesto vacilante, como si temiese dar un mal paso (imagina por un momento las cenizas esparcidas sobre la cubierta de planchas metálicas), alza la urna a la altura del hombro y la inclina.

No ocurre nada. ¿Se han compactado? ¿Hay que removerlas?

Da una leve y pequeña sacudida a la urna.

Y entonces sale volando una espiral de ceniza de color marrón pálido. Por un instante es una corriente palpable, pero el viento la arrastra enseguida y la dispersa. Se producen rápidos y apagados destellos de huesecillos. Es una corriente, luego una modesta nube como una voluta y, por fin, un instante después, desaparece.

Tyler le da la urna a Barrett. Barrett dispersa su propia nube de cenizas y se la pasa a Liz, que hace lo mismo hasta que no sale nada.

La desaparición ha sido más completa de lo que esperaba Tyler. La vastedad y la agitación del muelle resultan más intimidantes de lo que pensaba, más árticas a su manera negra y centelleante. No había imaginado una tundra resplandeciente y azotada por el viento, ni todos esos barcos. Pensó que vería disolverse las cenizas en el agua. No obstante, han desaparecido, han desaparecido por completo, dispersas en el aire turbulento. La noche continúa. Los tres se apoyan en la borda en silencio, mientras otro carguero, este del tamaño de un campo de fútbol, pasa cerca a su lado, y se oye un sordo gemido que Tyler solo puede imaginar procedente de un barco, una exhalación como la de un titánico corno francés.

Desembarcan en Staten Island; luego vuelven a subir de vuelta a Manhattan en el mismo *ferry*. Los otros esperan en casa. Ping, Nina, Foster y unas diez personas más. Han preparado una cena, como es costumbre. Han acordado que nadie dirá las palabras «celebración de la vida».

Se diría que Tyler, Barrett y Liz deberían abrazarse, o al menos pasarse el brazo por el hombro. Pero no lo hacen. Se quedan cerca, a una discreta distancia. Todos tienen la sensación de que alguno está a punto de decir algo insoportable, aunque ninguno sabría decir si la temida observación sería de pena, de reproche o de... otra cosa, algo que todos pueden imaginar, pero que ninguno sabe definir. Es evidente que hay palabras que decir, gritar o arrojar a las aguas, pero Tyler, Barrett y Liz creen que debe pronunciarlas otro. Les domina una inexplicable sensación de reserva, de que, si no tienen cuidado, se abatirá sobre ellos la verdadera aniquilación. Ninguno se lo dirá nunca a los demás. Aguardan ansiosos, y mientras esperan con idéntica fuerza que se produzca una catarsis para seguir siendo pasajeros dóciles y silenciosos, contemplan las luces de Manhattan, el resplandor blanco y helado de la terminal de los *ferries*, y ven alejarse el pequeño y brillante dedo de *Miss Liberty*.

¿Y qué, exactamente, se supone que deben hacer ahora con la urna vacía? No se les había ocurrido pensarlo.

Noviembre de 2008

La gente empieza a llevarse cosas antes de que Tyler y Barrett terminen de sacarlo todo a la acera. Una pareja mayor —desaliñadamente elegante, él tiene el pelo negro como el regaliz y lleva al cuello una bufanda de seda; ella, de cabello cano y remilgado, lleva una vieja chaqueta Pierre Cardin, que una vez fue de color melocotón y ahora es del mismo color que las tiritas— se está llevando las sillas larguiruchas, una él y otra ella. Las sujetan con el asiento por delante, como si se ofreciesen a llevar a alguien. Tyler, cargado con una caja llena de DVD, los mira mientras se marchan, pero ellos fingen no reconocerle. Son reyes destronados. Esas sillas les han sido devueltas, pero no imagina usted, joven, la cantidad de cosas que hemos perdido.

Mientras la pareja de las sillas se aleja en dirección a Thames Street, tres críos flacuchos en monopatín, cada uno de los cuales enseña tres pulgadas de calzoncillo por encima de los pantalones tejanos, se acercan a inspeccionar la lámpara en forma de faro.

—Hay que cambiarle el cable —les dice Tyler mientras deja la caja de los DVD en la acera.

—Gracias, tío —dice uno de ellos, y vuelven a marcharse, como si Tyler les hubiese advertido de algún peligro oculto.

Barrett sale, arrastrando a duras penas la butaca verde Naugahyde. Tyler corre a ayudarlo. Después de dejarla en la acera, Barrett se sienta en ella.

—Adiós, vieja amiga —le dice a la butaca.

—Buena suerte en tus empresas futuras.

Barrett acaricia uno de los brazos suaves de color verde bilis.

—Uno puede encariñarse con cualquier cosa, ¿verdad? —dice.

—Hay personas más sentimentales que otras.

—No soy sentimental. Soy... compasivo.

Tyler enciende un cigarrillo (la rehabilitación le ha hecho pasar de un cigarrillo esporádico a un paquete diario). Miran a su alrededor. Todo el apartamento está expuesto en la acera. Barrett ha insistido en crear dioramas: los muebles del comedor están agrupados, igual que la mesa de formica y las sillas desvencijadas y desaparejadas. Ha hecho cuanto ha podido por reproducir el familiar desorden del cuarto de Tyler y Beth, como si fuese el conservador de un museo, todos los tesoros mugrientos que había amontonados en torno a la cama ocupan más o menos su antiguo sitio.

A Tyler le sorprende lo peculiar que parece todo; no solo por estar en la acera, sino porque al parecer ha estado ciego ante la naturaleza andrajosa de sus cachivaches. *In situ*, los muebles le parecían elegantes, humorísticos y agradablemente *outré*. Aquí, en público, han adquirido un *pathos* que no parecían poseer cuando eran objetos personales y cotidianos. Los desconocidos se acercan, rebuscan y se llevan o no alguna cosa. El cielo gris brilla sobre todos esos objetos, da un baño de plata a las sartenes y cazuelas, inspira a las sillas de la cocina a arrojar

sombras modestas e informes sobre la acera. Una titánica nube de color peltre se desliza despacio desde el oeste y añade el portento de la lluvia a un cielo que hasta hacía un momento solo había estado nublado. Las sartenes y las cazuelas pierden su lustre, las sillas sus sombras, y se vuelven mucho más vulgares. A pesar de todo, uno podría presentarse ante el dios de mil ojos y alas de espejo e intentar animarlo con unos chistes antes de que pronuncie su sentencia.

—¿Seguro que no queremos conservar nada? —pregunta Barrett. No sé, es nuestra última oportunidad.

—Nos quedamos con el televisor.

—Yo voté que nos libráramos de él.

—Entonces no podríamos ver los resultados de las elecciones.

—Creo que saldrá Obama —dice Barrett—. Lo digo en serio.

Tyler mueve fatigado la cabeza.

—El país no está tan preparado para un presidente negro. Prepárate para McCain. Hazte a la idea de tener a Palin de vicepresidenta.

—Creo que el país está preparado para alguien que arregle la economía y tal vez..., no sé, deje de matar a un tercio de la población mundial —dice Barrett.

—Eres un soñador. Es tu mayor virtud. Aunque también resulte ligeramente irritante.

—La verdad es que tengo un poco de pánico.

—Motivos no te faltan, estamos hablando de Sarah Palin...

—En realidad siento pánico por librarnos de todos nuestros muebles.

—El sofá. Nos hemos quedado con el sofá —dice Tyler.

—Es como decir que nos quedamos a la tía Gertrude.

—Pienso exhalar en él mi último aliento. ¿Prometes llevarme al sofá cuando llegue el momento?

—Si vivo más que tú.

—Tengo la sensación de que lo harás.

Barrett echa una mirada nervioso.

—No digas eso. ¿Tienes idea de lo mucho que has aumentado la probabilidad de que un taxista pierda el control y me atropelle, aquí mismo, en esta butaca?

—No serás sentimental, pero desde luego eres supersticioso.

—Estoy dispuesto a aceptar la posibilidad de la magia. ¿Qué tiene de malo?

Hacen una pausa para observar a un vagabundo con un jersey de color hollín y unos pantalones de lana tan ennegrecidos como si acabara de escapar de un incendio, levantar el jarrón Dante (unos tulipanes del supermercado coreano, todavía frescos, brotan del busto severo y ceñudo del Dante), inspeccionarlo y volver a dejarlo en su sitio.

—Ni siquiera él lo quiere —dice Barrett.

—¿Qué quieres que haga el pobre con un jarrón?

—Me lo regaló Liz.

—¿Qué tal está?

—Sobre todo aliviada. Creo que ya se había hecho a la idea.

—A veces se deja caer por aquí. Con Andrew y la nueva. Los ha invitado a cenar.

—Típico de Liz.

—¿Es eso? ¿Hace las cosas porque es lo que se espera de ella?

—A veces. ¿Tú no?

Tyler duda.

—No creo.

—Vamos, hombre. ¿No hay veces en que no sabes qué hacer y te preguntas: «¿Qué haría yo en una situación así?»?

—Supongo que es posible. —Tyler exhala una bocanada de humo—. ¿Por qué no me contaste lo de la puñetera luz?

—¿Cómo?

—Se lo contaste a todo el mundo. A Liz. Incluso a Andrew.

—¿Por qué lo sacas a relucir ahora?

—Porque sí. Porque viste a la puñetera santa Madre de Dios bailando claqué en el cielo y no me dijiste ni una palabra.

Barrett hace acopio de ánimos y lleva a cabo una búsqueda acelerada de lógica y razones, pero no consigue encontrar la menor traza de una u otra cosa.

—No es cierto. Sí te lo conté.

—Después de morir Beth. Es decir, casi cinco meses después de que se lo hubieses contado a todo dios. ¿Por qué esperar tanto? O, mejor dicho, ¿por qué me lo contaste? ¿Por qué no seguiste como si tal cosa y dejaste que todo el mundo menos yo supiera que había ocurrido ese... milagro?

Barrett se esfuerza por dominarse. A lo mejor solo pueden tener esa discusión en público; a lo mejor sería demasiado peligrosa si no pudiesen verles y oírles todos esos desconocidos. Aunque siempre ayuda, ¿o no?, que la acera esté cubierta de unos objetos personales y familiares, que, de momento, no son suyos ni de ellos; que sus cosas habiten por un breve instante esa zona a mitad de camino entre la dispersión y la localización.

—¿Cuánto hace que has vuelto a consumir? —pregunta.

La expresión de Tyler no es la que esperaba. No se parece en nada a la de un niño sorprendido en falta. Aspira profundamente su cigarrillo y lo mira de un modo que Barrett solo acierta a describir como ofendido, como si hubiese esperado a un interludio catastrófico para acusarle de descuidar una tarea doméstica sin importancia.

—¿Pensabas que lo de la luz me consolaría? —dice Tyler.

—Temía que... —Su hermano espera y da una calada tan fuerte al cigarrillo que la ceniza pasa del naranja normal a un mandarina intenso—, no sé, que pensases que intentaba entrometerme.

—En inglés, por favor. Utiliza una lengua comprensible.

—Como si estuviese tratando..., no sé. De ponerme por encima de la enfermedad de Beth. Como si exigiera una especie de importancia añadida.

—Continúa.

—En fin, supongo que di por sentado que parecería... Sí, Tyler le está escribiendo una canción de amor, Tyler se va a casar con ella, sí, todo eso está muy bien, pero ¿sabes qué? Yo, Barrett, el hermano pequeño gay, he visto una luz. En el cielo.

—Así que no quisiste contarme lo más increíble que te ha sucedido nunca por miedo a causar una impresión equivocada.

—Empecé a preguntarme...

—Ajá.

—Empecé a preguntarme si habría visto algo de verdad o si, simplemente, me lo había inventado.

—¿Y por qué ibas a inventarte algo así?

Tyler tira el cigarrillo y enciende otro.

—No sé, ¿para crearme superior? No estaba haciendo nada por ayudar a Beth a curarse...

—Ni tú ni nadie, era imposible...

—No podía escribirle una canción, no podía casarme con ella...

—Así que te inventaste una alucinación.

—No lo sabía. Al principio parecía tan innegable... Pero con el tiempo empecé a dudar. Me dediqué a esperar, no sé. La visión número dos.

—¿Crees que se producen a pares?

—Creo que llevo demasiado tiempo esforzándome.

—¿Cómo?

—He renunciado a la necesidad de ser importante. De intentar hacer algo relevante. En el sentido de influir y agitar a la gente.

—No he notado que hayas influido ni agitado mucho a nadie —responde Tyler.

—Pero no es lo mismo abandonar las ambiciones mundanas que dejar de sentirse un fracasado por no tenerlas. Me he preguntado si no sería eso lo que querría decir la luz. Como si dijera: te estamos viendo, te tenemos en cuenta, no hace falta que llegues a ser importante, no tiene importancia si tu fotografía no aparece en una revista.

—¿No acababas de decir que la luz había sido una especie de espejismo?

—De eso se trata —responde Barrett—. Da igual que fuese real o la imaginase. En los dos casos tiene sentido.

El rostro de Tyler sufre un cambio que nunca había visto. Su expresión recuerda a la de su madre. ¿Ha sabido, todos esos años, cómo esbozar esa sonrisa burlona y cómo fruncir cínicamente las cejas? ¿Ha estado reservando ese truco para un momento crucial?

—Quieres algo que sea tuyo, ¿verdad? —Barrett parece incapaz de responder—. Algo que no tenga nada que ver conmigo —continúa Tyler—. ¿Me equivoco?

—Déjame confirmar una cosa —dice Barrett—. Crees que vamos a dar una especie de triple salto mortal sobre el hecho de que estuvieses consumiendo coca en secreto, ¿no?

—No —responde Tyler.

—Encontré un frasquito de coca en el cajón de tu mesilla.

—Uno viejo. Había olvidado que estaba ahí. ¿Cuántas veces lo hemos hablado?

—Pero ¿de verdad?

—Es como una especie de sistema asiático de justicia, ¿no? Una vez has sido declarado culpable ya no puedes volver a ser no culpable.

—¿Crees que así es como funcionan los sistemas asiáticos de justicia?

—No tengo ni idea. Supongo que es racismo por mi parte, ¿no?

Tyler se sienta junto a Barrett en el sillón de orejas aparentemente inocente pero incomodísimo, tapizado con descolorida seda roja, que Barrett ha colocado junto al Naugahyde verde, justo en el mismo sitio que ocupaba en el apartamento.

—He vuelto a ir a la iglesia —dice Barrett.

—¿Ah, sí?

—Supongo que tener una crisis religiosa tras la muerte de Beth parecía una excusa muy torpe.

—¿Y qué tal te va? Con lo de la iglesia.

—No sabría decirte con exactitud. Voy y ya está.

—Pero ¿no pasa nada? —pregunta Tyler.

—Yo no diría tanto.

—No rezas. No entonas himnos.

—No. Me siento al fondo, en un banco.

—Algo debes sentir.

—En paz. Casi en paz. Nada más.

Tyler decide que ese no es el momento ni el lugar para una discusión metafísica detallada.

—Voy a ver el sitio nuevo —dice.

—Iré después del trabajo. ¿Te parece bien si llevo a Sam?

—Claro.

—¿Seguro?

—¿Por qué crees que no me gusta Sam? —Tyler saca otro cigarrillo del paquete, hurga en el bolsillo de los tejanos buscando su mechero.

—No sé, ¿porque se ha interpuesto entre nosotros?

—Beth nunca se interpuso entre nosotros.

—Yo también estaba casado con ella —dice Barrett.

Tyler intenta encender el cigarrillo con un paquete de caramelos, vuelve a guardarlos en el bolsillo y encuentra el verdadero encendedor.

—Pues yo también podré estar casado con Sam igual que tú, ¿no? —dice. Enciende el cigarrillo, da una profunda calada. Una vez más, nota ese delicioso y

ligeramente nocivo flujo de sabor agrisado que inunda sus pulmones. Al exhalarlo, observa cómo se desvanece el humo.

—No lo creo. No me lo imagino. Lo siento.

Tyler da otra calada, observa las volutas.

—Estoy emocionado con lo de comprar muebles nuevos.

—Yo también.

—¿Estás seguro? Aún podemos recuperar alguna cosa. ¡Oh, mira, ahí va la mesa de la cocina!

Una pareja joven, tatuada y con el pelo de punta, se lleva la mesa. El chico grita por encima del hombro:

—Gracias, tío.

Tyler hace un torpe gesto de reconocimiento.

—Ya tengo bastantes recuerdos sin los muebles —le dice a Barrett.

Los dos observan cómo la mesa de la cocina emprende su camino hacia el oeste. Barrett canturrea el principio del tema musical de la comedia televisiva *Los Jefferson*. «Nos mudamos...».

—Es lo único que recuerdo —añade.

—De un cuchitril a un semicuchitril.

La mesa de la cocina, transportada por sus nuevos propietarios, dobla la esquina y desaparece.

—He pensado en comprar una mesa antigua de una granja francesa —dice Barrett—. ¿Sabes las que te digo? Tienen unos cien años, son muy largas y están cubiertas de golpes y cicatrices.

—Recuerda, aún tenemos que ahorrar...

—Lo sé. Pero tenemos un álbum superventas...

—Tenemos un álbum sin terminar del que tal vez se venderán tres docenas de copias.

—¿Sabes? —dice Barrett—. Que uno tenga esperanzas, incluso que esté relativamente contento respecto a algo que podría suceder, no afecta al resultado. Podrías permitirte un período de optimismo, aunque todo se derrumbe. Te lo dice un supersticioso.

Tyler no responde. Tira a la acera el cigarrillo a medio fumar, lo aplasta con el talón de la bota. Se levanta por fin del sillón más incómodo del mundo.

—Pues ya está —dice.

—Eso parece —responde Barrett—. Subiré un momento a asegurarme.

—Muy bien. Nos vemos luego. En nuestro nuevo hogar.

—Hasta luego.

No obstante, Tyler no se marcha; al menos enseguida. Se instala en él una sensación que solo podría definirse como de extrañeza.

—Es raro —dice.

—Mudarse siempre lo es, ¿no?

—Sí. Desde luego.

Intercambian una de sus miradas. Se reconocen mutuamente.

Pese a todo hay una sensación de despedida; una lejana insinuación, apenas un susurro, de adiós. Qué tontería, ¿no? Se van a ver esa noche. En su nuevo hogar.

—Hasta luego —dice Tyler. Se aleja por Knickerbocker, en dirección a Morgan.

Barrett se entretiene un poco. No le apetece renunciar al extraño placer de sentarse en el sillón verde, rodeado de las cada vez más escasas ofrendas que hasta el día anterior habían sido objetos cotidianos, de observar cómo desaparece el apartamento, pedazo a pedazo. Ahí va la lámpara con la hawaiana, en brazos de una chica con el cabello teñido de alheña. Es sorprendente que haya durado tanto. Barrett se imagina a sí mismo en el sillón cuando se lo hayan llevado todo y solo quede él, sentado enfrente del edificio revestido de aluminio de color mostaza, como un aristócrata ruso depuesto, considerando sorprendido su nueva vida de ciudadano normal y sin privilegios. La dacha ha caído en una profunda decadencia. La humedad del interior resiste los efectos de cualquier estufa o chimenea; los damascos que quedan en las paredes son meros jirones escarlatas descoloridos; los techos se hunden y los criados se han vuelto tan decrepitos que ya no ayudan, sino que necesitan ayuda. De todos modos, se ha vivido una vida en ella, y el futuro, aunque termine siendo una mejora, huele a nieve incipiente y al aroma indigesto y acerado de los andenes ferroviarios azotados por el viento.

Tyler llama a Liz de camino a la línea L. Ella responde al teléfono. Ahora que vuelve a estar soltera, a veces responde al teléfono. Antes era de esas personas que siempre dejan que salte el contestador.

¿Implica eso alguna anticipación innombrada, una ansiada intercesión del azar o la fortuna? Tyler desea que no.

—Hola —dice.

—¿Ya está terminada la mudanza? —pregunta ella.

—Terminada del todo. Bueno, Barrett ha ido a echar un último vistazo. Yo voy de camino a la nueva casa.

Avanza a grandes zancadas por Morgan Street. Adiós, valla metálica con cuchillas en lo alto. Adiós, ventana de la anciana con la familia de ardillas de cristal haciendo cabriolas en el alféizar.

—¿Es raro? —pregunta Liz.

—Un poco. Sobre todo sin Beth.

—A eso me refería.

—Aunque ella no odiaba Bushwick. Esa es otra.

—Tenía sus rarezas. En realidad, no odiaba ningún sitio.

—¿Podrías pasar a verme por la nueva casa?

—Tengo que abrir la tienda dentro de cuarenta y cinco minutos.

—Que abra Barrett.

—¿Quieres que vaya?

—Sí. No me apetece mucho entrar solo.

—Entonces iré.

—Gracias.

—Puedo estar ahí en unos veinticinco minutos.

—Gracias —repite Tyler.

Tyler espera a Liz fumando un cigarrillo bajo la marquesina del nuevo edificio. Hola, Avenida C. Hola, nuevo café pared por medio de un supermercado mugriento con los estantes casi vacíos, que por fuerza tiene que ser una tapadera para la venta de drogas. Hola, jovenzuelo de chaqueta roja, bonita falsa cresta, y buena suerte al esquivar a las tres ancianas que se quejan en una lengua extranjera (¿polaco?, ¿ucraniano?) y ocupan toda la acera, una barrera humana, cargadas con bolsas de plástico de Key Food mientras avanzan al paso del desfile del día del Trabajo.

Cuando Liz dobla la esquina al otro lado de la manzana. Tyler por un instante no la reconoce, la ve como la habría visto si fuese solo una desconocida que anduviese por la calle Novena y se desviara hacia la Avenida C.

La ve brevemente como una mujer alta, con una leve apariencia de vaquera: sus andares con las botas, los hombros cuadrados. Liz anda como un hombre. Por no hablar de la chaqueta de cuero de color chocolate, y el pelo gris peinado hacia atrás con descuido. La han llamado para domar al potro que nadie se atreve a montar...

Y luego vuelve a ser Liz.

—Hola —dice Tyler—. Tira el cigarrillo al bordillo y se levanta. Se abrazan deprisa, casi con formalidad, como si fuese necesario un gesto alegre y animoso. Tyler piensa en los asistentes a un funeral.

—¿Hace mucho que esperas? —pregunta.

—No. Unos minutos. Viendo el nuevo vecindario.

—¿Y?

—Hay más gente. Y no tantos locos y desesperados.

—Locos y desesperados hay en todas partes. Solo llevas aquí unos minutos.

Tyler le abre la puerta y entran en el vestíbulo. Resulta hostil y crepuscular, está semiiluminado por un parpadeante tubo fluorescente circular. Huele a amoníaco y, más levemente, a humo de madera.

No obstante, supone una notable mejoría respecto al vestíbulo amarillo pálido y violentamente iluminado de Bushwick.

Suben en el ascensor (¡tiene ascensor!) hasta el cuarto piso. Tyler prueba su nueva llave en la cerradura de la puerta 4B. Funciona. La puerta se abre con un suspiro, un sonido de paciencia fatigada pero duradera.

Tyler y Liz se quedan en el pequeño recibidor.

—Está mucho mejor —dice ella.

—No se puede negar. —Pisa con ruido (sus botas parecen resonar de forma poco natural en ese silencio umbroso) las tablas de color café del suelo y entra en el salón. Liz le sigue.

El salón está vacío, no solo en sentido literal.

Quienquiera que haya vivido allí no ha dejado huellas, ni siquiera fantasmales. El apartamento de Bushwick había sido «mejorado» con tanta asiduidad por generaciones de inquilinos que conservaba la historia de sus habitantes. Al parecer este solo ha envejecido, sus paredes son de un sucio color como de masa de tortitas que en tiempos fue blanco, marcado aquí y allá con el agujero de un clavo donde antes colgaba un cuadro. Los oscuros tablones del suelo están rozados en algunos sitios, pero parecen esencialmente inalterados después de ochenta años o más. Nadie los ha pulido ni pintado, ni les ha dado una mano de barniz.

En mitad de la habitación, como una reina orgullosa y silenciosa, está el sofá, entregado ayer por la empresa de mudanzas Two Guys with a Van.

—Ahí está —dice Liz.

—Le he dicho a Barrett que quiero morir en ese sofá. Recuérdaselo, ¿de acuerdo?

Tyler se sienta en el sofá. Por un momento parece un perro que vuelve a su cama, a su cesto con las mantas apiladas cubiertas de pelo, en un rincón de la cocina.

—¿Habéis decidido ya lo de la pintura? —pregunta Liz.

—Barrett sigue queriendo pintarlo todo de blanco.

—Podéis llegar a un acuerdo.

—Se porta de forma un poco rara. Como si fuese incapaz de dormir una sola

noche si alguna pared no estuviese pintada de blanco. —Liz se quita la chaqueta, la tira al suelo (no hay otro sitio donde dejarla) y se sienta al lado de Tyler en el sofá—. Pues ya está —dice Tyler—. Ahora vivimos aquí.

Canta el arranque del tema musical de *Los Jefferson*. «Nos mudamos...».

—¿Qué tal la nueva canción? —pregunta ella.

—Bien. No. No sé. Parece salvable. Tal vez...

Liz se inclina hacia delante y le echa una mirada larga y penetrante.

—Es bueno lo que está pasando —dice.

—Lo sé. Ya lo sé.

—Por raro que parezca.

—Siento que no haya llegado a verme triunfar un poco.

—Ella sabía que acabarías teniendo éxito.

—¿Sabes lo verdaderamente absurdo de Beth? Que le daba lo mismo.

—Por ella no. Por ti.

—Sí. En fin. Es cierto. Digamos que me habría gustado que me hubiese visto más feliz. Me gustaría ser más feliz.

—Lo serás —dice Liz.

—Antes escribía las canciones para Beth.

—Lo sé.

—Ahora solo las escribo porque no sé... ¿qué voy a hacer si no?

Y luego, para su sorpresa, parece incapaz de respirar. Se inclina hacia delante, clava los codos en las rodillas y aspira el aire inquebrantable.

—¿Estás bien? —pregunta Liz.

Por lo visto le cuesta tomar aliento. Liz espera. Tiene el sentido común de esperar. Tyler da una bocanada de oxígeno que no acaba de llenarle los pulmones pero bastará, tiene que bastar, es cuanto puede hacer.

Descubre que es capaz de decir:

—Es solo... es solo que... Beth murió. Y mi música se volvió mejor.

—Tu música llegó a un público más amplio. Después de dedicarte a ella muchos años.

—No, se volvió mejor. Y por eso —respira, respira— llegó a un público más amplio.

—Bueno. Supongo que, cuando se pasa por algo así...

Tyler vuelve a esforzarse por tomar aliento. Un ataque de pánico, se dice. Es un ataque de pánico.

Respira. Hazlo lo mejor que puedas.

—No es que hayas hecho un pacto con el demonio —dice Liz.

Tyler consigue dar otra bocanada. Tres cuartos de bocanada. La cabeza le cosquillea y le da vueltas.

—No —dice—. No lo he hecho.

Liz le acaricia el hombro con la palma de la mano, como si estuviese calmando a

un caballo.

—La clave es... —consigue decir Tyler— que, si hubiese podido, creo que habría aceptado.

—No. No es verdad.

—A lo que me refiero es a que tal vez me preocupé más por escribir esa canción para Beth que por la propia Beth.

—No es verdad.

—Podría serlo. Podría ser cierto.

Liz mueve la cabeza. Es, sin duda, la única persona que conoce Tyler capaz de pasar por alto una afirmación así, no porque no crea en ella, sino porque está familiarizada con el deseo humano y todos sus detalles y aprensiones.

Tyler recobra por fin el aliento. Es como una vela llenándose de viento. El mundo se aleja volando, no se reconoce a sí mismo. Su canción —su lamento, su largo aullido, su primera obra con sintetizadores porque no confiaba en su propia voz, que se había vuelto de pronto demasiado personal—, esa canción con la voz ralentizada una octava más profunda, una voz que se parece en general a la de Tyler, como la de un primo segundo que compartiese su ADN; esa voz como la del capitán Ahab, fría, obsesionada y —¿cómo dijo el bloguero?— calmada y racionalmente perturbada, consiguió casi trescientas mil visitas en YouTube (lo de YouTube fue idea de Barrett), y después de colgar la segunda canción (incluso más sonora y más operísticamente inconsolable, ¿sería un intento de deshacer el increíble éxito de la primera?) consiguió casi cuatrocientas mil y fue pregonada por una flotilla de blogueros (¿quién es esa gente?), y le proporcionó un contrato, un minicontrato, pero con una de las discográficas independientes de verdad, lo que equivale a tener dinero suficiente para alquilar un apartamento mejor; y le ofrece la posibilidad de un futuro, de una vida que deje de ser invisible. Que (quizá) sea oscura pero no del todo invisible (le sorprende esa diferencia entre «oscura» e «invisible»). Por fin ha conseguido la oscuridad. El puerto ha engullido las cenizas de Beth y, sí, la adoraba y, sí, siente al mismo tiempo una libertad terrible e indecible sin ella; sin su deseo de consolarla, de ofrecerle algo que valga la pena, de agradarla y conmoverla, la chica que amasaba pasteles y coleccionaba naipes que encontraba por la calle (asegurando que toda la vida había tenido la ambición de reunir una baraja completa); la chica que se contentaba con estar en cualquier sitio; que pedía, y poseía, tan pocas cosas.

Discutieron, en Nochevieja. No hicieron el amor cuando Beth volvió de su paseo. Y luego, menos de una semana después, los síntomas volvieron desbocados.

Tyler mira implorante a Liz. Tiene los ojos húmedos, el aliento todavía inseguro.

Se acerca hacia ella. Sucede más deprisa de lo normal; no hay ningún gesto de seducción, por breve que sea. Un momento antes está mirándola a la cara, implorante e impotente, e, instantes después, está apretando sus labios contra los suyos como si su boca fuese una máscara de oxígeno. Ella responde al beso, lo devuelve sin ansia ni mojigatería. Sus labios ceden pero con fuerza, hay voluntad detrás de su beso, no está

desesperada, pero tampoco transige. Su boca está limpia en un sentido herbal, no porque recuerde a ninguna hierba en concreto, sino porque produce una sensación de frescura verde. Tyler la aprieta contra su cuerpo, la empuja de espaldas. Parece que ya puede respirar. Le pone la mano en un pecho, primero por encima de la camisa, luego por debajo. Le desabrocha la camisa, y le pone la mano encima. Cabe entero en la mano. Los pechos de Liz son tan pequeños que ni siquiera están caídos, no hay nada que pueda caer. Al contacto con la mano, el pezón (grande para lo pequeños que son los pechos, y de color frambuesa) se endurece. Ella emite un sonido que es más suspiro que gemido. Entierra las manos en el cabello de Tyler.

Tyler se arrodilla, se baja los pantalones y los calzoncillos. Su erección asoma. Liz se quita las botas de una patada, se baja también ella los pantalones y el tanga hasta los tobillos, los tira al suelo y extiende las piernas en torno a las caderas de Tyler, que ve solo por un instante su entrepierna —la línea recortada de su vello púbico, el rosa intenso de los labios— antes de volver a ponerse encima.

Los dos saben que tienen que ser rápidos. Desliza su polla en ella. Ella suspira de forma más ruidosa, sigue siendo un suspiro, y no un gemido sexual, pero en esta ocasión hay un pequeño jadeo al final. Tyler está dentro de ella, nota el calor, la presión poderosa y húmeda, y, joder, está a punto de correrse. Se contiene, deja la polla quieta en su interior, se queda encima, con el rostro apretado contra su mejilla (no parece capaz de mirarla a los ojos), hasta que ella dice: «No me esperes».

—¿Seguro?

—Sí.

Empuja una vez, con cuidado. Empuja otra vez y ya está, rueda por la pendiente hacia ninguna parte. Vive unos segundos en esa airosa y agónica perfección. Es eso, solo eso, se ha perdido para sí mismo, no es nadie, ha sido borrado del mapa, Tyler ha desaparecido, solo queda... Se oye jadear maravillado. Cae en un dolor ardiente y extático, perdiéndose, perdido, deshecho.

Y se acabó.

Apoya la cabeza contra el cuello de Liz. Ella le besa castamente en la sien. Luego le da a entender que quiere que la suelte. Él no discute. Rueda a un lado y se incrusta contra el respaldo del sofá.

Liz se incorpora, se pone a toda prisa el tanga y los tejanos, se agacha para ponerse las botas. Ninguno de los dos dice una palabra. Liz recoge la chaqueta del suelo, encoge los hombros para ponérsela. Tyler se queda tumbado en el sofá y la observa con una expresión de impotencia perpleja y acobardada. Cuando termina de vestirse, Liz se planta ante él, le acaricia la cara con la yema de los dedos y sale del apartamento. Tyler la oye cerrar la puerta despacio tras ella, oye las pisadas amortiguadas de las botas mientras baja las escaleras.

La chica lleva casi media hora decidiendo si comprar o no un collar. Se inclina sobre el modesto joyero con tapa de cristal, atenta como un cirujano.

En el rato que lleva decidiéndose, dos mujeres han comprado un par de botas Converse negras con tachuelas y una camiseta *vintage* de Courtney Love (que Barrett echará de menos). Una madre se ha negado a comprarle a su hijo adolescente uno de los monopatines pintados con aerógrafo. Un hombre (ya no tan joven) en pantalones cortos y con una chaqueta de aviador ha expresado divertido su escándalo al ver que los precios de las gafas de sol no bajan de los doscientos dólares.

Barrett deja sola a la chica con su decisión sobre el collar. En la tienda de Liz los dependientes no pululan en torno al cliente. Liz insiste mucho en eso. Saludan a la gente cuando entra, le dicen que la ayudarán si lo necesita y la dejan en paz. Si alguien se prueba algo y pregunta qué tal le queda, son correctos, pero sinceros. Nadie se va de la tienda con un par de tejanos ajustados de forma desfavorecedora en torno a un culo que no merece ese grado de escrutinio, ni con una camiseta que resalta una tez cetrina. La gente compra o no. A Wynne, que ha sustituido a Beth en el trabajo, hubo que animarla, cuando empezó, a no ser tan complaciente con los clientes.

De momento, están solo Barrett y la joven que observa el collar. Barrett dobla camisetas. Una sorpresa acerca de la venta al detalle: en esencia es un acto constante de doblar y volver a doblar, interrumpido por el saludo a los clientes y las transacciones periódicas. Barrett ha encontrado en él una especie de calma zen e incluso cierto orgullo de experto. Sabe doblar una camiseta en un cuadrado perfecto, en menos de diez segundos.

—Siento tardar tanto —se excusa la chica.

—Tómese el tiempo que necesite —responde Barrett.

—¿Podría echarme una mano?

—Claro.

Barrett coloca en su estante otra camiseta doblada con precisión. La chica, de veintipocos años, es alta y frágil, no enfermiza, pero sí pálida e indecisa. El cabello rojizo oscuro le cuelga suelto, justo por debajo de los omóplatos. Su rostro, salpicado de pecas diminutas, tiene el aire reverente y delicado de un ángel de Fra Angelico. Barrett decide que cuando era más joven nadie se fijaba en ella —una de esas de las que nadie se burla pero a las que tampoco hacen caso— y sigue sin estar acostumbrada a la atención que se le presta en el mundo adulto, más sensible a la belleza en sus formas menos habituales.

Barrett pasa detrás del mostrador de joyería. La chica ha colocado, con cuidado, dos collares sobre el cuadrado de terciopelo negro que Barrett extendió cuando ella entró en la tienda.

—No consigo decidirme entre estos dos —dice.

Sobre el terciopelo hay uno de los collares con amuletos —un buda de plata, una turmalina y una minúscula herradura de oro— y un cordón de seda negra del que

cuelga un diamante sin tallar, poco mayor que un guisante, con un brillo tenue, helado y gris.

—Sé que no la ayudará que le diga que los dos son muy bonitos —responde Barrett.

Ella se ríe, luego para de pronto, como si Barrett pudiese tomarse la risa como un insulto.

—Me siento ridícula —dice—. No es más que un collar.

—No, si va a ponérselo, tiene que estar segura.

La joven mueve abstraída la cabeza mientras observa los dos.

—Si escoge uno y no acaba de gustarle, siempre puede volver y cambiarlo por el otro.

Vuelve a mover la cabeza.

—Me caso —dice.

Alza la mirada. Sus ojos se oscurecen un poco y adquieren profundidades más acuosas.

—¿Busca un collar para llevar en la boda?

—¡Oh, no! En la boda iré de blanco y llevaré las perlas de su madre. —Hace una pausa—. Su familia es italiana —añade.

Así que no sabe qué ocurrirá cuando permita que la familia del hombre la reclame, como si fuese una tímida campesina con una dote modesta, casada con el hijo de una familia belicosa y dominante como parte de una frágil tregua. Se imagina en cenas estruendosas en las que todo el mundo discute y los chicos arrojan tajadas a los mastines y la madre expresa, con miradas aceradas, sus dudas acerca del arrojido de los futuros herederos.

La chica quiere salir de la tienda como la joven que lleva ese collar..., ese talismán, esa afirmación. «Lo he escogido sola, no tiene nada que ver con mi prometido». Es, a su manera, una sublimación de su independencia, de su intimidad inviolable.

—De acuerdo —dice Barrett—. Voy a cerrar los ojos y a escoger uno. Veamos si se alegra de que sea ese o si le decepciona que no haya sido el otro.

Ella sonríe con timidez.

—Muy bien —responde.

Barrett cierra los ojos y señala uno de los dos collares. Ha escogido el de los tres amuletos.

—¡Ay! —dice la joven.

—Quiere usted el otro.

—Sí, creo que sí.

—Pues ahí lo tiene.

Levanta con cuidado el cordón de seda con el diamante helado y asimétrico. Se lo pone alrededor del cuello, le cuesta enganchar el cierre. Lo consigue.

—Sí —dice Barrett—. Le queda muy bien.

La chica se vuelve hacia el pequeño espejo ovalado que hay sobre la vitrina. Parece contenta con lo que ve.

—Es precioso —dice.

Barrett está tentado de decir: «No se case con ese tipo. Ahora le quiere, probablemente la extasíe en la cama, pero en cierto sentido, inexpresable incluso para usted, sabe que está a punto de ser usurpada, de ir a vivir a un mundo donde no será bien recibida, y aún no tiene suficiente historia como chica guapa, sigue estando demasiado agradecida por sus atenciones. La gratitud desaparecerá y seguirá usted asistiendo a esas comidas en Jersey los domingos, donde tan solo será tolerada, hasta que él empiece a tomar partido por su familia, a lamentar la rebeldía de su decisión, a preguntarse por qué se casó con usted y no con la italiana graciosa de pechos grandes que le había buscado su madre. Es un ciudadano de su madre, quizá la quiera ahora, pero su interés se desvanecerá, empezará a hacer una lista de sus defectos, se volverá hosco y resentido por delitos que usted no es consciente de haber cometido».

Lo que dice es:

—Sí, es muy bonito. ¿Está decidida?

—Sí. Por fin. Gracias por ser tan paciente.

—Son decisiones importantes. En cierto sentido, claro. ¿Con tarjeta o en metálico?

Saca una Mastercard de una delgada cartera verde. Él pasa la tarjeta y ella firma el recibo.

—¿Lo quiere en un estuche? —pregunta.

—No. Gracias. Me lo llevo puesto.

—Buena suerte —dice.

Ella lo mira con gesto inquisitivo.

—Es la etiqueta de las bodas —le explica Barrett—. Al novio se le felicita y a la novia se le desea suerte.

—No lo sabía. —Se hace un silencio. Por un instante parece que los que se casan son Barrett y la mujer—. Gracias —dice y sale de la tienda. Barrett vuelve a doblar camisetas.

Casi una hora después llega Liz. Su rostro no parece el mismo, aunque Barrett no sabe interpretar esa versión diferente, esa expresión que nunca ha visto. Solo acierta a describirla como de espanto tranquilo.

—¿Va todo bien? —pregunta ella.

—Sí —responde él.

Liz se quita la chaqueta y va a colgarla en el perchero del almacén. Vuelve y se planta muy erguida detrás del mostrador, comprueba la caja igual que la dueña solterona de una pensión contaría las cucharas después de servir la cena.

—¿Estás bien tú? —pregunta Barrett.

Ella se para a pensar un momento.

—Acabo de estar en el apartamento. Con Tyler —dice. Barrett va a enderezar los monopatinos que cuelgan de la pared que hay a su espalda—. Creo que los dejaremos donde están —dice Liz.

—Me gustan los monopatinos. Se venden bien. A veces.

—Empiezan a parecer un poco forzados —responde Liz—. Como si no supiésemos qué más hacer para parecer enrollados.

—Entiendo.

—Lo malo de Tyler es que no sé cómo hablar con él, o sencillamente abrazarle, como haría todo el mundo.

—Has estado con él. Estoy seguro de que no necesitaba más.

—Nunca quise ser de esas —insiste Liz.

—¿De cuáles?

—Una de esas mujeres maternales, consoladoras y demás.

—No lo eres. Y es uno de los motivos por los que te aprecia tanto.

—Cuando tenía quince años pegué a mi padre —dice ella.

—¿De verdad?

—Era violento. Nunca te lo he contado, ¿verdad?

—No, no hablas mucho de tu familia. Bueno, al final me contaste lo de tu hermana, pero en Nochevieja y con drogas y milagros de por medio...

—No era tan violento como para pedir una orden de alejamiento —dice—. Solo violento, se enfadaba y nos abofeteaba con el dorso de la mano a las tres, a mi madre, a mi hermana y a mí. —Se hace un silencio—. Durante mucho tiempo fue como si formara parte de nuestras vidas. Parte de la existencia normal. Pero una noche mi hermana volvió tarde a casa. Estaba saliendo con un chico de los últimos cursos, y se sentía muy emocionada. Era guapa, menuda y tímida y, para su absoluta sorpresa, al llegar al instituto empezó a salir con un chico que estaba buenísimo. El caso es que una noche volvió a casa un poco tarde y nuestro padre se lo reprochó, luego la acusó de estar acostándose con el chico. Ese matón, como dijo nuestro padre.

—¿Y era verdad? ¿Se estaba acostando con él?

—Pues claro. Aunque ella le dijo a mi padre que no. Pero él la golpeó de todos modos.

—¡Oh!

—Era algo normal. Pero esa noche, no sé... Mi hermana estaba tan contenta... no había hecho nada malo, se había enamorado por primera vez y no soporté que la castigase por eso.

—A lo mejor trece años es un poco joven para acostarse con alguien —observa Barrett, y luego se apresura a añadir—: Aunque eso no significa que tuviese que pegarle.

—El chico con el que estaba saliendo, no recuerdo su nombre, lo de ellos no duró mucho, murió en un accidente de ferrocarril unos años después, en Europa...

—Cíñete a la historia, ¿quieres?

—Bueno. Cogí una de esas palas que hay al lado de la chimenea, ya sabes, las que se usan para recoger las cenizas. Ni siquiera me paré a pensarlo. La cogí y le golpeé. A nuestro padre. En un lado de la cabeza.

—Madre mía. ¡Uf!, ¿no fue un poco inapropiado?

—No le di con demasiada fuerza. No sé, nunca había hecho nada semejante. Era pependenciera, me metía en peleas en el colegio, pero eran peleas de niñas. Nunca había cogido un objeto y había golpeado a nadie con él. Ni siquiera sabía cómo hacerlo. Así que, más que golpearle, le hice un corte.

—Y...

—Se volvió y me miró fijamente. Perplejo. Igual que si hubiesen aterrizado unos extraterrestres. Y pensé: ¡Ay, ahora sí que la he liado!

—Así que...

—Volví a pegarle. En esta ocasión con mucha más fuerza. En plena cara.

—No me jodas.

—Cayó al suelo. No es que se desplomara, se hincó de rodillas. Yo me planté a su lado con la pala en la mano y le dije: «Si vuelves a tocarnos, te mato». Y ya está.

—Y él...

—Fue muy raro. No era más que una niña de quince años con un arma ridícula en la mano, podría habérmela quitado con mucha facilidad. Podría haberme matado. Pero no lo hizo. Ni siquiera se levantó. Se quedó de rodillas en el suelo. Y me echó una mirada terrible. No era lo que yo esperaba. Fue, no sé, una mirada de derrota. Como si lo único que hubiera hecho falta, lo único que hubiésemos tenido que hacer, fuera decirle que parase.

—Ah.

—Fue un poco increíble. Ni él ni yo supimos qué hacer después. Empecé a sentirme ridícula. Plantada ahí con aquella pala minúscula en la mano. No me sentí nada heroica. Luego, al cabo de un rato, se levantó y salió de la sala. Fue arriba. Entró en su habitación con mamá, cerró la puerta, y nada más. A la mañana siguiente bajó a desayunar como si no hubiese pasado nada.

—¿Y después?

—Nunca volvió a pegarnos. Además, es raro, después fue como si le inspirase un poco de miedo, y también como si me quisiera un poco más que antes. Pero, no sé, a partir de entonces sentí que ningún hombre volvería a joderme la vida. Estoy convencida de que hacía tiempo que lo sentía, creo que me convertí en quien soy ahora la noche en que pegué a mi padre con ese estúpido recogedor. —Barrett tiene la sensación de que debería decir algo, pero no se le ocurre nada—. Y una cosa más —continúa Liz—. A partir de aquel día mi hermana también me tuvo un poco de miedo, a pesar de que la había rescatado. En cierto sentido es lo que había hecho. Pero en realidad no nos unió más. Fue como si pensase que era peligrosa en un sentido que ella nunca había imaginado.

—¿Por qué te ha venido todo esto a la cabeza?

—Ahora mi hermana es esquizofrénica, toma medicinas que la atontan y le hacen engordar, ha vuelto a vivir con mis padres...

—¿Por qué te ha venido esto ahora a la cabeza?

—Supongo —responde Liz— que porque ha habido un momento con Tyler que, no sé, me ha recordado a esa noche. Con mi padre.

—No habrás pegado a Tyler.

—Creo que nunca he estado verdaderamente enamorada —dice Liz.

—¿Nunca?

—¡Oh! He querido a muchos tíos. A unos más que a otros. Pero hay algo de lo que habla la gente, de lo que hablaba Beth, que nunca he reconocido de verdad. No sé, esa sensación de abandono, de..., no estoy segura de cómo decirlo..., de pasar al otro lado, de habitar la otra persona y dejar que ella habite en ti. No me estoy expresando bien...

—No, te entiendo.

—Nunca lo he sentido. Tampoco es que lo haya echado de menos. Hasta, se me hace raro decirlo, hasta ahora... he querido sentirlo con Tyler.

—Tyler no es tu amante.

—Ha sido como si no pudiese consolarle. Y eso que quería... Por él. Y por Beth. Supongo que quería hacer lo que habría hecho Beth.

—Beth era diferente —dice Barrett.

—Pues claro. Pero tampoco hace falta mucho talento para esforzarte en que otro se sienta mejor. Casi todo el mundo sabe.

—Tyler te quiere. Y te respeta. Probablemente le hayas hecho más bien del que imaginas.

—¿Sabes? En realidad no estoy pensando en Tyler. Pienso en mí. Pienso en ese afecto tan humano y sencillo que no sé sentir.

—Sabes hacer muchas otras cosas.

Liz vuelve a repasar los recibos.

—Mientras venía a la tienda se me ha ocurrido una cosa muy rara. Empecé a pensar y a preguntarme... Siempre he creído que vencí a mi padre. Hice que dejara de pegarnos. Y de camino hacia aquí, en el tren de la línea L, empecé a preguntarme si después de todo no fue él el vencedor. Si no me vencería al obligarme a pegarle.

Los dos callan un rato. Barrett da gracias en silencio a todos los clientes que se abstienen de entrar en la tienda.

Por fin Liz dice:

—¿De verdad no crees que los monopatines parecen un poco forzados?

—Sí. A lo mejor deberíamos compensarlo con algo más sofisticado. ¿Qué te parecerían unas chaquetas de cuero de la mejor calidad? Nuevas, no de segunda mano.

—¿Podrías encargarte de la tienda si me fuese una temporada? —pregunta ella.

—¿Adónde irías?

—No sé. Me apetece ir a otro sitio. Una temporada.

—Es un poco repentino, ¿no crees?

—¿Has sabido algo de Andrew últimamente? —pregunta.

—Me ha llamado. Quiere que nos veamos esta noche en Central Park, no sé por qué razón.

—Estupendo.

—A mí me parece más bien... peculiar. No sé, ¿por qué yo?

—Le gustas —dice ella.

—¿No le gusta más o menos todo el mundo?

—A lo mejor es porque sabe que te es simpático. Nadie le aprecia.

—Lo único que pasaba era que la gente pensaba que... No era para ti.

—¿Sigue con Stella?

—Ajá.

—No me mires así, no está mal. Es buena para él.

—Es un poco... —empieza Barrett.

—No es la más lista del mundo. Lo sé. Es tejedora, ¿lo sabías?

—Bueno, en realidad solo es un poco rara. Por lo visto es profesora de yoga, sí, y también una especie de tejedora, hasta tiene un telar y todo...

—Pero es maja —dice Liz.

—Sí. ¿Sabes una cosa graciosa? La última vez que hablé con ellos, me contó que tenía poderes psíquicos.

—Pero adora a Andrew. Me alegro de que alguien lo adore.

—¿Por qué aguantaste tanto tiempo con él? Nunca te lo he preguntado. Supongo que me pareció desconsiderado o algo así.

—No sé —responde ella—. Estar con él me solucionaba muchas cosas. Era *sexy*, un poco obtuso y nunca causaba dificultades, así tenía una cosa menos de la que preocuparme.

—No era el peor arreglo posible.

—No creo que vuelva a buscarme ninguno.

—¿Ningún qué?

—Ningún chico *sexy* y pánfilo que se quede conmigo hasta que cobre un poco de sentido y se vaya con una de su edad. Creo que ya he tenido suficiente.

—Probablemente sea lo mejor.

—¿Estás enamorado de Sam?

—Ah, no lo sé. Solo llevamos unos meses.

—Tenía entendido que eso se sabe enseguida.

—No es lo que estaba esperando —responde Barrett.

Liz mueve la cabeza como si acabase de recibir una noticia —ni buena ni mala— que imaginara desde hacía tiempo.

—He pensado que a lo mejor me vendría bien irme una temporada al Oeste. A California, tal vez.

—California es genial.

—A lo mejor voy. Lo estoy pensando.

—Podría ocuparme de la tienda, si quieres.

—Ahora mismo, lo harías mejor que yo.

—No es cierto.

—Eres más amable. Prestas atención a los clientes. Te preocupas por ellos. Yo solo espero que compren algo sin necesidad de soltarles el rollo.

—¿Qué vas a hacer en California? —pregunta Barrett.

—No lo sé. Ahora mismo, me basta con que se me haya ocurrido la idea de irme. Después es un espacio en blanco.

—¿Piensas alguna vez en la luz? —pregunta Barrett.

—¿Qué luz?

—La que vimos. En lo alto del cielo.

—La verdad es que no. ¿Y tú?

Barrett mueve la cabeza con tristeza.

—Constantemente —dice.

—¿Pero no la has vuelto a ver?

—No.

—Cariño. Estaba colocada. Tú..., bueno, en fin, quién sabe cómo estabas tú. Te acababa de dar la patada el decimoséptimo gilipollas, ¿por qué no ibas a querer que un avión detrás de una nube fuese algo distinto?

—Y luego Beth mejoró...

Liz le echa una mirada fija y compasiva.

—Y se murió.

—Sí. Pero ganó esos meses, ¿no?

—No creo que una luz en el cielo tuviese nada que ver.

—Sigo esperando... algo —dice Barrett.

—¿Como qué?

—Otra señal, supongo. Una continuación.

—Una señal de...

—De que hay algo más que nosotros. No sé, algo más que intentar enamorarnos y preguntarnos dónde ir a cenar y venderle collares a una pobre chica que está a punto de casarse con el tipo equivocado...

—Todo el mundo quiere que eso sea cierto.

—¿Y si lo es?

—Cierto —responde ella—. ¿Y si lo es?

Lo dice en tono de consuelo, paciente y un poco contrariado. Claro, cariño, ¿y si el cuadro que compraste en el rastro resulta ser un Winslow Homer desconocido? ¿Y si el número que llevas jugando todos estos años gana por fin la lotería?

Un instante después, una pareja entra en la tienda, dos jóvenes con peinados pospunk. Uno le dice al otro: «Brilla, Neely, brilla».

Liz les saluda.

—Hola —responde uno, y el otro se ríe, como si su novio acabara de hacer un chiste.

—Avisadnos si podemos ayudaros —dice Liz.

—Sí.

—Los jóvenes se ponen a buscar. Liz vuelve a repasar los recibos. Barrett empieza a doblar camisetas, aunque ya las ha doblado todas.

Son casi las tres, lo que significa que hace cuatro horas que Liz se fue del apartamento. Tyler lleva desde entonces tumbado en el sofá, en su nimbo de luz flotante, contemplando a Liz y la música.

El lío con Liz... Hum. El lío con Liz...

¿Cuánto tiempo llevan acostándose? ¿Desde que le diagnosticaron el cáncer a Beth? ¿Más? Qué raro que hayan sido tan discretos; ellos que apenas tienen secretos, no exactamente por motivos morales, sino porque la verdad es mucho más sencilla, está ahí, sin que haya que hacer ningún esfuerzo para modificarla o embellecerla.

¿Cuándo lo dejaron? Debió de ser cuando mejoró Beth, aunque Tyler tiene la sensación —parece más un sueño recordado que un verdadero recuerdo— de que duró mucho más tiempo. Parece recordar no tanto el sexo como la vergüenza; la convicción de que, hacia el final, Liz y él estaban cometiendo un acto deshonesto. Aunque no se podía negar que él coqueteó con la vergüenza todo el tiempo.

Se había sentido tan solo y aterrizado a medida que Beth empeoraba. Liz estaba ahí. Tan poco sentimental como cupiera imaginar.

Tyler prefiere, lo ha preferido todo el tiempo, no pensar (al menos mucho tiempo ni en profundidad) en la posibilidad de que, para Liz, la atracción haya residido siempre en su mediana edad ligeramente desagradable; en que él es para ella el anti-Andrew, ni un joven olímpico e inexpresivo, ni emisario de una dimensión paralela de juventud glorificada por las hormonas, ni un Ariel a punto de marcharse a obrar otros encantamientos; solo un tipo normal, don Sencillo, don Agradecido.

Liz y él no solo no se lo han contado a nadie, sino que ni siquiera lo hablan entre ellos. Fue algo que hicieron, pero jamás un tema de conversación.

Ni siquiera se lo ha contado a Barrett.

Lo raro: lo más probable es que a quien más le hubiese importado hubiera sido a él. Que se hubiese sentido excluido. Al fin y al cabo, se considera depuesto; era (en opinión del propio Barrett) el protagonista del cuento, repleto de posibilidades, el hijo bastardo de Hamlet y Oscar Wilde; el que recorría los pasillos del instituto envuelto en su cota de malla invisible de lamé plateado y ascendía con elegancia a un reino muy por encima de los canutos y la guitarra folk de su hermano, y de la camaradería del equipo de fútbol americano, el que apenas un instante después (o esa sensación tenía él) buscaba monedas perdidas entre los cojines del sofá, preguntándose si las sobras de la cena estarían aún buenas, y si el amor llegaría en el próximo tren, o en el siguiente, atento al pitido que anuncia su llegada.

A Beth no le habría importado que Tyler se follara a su mejor amiga. Habría sabido con exactitud lo que significaba y lo que no.

Y ahora, desencadenado, o peor aún, jodido y revelador, un recuerdo que vuelve, tan agudo y extraño como la nieve cayendo en el dormitorio.

Su madre (tuya y de Barrett, esfuérzate en recordarlo) está sentada en la grada, en primera fila, con unas gafas excéntricas y una llamativa bufanda. Su padre debe de haber ido a buscar unas Coca-Cola, o la mantita que ella dijo que no necesitaba.

Tyler, después de conseguir el primer *down* del partido (por pulgadas, pero bueno...), sabe que tiene que ir ante ella (sus triunfos son escasos) y ofrecerle la espada del gladiador, la oreja cortada por el torero. Lleva el casco y las protecciones, va disfrazado, es potencialmente impersonal, con las manchas de grasa negra debajo de los ojos.

—Hola, mamá.

Le gusta, al menos en ese momento, ser irreconocible, con esa armadura podría ser hijo de cualquiera. Ha escogido a esa madre, con los aros enormes en las orejas, el cabello corto y negro, el intenso olor a magnolia de su *eau* de no sé cuántos. Siente como si estuviese cumpliendo no con un deber filial, sino con un acto de galantería.

Por supuesto, ella también va disfrazada. La labor de Tyler es parecerse. La de su madre es (como ella misma diría) «empezar con buen pie».

Mira desde la grada, diez pies por encima del rostro alzado de Tyler (que deja ver tan poco: los ojos parecen oscuros como el agua de un estanque por las manchas de grasa negra, la nariz asoma apenas por encima de la protección que oculta la boca). Coqueta, ella rodea la gris y opaca barandilla con los brazos enfundados en cachemira (¿sabrás lo evidente que es, lo artificial y exagerado de su pose?, me refiero a todo ese rollo a lo condesa Von Hoopendorf, tiene que saberlo, es demasiado inteligente para no darse cuenta, tiene que haber algún propósito oculto...). Se inclina hacia delante y hacia abajo, acerca la cara (granulosa por los polvos cosméticos que se aprecian lívidos bajo las luces del estadio, esa sombra rosa oscuro, como si acabaran de abofetearla, que ella usa), y dice: «Buena jugada».

—Gracias.

Su madre mira a su alrededor con teatralidad, igual que una actriz aficionada en una obra de segunda, como si buscara con sofisticada esperanza a alguien que el público sabe que se ha perdido, ha desaparecido o está muerto. Dice (tiene que hablar en voz alta para que la oigan):

—¿Dónde se ha metido tu hermano esta noche?

Para subrayar sus palabras vuelve a escudriñar la multitud, como si esperase ver llegar a Barrett —un Barrett más reconocible, acompañado de unos amigos— para ver a su hermano jugar al fútbol americano.

Tyler mueve la cabeza protegida por el casco. Su madre exhala un suspiro de anfitriona, un suspiro en plan «la sopa está servida», igual que si estuviese en una fiesta. Tyler siempre se pregunta: ¿Por qué interpreta de forma tan descarada y pizpireta a otra persona? ¿Cuándo se revelará su profundo y sutil designio?

—Nunca viene a los partidos —dice Tyler.

—No, ¿verdad?

—Tiene otros intereses.

—Es un poco raro, ¿no? —responde ella.

Es difícil imaginar un momento menos apropiado para decir algo así. ¿De verdad está anunciándoselo a los padres de Harrisburg, a las animadoras y a los miembros de

la banda de música?

—Sí, un poco —responde Tyler.

—No lo pierdas de vista, ¿vale?

—Claro.

—No me gustaría que se metiese en líos.

—¿Qué tipo de líos?

Ella hace una pausa, como si no se le hubiese ocurrido esa pregunta concreta hasta entonces.

—No quiero que se convierta en un bicho raro. Uno de esos que se pasan el día en su cuarto leyendo.

—No le pasa nada —dice Tyler—. Quiero decir que no le pasará nada.

—Ojalá tengas razón —responde ella, y con una triste media sonrisa, vuelve al frío de octubre y a la incomodidad de su asiento en la grada.

Por lo visto, se ha dictado sentencia, y, por lo visto, era necesario que fuese en un estadio. Barrett es raro. Tiene tendencia al fracaso y necesita que lo cuiden.

Tyler vuelve corriendo al campo. Sabe que ha aceptado hacer algo. No sabe muy bien qué. No obstante, sospecha ya que se ha comprometido a hacer más de lo que estará nunca en su mano.

Ahora, más de veinte años después, se plantea estas preguntas: ¿ha cuidado de Barrett con demasiado fervor? ¿Lo ha desarmado al ser el hermano mayor infinitamente comprensivo, el tipo que nunca cuestiona ni critica?

Tyler saca el minúsculo sobre del bolsillo.

Uf, bueno, también está este secreto, ¿no?

Es para ahora, para esta última canción y, en realidad, no puede contar con que nadie le ayude, no desde que explotara hacia adentro (descalzo, murmurando imprecaciones en Cornelia Street), no después de las largas y dolorosas charlas con la psiquiatra del hospital (¿quién habría imaginado que sería una mujer con las mechas mal teñidas y una leve cojera?), no después de la rehabilitación (tras la insistencia de Barrett y Liz), no después de haber reinventado por completo su historia.

Y, en realidad, no es una recaída. No una de verdad. No le gusta esa mierda, o al menos no tanto. La coca le gustaba mucho, pero era una equivocación. Con la coca solo intentaba abofetearse para seguir despierto. ¿Por qué no se le ocurrió que la música procede del país de los sueños? La música es la conocida extrañeza de las visiones nocturnas: el niño medio selvático que hace cabriolas en ese camino que serpentea entre árboles antiguos mientras canta en voz alta clara y no del todo humana, inaudible desde la distancia a la que ejecuta su danza de potrillo y de pezuña partida. La clave está en soñar lo suficiente para llegar a oírlo.

Tyler ha comprendido, ha llegado a entender, que estaba equivocado respecto a lo de componer canciones. Es uno de esos errores que se anclan tan profundamente en el cerebro que solo pensamos en cómo encontrar tiempo y energías para ponerlo en práctica, sin siquiera imaginar que la idea en sí misma pueda estar equivocada. ¿Por

qué no se daría cuenta hace años? La música no hay que perseguirla sino dejarla entrar. Hasta ahora ha sido una cuestión de virilidad. Ha intentado luchar con las canciones, como un cazador ridículo e inerte que insistiera en atrapar pájaros al vuelo con las manos, cuando lo que hay que hacer, si no se tienen flechas ni lanzas, es esperar con paciencia en silencio a que el pájaro se pose.

La heroína es una respuesta mejor. Deja que las cosas ocurran. Con la heroína, Tyler puede oír los sonidos: los últimos quejidos de animal enfermo de Beth; el sordo zumbido de sus pesares y de los reproches que se hace a sí mismo; el zumbido aún más sordo de la tierra misma al girar; el grito reprimido y atrapado para siempre en la garganta de Tyler (¿y en la de todos?), ese sonido estridente y quejumbroso que nada significa, salvo el anhelo de más, el anhelo de menos, la imposible extrañeza de todo.

¿Qué más da la nueva era? Es mejor hacerse a la idea. Prepararse para tener un presidente viejo y poco de fiar que cree que África es un país y no un continente y que caza lobos desde un helicóptero.

Con la heroína Tyler puede dejar que todo eso entre. Puede pensar en convertirlo en música.

El truco: detenerse al borde del olvido, sin pasar al otro lado. Dejar que esa entidad oscura y brillante entre en la habitación, pero lograr que se quede ahí, al otro lado, en la pared de enfrente; insistir en que espere, con todo ese sueño en los bolsillos, con esos ojos tranquilos y compasivos; tomar justo la heroína suficiente para poder ver la figura, oculta y amable, pero mantenerla a distancia, contener la oscuridad que pretende arrojar, para que los sonidos no deseados, los gemidos de hospital, los gritos lejanos de triunfo brutal, puedan colarse e infectar el aire, sin volverte loco. Sin enviarte descalzo a Cornelia Street.

Tyler esnifa dos rayas de las buenas (nada de agujas, él no es de agujas), y, un momento después, parece haberse levantado. Es raro. Un poco raro. Estaba tumbado en el sofá y ahora está de pie. Está de pie en esa habitación vacía, donde, por lo visto, vive. Hay música en su cabeza, una música leve, que recuerda a un fagot; más un latido que una melodía, aunque podría escribir una melodía por encima; o no, no es una melodía (qué palabra tan tonta)... es un canto, gregoriano (o algo parecido), lo oye también, un murmullo de voces graves, apremiantes y contemplativas, como las cuentas de un rosario rezado a toda prisa, pero con práctica y un cuidado infinito; y luego... algo argentino, sublime, una voz como la de un clarinete, que canta en una lengua desconocida; canta (tiene sentido..., al menos en cierto modo) sobre la esperanza y la devastación, como si fuesen la misma cosa; como si, en el vocabulario de esa lengua, solo hubiese una palabra para comunicar ambas situaciones; como si la esperanza implicase la destrucción y la destrucción la esperanza, de un modo tan inevitable que solo requirieran un nombre.

Y luego, es como si hubiese abierto una ventana y estuviera sentado en el alféizar.

Ahí abajo, entre sus pies colgantes, está la Avenida C, cuatro pisos más abajo. Hay una mujer con un vestido de flores que arrastra a un schnauzer viejo con una

correa. Otra mujer, con un vestido púrpura (¿serán hermanas?), hurga en un cubo de la basura. Está la propia acera, del color de la piel de un elefante, moteada con los círculos oscuros de los chicles tirados al suelo hace mucho tiempo. Hace una pizca de viento, un viento brillante que le acaricia el bajo de los tejanos.

Podría deslizarse del alféizar. ¿No? En ese momento tiene la sensación de que sería como zambullirse en el agua. Habría un instante de abandono inminente y veteado de dudas: ¿estará fría? Y luego se produciría la inmersión.

Se queda en el alféizar mirando hacia abajo, con la música sonando en su cabeza. Parece estar acercándose al niño selvático; lo suficiente para oír su voz en el aire tenso; lo suficiente para empezar a reparar en que, después de todo, no es un niño, no es exactamente humano, y hay algo en su rostro que no acaba de encajar.

El agua del puerto se está volviendo opaca ahora que el sol casi ha desaparecido y está salpicada aquí y allá por la última luz dorada y anaranjada del día, una luz que ya no es brillante, que parece vieja, como si emanara de un pasado más luminoso de lo que la memoria permite, pero oscurecido inevitablemente por el paso de las décadas. Los últimos rayos de sol han vuelto cobriza la gigantesca cubierta marrón y negra de una enorme gabarra (en ella podría aterrizar un avión bimotor). Parece hecha de algún metal semiprecioso; un metal que Barrett, de pie en la popa del *ferry*, solo acierta concebir como prosaico y precioso, buscado y ambicionado por los industriales y no por los reyes.

A su madre la fulminó un rayo en un campo de golf. ¿Por qué una tragicomedia? Tyler y él lo han hablado una y otra vez. ¿Por qué una mujer que había sido seria e inteligente; que había sido impredecible, distante o generosa, según el momento del día (sigue siendo difícil imaginar a nadie que se prestase tanta atención a sí misma y tan poca a los demás); que creía en la ropa bien cortada, que usaba lápiz de labios de color coral, que coqueteaba imperiosa con los repartidores, y estaba tan dispuesta (un poco más de lo que le habría gustado a él) a regodearse en las cosas que lamentaba (la casa demasiado lejos de la ciudad, las perlas heredadas que le había robado la doncella de un hotel, ¿quién podía haber sido si no?), la decisión de dejar Bryn Mawr para casarse con su padre (¿cómo haber imaginado en la época que Nueva York la conduciría a Filadelfia y Filadelfia a Harrisburg?); a quien absorbía tanto la lectura que a veces se olvidaba de cenar... ¿Por qué ese final para ella? ¿Por qué un accidente que solo podía contarse como un chiste macabro? ¿Cómo era posible que a Betty Ferguson, su pareja de golf —Betty, que nunca le había sido simpática («Es de esas que creen que conviene combinar el bolso con los zapatos», «De esas que se van volviendo más masculinas a medida que envejecen») —, la dejaran levantarse el día del funeral y anunciar que su madre iba tres bajo par ese día fatídico?

Tyler y él no solo son huérfanos, son parte de una broma horrible, lo han sido desde niños; son súbditos de un dios que parece preferir los chistes a la purificadora emoción de la ira.

Y aquí, ahora, extendida ante él, está la ondulante masa de agua oscura que con tanta placidez recibió las cenizas de Beth.

Hay un ojo en el agua. Por eso sigue haciendo esos viajes en *ferry*.

Lo que diferencia el ojo y lo distingue de aquella turbia luz nocturna y consciente, es que nunca lo ha visto. No obstante, sabe que está ahí. Sabe que en esas excursiones de ida y vuelta a Staten Island, está siendo... aprehendido. «Observado» no es la palabra correcta. «Observado» implica una intención parahumana que no percibe en el puerto ajetreado con su tráfico denso. Pero lo notó la primera noche, cuando esparcieron las cenizas de Beth. Beth se unió con las aguas, no en el sentido de esa estupidez de «su espíritu está ahí fuera» (que le den), sino como si ella, sus restos mortales (que un aspirador habría absorbido en diez segundos), se hubiesen unido a una enorme no-inteligencia cognoscente, y sabe (¿se está volviendo loco, o cuerdo?),

lo sabe ahora y lo supo esa noche, que el mundo es inanimado, pero no ajeno; que Beth ahora forma parte de algo demasiado grande y majestuoso para tener pensamientos o respuestas, pero que a su manera sigue siendo sensible.

Es ilusorio. Probablemente lo sea. Sin embargo, desde que ayudó a esparcir las cenizas de Beth, sigue volviendo al puerto como si fuese su verdadero padre, inhumano e implacable, un padre que no tiene motivos ni ambiciones para sus hijos, que no está ni orgulloso ni decepcionado. No consigue quitarse de encima la convicción de que hay un ojo en el agua, nunca visible, pero siempre presente, ni contento, ni triste de verle, pero en cierto modo consciente de que ha vuelto.

Tyler encontró una madre para ambos, ¿no? Es una idea que solo puede considerar a bordo del *ferry*. Puede que sea cierta, puede que no. Suena a bobada. Pero Beth era tan distinta de las demás chicas... Tyler empezó a salir con ella más o menos cuando la vida de Barrett empezó a... venirse abajo es demasiado melodramático (no vayas a confundirte con un personaje de una película de serie B, y menos con uno sacado de Dostoievski), a desviarse un poco, a no cuajar del todo, lo suficiente para que no le quedase más remedio que mudarse con Tyler.

Con Tyler y con Beth. Beth, que era dulce y amable, que era siempre la misma persona. Beth, que aquella Nochevieja en la cocina dijo que Barrett y Tyler deberían saber lo de que las luces de la casa empiezan a apagarse, que llega un momento en que la cuestión del bien y el mal deja de tener importancia. ¿Será posible, aunque sea remotamente, que la verdadera ambición de Barrett en la vida haya sido insistir en que era el hermano pequeño de Tyler?

Botes contra la corriente, arrastrados incesantemente hacia el pasado. Que te den, F. Scott Fitzgerald.

Dilo, entonces. Dilo para tus adentros. Cuando Beth se recuperó, creíste saber — sospechaste— lo que la luz había querido decirte: que has reproducido tu infancia con Tyler, y que esta mujer, en esta ocasión, no atraerá la atención del dios bromista.

Lo que implicaría que la luz había mentido. Y que el agua está diciendo la verdad.

Una hora después, una vez terminado el viaje de ida y vuelta a Staten Island, Sam le está esperando como dijo, al norte de la ciudad, en el parque, en la fuente Bethesda. Barrett lo ve desde la balaustrada que se alza unos treinta pies sobre la plaza. Está sentado al borde de la fuente, debajo del ángel, la angelical niña campesina, fuerte y robusta, que mira no extáticamente al cielo sino muy seria al suelo, arrobada por la tierra, desde su pedestal de bronce; madejas de agua salpican a su lado mientras extiende un brazo y sujeta con el otro su ramillete de lirios.

Barrett se queda un rato en la balaustrada sobre la fuente. Puede ver a Sam, sin que Sam lo vea a él. Puede observar un interludio de Sam-idad, el Sam que ignora que está ahí; el Sam que existe en privado, que no cambia de actitud (suponiendo que la cambie) por él.

Está firmemente sentado, con los pies sobre los ladrillos y las manos en las

rodillas como si estuviese tomándose un breve descanso de alguna labor extenuante que fuese a continuar tras el breve período de pausa pactado por los sindicatos. Es como un tipo que estuviese relajándose un rato. Lleva los tejanos de carpintero que tanto le gustan, y la chaqueta Carhartt de pana gris que Barrett le regaló por su cumpleaños la semana pasada, una chaqueta que a Sam le gusta más que a él (la habilidad de regalar algo que quien lo recibe aprecia más que tú es un signo de amor, ¿no?); Sam siente una particular devoción por la modestia del obrero, un oscuro deseo de ser confundido con un obrero de la construcción, cuando en realidad da clases de literatura decimonónica inglesa y americana en Princeton.

Sam se comporta como si procediera de otro planeta, donde los estándares fueran distintos, y donde se le tuviese por un premio. En su planeta, los rasgos más codiciados son una cabeza más grande de lo normal, con unos ojos grises desconcertantemente separados, una simple insinuación de la nariz (que aumenta la impresión de que la cabeza es gigantesca); una boca grande y equina por encima de una barbilla tan ancha y caballuna que es posible imaginar que si le ofrecieses un terrón de azúcar en la palma de la mano, lo olisquearía y luego lo aceptaría con un suave roce de los bellos.

Se mueve por el mundo con una seguridad tan desvergonzada que, aunque nadie le ha llamado nunca guapo, casi todos sus conocidos le han dado a entender, de uno u otro modo, que es sorprendentemente *sexy*.

Se conocieron, hace justo cinco meses, en un supermercado coreano al sur de Broadway. Estaban buscando en la nevera, que tenía esas cortinas un tanto inquietantes, con tiras verticales de plástico transparente que recuerdan a las de un hospital lejano y pobre, donde escasean las medicinas y se las arreglan para apartar las moscas de los enfermos terminales, pero poco más.

Empezaron a hablar de los méritos de la Coca-Cola con respecto a la Pepsi.

Un martes vas camino de casa y piensas: «Voy a parar en este supermercado al que nunca he ido y compraré una Coca-Cola». Un martes a las seis treinta y dos. Ves a un tipo grandullón al lado de la nevera, no te fijas demasiado en él, así que no hace falta mucho valor para decir: «¿Eres de Coca-Cola o de Pepsi?». No es de extrañar que el tipo se vuelva para mirarte, te dedique una sonrisita contemplativa, como si le hubieses planteado una pregunta seria de verdad y responda: «De Pepsi. Sin duda. La Coca-Cola son los Beatles; la Pepsi, los Rolling Stones».

Y luego apenas resulta sorprendente que veas profundidades amables y grises en sus ojos, que percibas una fatiga resignada en ellos que por alguna razón te lleva a pensar —sin creer que vaya a llevar a ninguna parte— que podrías sentarte con su cabeza en tu regazo, acariciándole el cabello metálico (desafiantemente sucio) y decirle: «Descansa, descansa solo un minuto».

Sam no es su tipo (aunque, hasta el día en que se conocieron, él habría dicho que no tenía ningún «tipo»). No es ni joven, ni ágil, ni absurdamente optimista; no es un púgil ancho de hombros; no es nadie a quien Eakins hubiera querido pintar.

Por lo visto, el amor llega no solo sin anunciarse, sino de forma tan accidental, tan azarosa, que uno se pregunta cómo puede creer nadie siquiera de manera vaga en las leyes de la causa y el efecto.

Se queda un rato más en la balaustrada observando a Sam. ¿Cuándo, se pregunta, le despachará este con un *e-mail* o un mensaje de texto? ¿O se limitará sin más a no devolverle las llamadas? Después de todo es una tradición. Sigue sucediéndole.

Piensa, solo por un instante, en dar media vuelta y marcharse del parque; en ser esta vez él quien desaparezca, el que deja atónito al otro, el que no da explicaciones, ni siquiera el amargo deleite de una auténtica pelea; el que se va sin más, porque (por lo visto) hay afecto y sexo, pero no apremio, nada de anzuelos cerrando los ojos, ni ligaduras, ni devociones obstinadas, ni súplicas por una compasión que sería muy fácil administrarse uno mismo. ¿Cómo sería, quisiera saber, ser el otro, el que ha degustado la modesta porción que considera suficiente, el que se escabulle antes de que la cosa se complique, antes de que nadie pueda acusarle o recriminarle nada, antes de que las autoridades empiecen a preguntarle cuándo, por qué y con quién?

Beth dispuso de poco más de cinco meses. Regalo del cielo. Se le concedieron tres meses y cuatro días hasta que el cáncer volvió desbocado, y entre las cosas que lamenta Barrett (cultiva lo que le gusta pensar que es un número adecuado de ellas) está el hecho de que enfermase tan pronto, tan deprisa, que nunca tuvo ocasión, ni un verdadero momento, en el que preguntarle si se sentía agradecida por esa tregua.

Debió de estarlo. Barrett insiste en que sí. ¿No fue eso, más o menos, lo que dijo en Nochevieja? Aunque fuese sin palabras, les dio a entender, a Tyler y a él, que se alegraba de que la abrazasen en una fiesta, aunque sabía (ahora, al recordarlo, parece que lo sabía) que era una especie de fantasma, al que un fallo en el sistema permitía mostrarse en forma corpórea, lo cual debió, ¿o no?, ser placentero para ellos. A menos que no fuese así; a menos que cuando el cáncer volvió se sintiera doblemente traicionada, maltratada y jodida.

Lo más probable es que Sam se vaya, antes o después. Todos lo han hecho. Pero en realidad hay tan poco tiempo... Barrett yergue los hombros y se encamina hacia las escaleras que llevan hasta la plazuela donde se alza el ángel con su infinita y bronceada paciencia, donde le espera Sam.

Después de cerrar la tienda, Liz no se ve con ánimos de volver a casa. Es demasiado anticuado, demasiado propio de una anciana, pensar que le da miedo su apartamento vacío —¿quién querría sentir ese *pathos*?—, pero de todos modos, después de cerrar, deambula por Williamsburg en una de las últimas tardes soleadas de noviembre. Los bares y restaurantes de Driggs emanan sus brillos dorados (en todos esos sitios saben de iluminación), repletos de celebrantes, las entradas están abarrotadas de gente cuyo nombre figura en la lista y que espera riendo y fumando en la acera. Todos tienen veinticuatro años.

Es el país de la juventud, que por supuesto podría resultarle deprimente, aunque mientras recorre inadvertida la calle es consciente —entonces más que nunca— de que sus habitantes solo serán jóvenes por un tiempo; de que su noche es efímera; de lo poco que tardarán en estar recordando «aquellas noches en Williamsburg», mientras sus críos tropiezan en el suelo del salón. Tal vez sea su juvenil promesa y su prosperidad, la clara abundancia de sus dones las que... no acabarán exactamente con ellos sino que los domarán, les apremiarán a volver a casa, les harán cobrar sensatez. No son propensos (al menos no la mayoría, por lo que se deduce) a lo extraordinario; han ido con tanta precipitación a Williamsburg, se han puesto esa ropa tan de buena gana. Sería estúpido y grosero que los menospreciara mientras anda invisible entre ellos; sería mezquino no transmitirles, telepáticamente, su esperanza de que sobrevivan con la mayor elegancia posible al día en que empiece a tensarse la cuerda (necesitamos un piso más grande, ahora que el bebé casi tiene dos años), al año en que comprendan que se han convertido en simpáticos excéntricos, que siguen trabajando en gráficos de ordenador o como técnicos de sonido y no es ni mucho menos que se hayan vuelto irreconocibles para sí mismos, sino que (sorpresa) son miembros de la población que va envejeciendo, la última versión (la versión enrollada) de los cuarentones que todavía tienen algún vestigio punk, los cincuentones (esa eres tú, Liz) que todavía exhiben ese rollo de puta-vaquera de tienda de segunda mano.

No puede volver a casa, todavía no. Pero tampoco puede seguir deambulando por Williamsburg, al menos durante mucho más tiempo.

Gira por la calle Cinco y se encamina hacia el puente de Williamsburg.

Por supuesto, sabe adónde se dirige. Lo raro es que no lo ha decidido. Está yendo allí sin más, como si fuese inevitable, como si no hubiera otro sitio adonde ir. La Avenida C, a primera hora de la noche, es la prima un poco estúpida de Driggs. También aquí hay bares y cafés abarrotados, aunque no tantos; recorre una manzana entera y pasa solo junto a un colmado fluorescente, un sitio de comida china para llevar, una lavandería (ÚLTIMO TURNO A LAS 21 H), un salón de tatuajes (sin clientes en ese momento), una tienda de reparación de bicicletas ya cerrada, y los restos vacíos de lo que fue una tienda de animales (el escaparate todavía exhibe, con letras plateadas, las palabras CANARIOS Y OTROS PÁJAROS CANTORES), pero los jóvenes de esos bares y cafés (en su mayor parte estudiantes universitarios que han salido a pasar la

noche en lo que consideran un barrio bohemio) parecen más bien los hijos de aristócratas menores: niños encantadores, perezosos y bien alimentados, que visten con estilo, pero no van disfrazados; que no esperan ni cortejan la sorpresa. Un chico con una chaqueta de piel falsa (Ralph Lauren, Liz siempre las detecta) se asoma a la puerta de una taberna y grita a sus amigos que han salido a fumar un cigarrillo: «¡Acaban de marcar otro!».

Llega al edificio, con su fachada inexpresiva de ladrillos de color cordobán, y llama al 4B. Nadie responde. Vuelve a llamar.

Casi mejor. Se ha ahorrado la indignidad. Es hora de parar un taxi y volver a casa.

No obstante, cuando se da la vuelta para marcharse se oye la voz de Tyler desde arriba:

—Hola.

Pasa por un momento de imposibilidad. Tyler le habla desde el cielo; ha muerto y planea sobre el plano terrenal...

Alza la vista. Tyler está de pie en el alféizar de la ventana del cuarto piso, apenas visible por encima de la capa de luz que arrojan las farolas, como una talla en un nicho en las paredes de una iglesia.

—¿Qué coño haces?

Tyler no responde. La mira con una paciencia benéfica, contempla el escaso tráfico de la Avenida C.

—Baja de ahí —grita.

Tras un momento de duda —una pausa apenas agitada, como si le costase revelar una confidencia—, Tyler dice:

—No voy a saltar.

—Más te vale, joder. Baja de ahí y ábreme. —Vuelve a mirarla, con una expresión de compasión llena de arrepentimiento que Liz recuerda de un ángel particular, debió de ser una escultura de la iglesia en su infancia—. Baja ahora mismo —repite.

Despacio, con perezosa resignación, Tyler baja del alféizar. Poco después, se oye el portero automático y Liz se apresura a entrar.

La puerta no está cerrada con llave. El apartamento está a oscuras. Liz descubre a Tyler donde lo dejó hace horas y horas. Está tumbado en el sofá como si tal cosa. Liz contiene el impulso de acercarse y abofetearle con todas sus fuerzas.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta.

—Lo siento si te he asustado —responde él.

—¿Qué estabas haciendo?

—No lo sé muy bien. Quería salir del apartamento, pero no bajar a la calle.

—¿De verdad no ibas a saltar?

—No. Bueno, lo pensé. Estuve pensando en saltar, pero no iba a hacerlo. No es lo mismo, ¿no?

—Supongo que no.

¿Cómo es posible que le parezca que tiene sentido?

—Llevamos años acostándonos —dice él.

—Lo sé.

—Y nunca hemos dicho nada. Ni una palabra.

—También lo sé.

—¿No te parece raro?

—No sé —dice ella—. Supongo que sí.

—Estábamos engañando a Beth. Y a Andrew.

—¿A ti te ha parecido que les estuviésemos engañando?

—No sé —responde—. ¿Crees que a Andrew le habría importado?

—No. Bueno... Aunque le hubiese importado, nunca lo habría admitido. Que le importase le habría parecido impropio de quien quería ser.

—¿Le echas de menos?

—No.

—¿Y eso tampoco te parece raro?

—¡Ah!, bueno, sí, hay cosas que sí echo de menos. Sobre todo las más ordinarias, para ser franca. Un chico de veintiocho años en la cama... En fin, da igual. Pero la verdad es que lo de las drogas llegó a hacerse pesado.

—Le gustaban las drogas, ¿no? Pero a ti también.

—Bueno, me gustaba colocarme con coca alguna noche de vez en cuando. Andrew era más... ansioso.

—Como mucha gente.

—¿Y quién crees que pagó las drogas esos últimos meses? —pregunta ella.

—Supongo que debería haberlo imaginado.

—En realidad no era por el dinero. Pero empecé a sentir... En fin, soltarle billetes de veinte al camello de un amante mucho más joven que tú es una vivencia de la que se puede prescindir. Créeme.

—Sí. Te creo.

—A Beth tampoco le habría importado. Si hubiese pensado lo contrario, no lo habría hecho.

—Pero el caso es que no se lo dijiste.

—No fue por ti —responde ella.

—Entonces fue por...

—Porque no pensé que necesitase que le recordaran que se estaba muriendo y que alguien tenía que sustituirla. En cierto sentido.

Tyler cambia de expresión, aunque no se mueve.

—¿Era eso? —pregunta—. ¿Te hacías cargo de una de las obligaciones de Beth?

—¿Sinceramente? Sí. Al principio.

—Sustituías a una amiga.

—Al principio. Luego fue diferente.

—Tengo cuarenta y siete años y los aparento.

—Yo cincuenta y seis —responde Liz—. En realidad eres un poco joven para mí.

—Fui un niño muy guapo. Así es como llegué al mundo. Es un poco descorazonador. Me refiero a ser un tipo en el que ya no se fija nadie.

—Yo sí me fijo.

—No me refiero a ti, sino a los desconocidos. A la gente para quien mirarte es opcional.

—Para mí es importante lo mucho que cuidaste de Beth —dice Liz.

—Hice lo que habría hecho cualquiera.

—No has visto mucho mundo, ¿verdad?

—Creo haberlo visto.

—No te apartaste de ella. Lo vi. Viste cómo la devoraba la muerte, no una sino dos veces, y no te apartaste. No dejaste de reconocerla.

—Fue solo que... Quiero decir, ¿quién no habría hecho lo mismo?

—Mucha gente. Por cierto, he venido andando.

—¿Desde Williamsburg?

—Sí. Crucé por el puente.

—¿Por qué?

—¿Qué hacías tú en el alféizar de la ventana?

—Responde a mi pregunta, por favor.

—Lo estoy haciendo. Sentí el impulso de venir a tu apartamento. Tú tuviste el impulso de salir, pero no a la calle. Los dos al mismo tiempo. ¿No ves la conexión?

—Supongo. En realidad no. No.

—¿Quieres que me vaya?

—No —dice él—. ¿Quieres venir conmigo un rato? No intentaré nada.

—No me importaría si lo hicieras.

—Es solo que aquí está muy oscuro.

—No tenéis una sola luz. ¿De verdad Barrett y tú os habéis deshecho de todo?

—Menos del sofá. Y del televisor.

—Los dos únicos objetos del mundo que significan algo para ti.

—Estaría bien tumbarse un rato, ¿podemos?

—Sí —responde ella—. Claro.

Las farolas del parque emiten tenues círculos, faldones de luz, y dejan entre ellos una oscuridad fina y temblorosa.

—No será toda la noche, ¿no? —le pregunta Sam a Barrett.

Barrett ha estado contemplando el cielo mientras andaban. Cuando está en Central Park, no puede evitarlo. Es, como de costumbre, el cielo acostumbrado.

—No —responde—. No te castigaría con toda una noche con Andrew y Stella. Es solo que, ya sabes, me ha llamado...

—Central Park siempre estuvo pensado para los ricos. ¿Lo sabías? —dice Sam.

—Creo que lo he oído en algún sitio.

—A mediados del siglo XIX diseñaron la Nueva York del futuro. En aquel entonces, esto eran bosques y granjas.

—Lo sé, lo sé.

—Había quienes preferían el modelo londinense. Muchos parques pequeños, por doquier. Perdieron. Los que ganaron crearon este parque gigantesco a muchas millas de donde vivían los pobres. Y le pidieron a Frederick Law Olmsted que diseñara algo que no gustase a los pobres. Nada de avenidas para desfiles o de prados para bailes.

—¿De verdad? —pregunta Barrett.

—Como imaginarás, los valores de las fincas aumentaron muchísimo. Los pobres vivían al sur de la ciudad, los ricos en el norte. Y así estamos.

—Así estamos.

—Estoy siendo pedante, ¿no? —pregunta Sam—. ¿Te aburro?

—No —responde Barrett—. Yo también soy un poco pedante.

Se permite echarle una larga mirada a Sam mientras andan. El rostro de Sam, de perfil, es más serio y convencionalmente apuesto que visto de frente. De lado, su nariz parece más coherente; la cúpula de su frente se une mediante una curva arquitectónica más poderosa con los despeinados jirones de su cabello. De perfil se parece un poco a Beethoven.

¿No tienen los japoneses una palabra para eso? ¿«Ma»? Se refiere (¿existe de verdad en japonés, o es solo algo que ha inventado Barrett e intentado dignificar con la estética asiática?) a algo que no puede verse de una forma fija o singular; que cambia cuando te mueves. Los edificios tienen «ma». Los jardines también. Y Sam.

—¿A propósito de qué?

—De nada.

Sam se ríe. Viene equipado con una risa profunda y musical. Como la sección de viento madera cuando afina antes de empezar el concierto.

Andrew y Stella les esperan en Strawberry Fields. Están acurrucados en un banco cerca del círculo del disco de Imagine. Parecen jóvenes viajeros sin un centavo, ni desesperados ni derrotados (aún no), aunque cada vez más cansados de sus vagabundeos; en ese momento de la juventud en el que la irresponsabilidad empieza a cuajar ligeramente; en el que aún no ambicionan ningún destino, pero empiezan a

querer uno y eso les sorprende; pensaban que serían la excepción, que serían vagabundos para siempre, que se contentarían con las monedas de la lata, con hurgar en los contenedores de la basura, con pasar la noche del mejor modo posible en la sala de espera de alguna estación de autobuses. Andrew y Stella son como dos jóvenes enamorados que acaban de reparar, con perplejidad y sorpresa, en que las llamadas de sus madres («Cariño, es tarde, es hora de volver a casa») han dejado de ser las humillaciones que siempre habían sido; en que esas imprecaciones se están convirtiendo —lo último que ellos querrían— en amables; en que las voces de sus madres y su preocupación por su seguridad y comodidad están adquiriendo una atracción gravitacional.

Andrew y Stella han estado hablando con una intensidad tan confiada y susurrante que parecen sorprendidos al ver acercarse a Barrett y a Sam.

—Hola —grita Barrett.

Andrew se vuelve y le dedica una gran sonrisa.

—Hola, tío —dice.

¿Será posible que Andrew haya envejecido? No puede ser. Lo vio hace apenas unos meses. Su rostro parece sacado de un mármol de un museo. Pero algo está cambiando. ¿No? ¿Hay algo que empieza a carcomerle debajo de la piel y aún no es visible en la superficie? ¿Está preparando su aparición una ruina temprana y demacrada? ¿O es solo que la luz es muy escasa?

Stella sonrío a Barrett con aire cómplice, como si acabase de contener una carcajada. Podría ser la hija de una diosa joven y soñolienta que se las hubiese arreglado para aparearse con un halcón. Parece un pájaro, pero feroz y agresivo. Su complexión menuda, sus brazos finos y lechosos y el tallo largo y blanco de su cuello recuerdan la agudeza y la habilidad de un ave de presa. Es delicada, pero ni mucho menos frágil.

Andrew se levanta del banco de un salto, le ofrece a Barrett su acostumbrado y victorioso apretón de manos, y él se lo devuelve. Saluda de la misma manera a Sam, con quien se encontró una vez por casualidad brevemente en Orchard Street.

—¿Qué tal, Andrew? —dice Sam.

Stella no se levanta del banco. Barrett se acerca, tal como es evidente que espera que haga.

—Hola, Stella —dice.

Ella clava en él sus ojos de halcón. No son exactamente amenazadores, Barrett no es su presa. No obstante, deja claro que lo ve todo desde una altura considerable, que puede localizar la sombra de un conejo con tanta claridad como otros ven las luces de un tren que se acerca.

—Hola, Barrett —responde. Su voz de niña, aguda y despreocupada no casa bien con ella. Es como si una niña más blanda y simple hablase desde el rostro y el cuerpo del ave de presa. ¿Quién sabe cual de las dos es la más auténtica?

—Gracias por venir, chicos —dice Andrew, el promotor de este breve y

misterioso encuentro.

—Hace muy buena noche —responde Barrett—. Una de las últimas. ¿No oís ese rumor sordo? Es el invierno. Está solo a una milla.

—Sí, desde luego —coincide Andrew.

Barrett repara en Sam, de pie en silencio, tal vez preguntándose qué está haciendo, cómo ha ido a parar allí.

—En fin —dice Barrett—. ¿Vamos a algún sitio a beber algo?

—No somos muy de bares —responde Stella.

—Bueno. ¿Qué os parece si Sam y yo vamos a comprar una botella de vino o de otra cosa y la traemos aquí?

—Tampoco bebemos —dice Stella.

—Ya, eso está bien. La bebida es mala. Yo bebo, lo reconozco, y mirad qué vida llevo —dice Barrett.

Stella lo mira con gesto de depredador, como si acabase de hacer una afirmación literal. Da la impresión de que, al igual que Andrew, no entiende la ironía o el ingenio, que son dialectos desconocidos en su planeta.

Barrett mira a Sam y le promete con una mirada que lo sacará de allí en cuanto sea humanamente posible.

—Vas a ver algo milagroso —dice Stella en voz baja, hablando más en dirección a donde se encuentra Barrett que al propio Barrett.

Él vuelve a mirarla. Es consciente de la insustancialidad de la joven, una cualidad no frágil ni delicada, sino un poco translúcida, como si su carne estuviera hecha de una sustancia más dúctil, más propensa a las cicatrices y los moratones que la mayoría de la gente. Es como si no se hubiese imaginado físicamente a sí misma.

—¿A qué te refieres? —pregunta.

La expresión de vaga atención de Stella no cambia, como no cambia el tono grave y ligeramente hechizado de su voz.

—Vas a ver algo milagroso. Pronto.

—¿De qué crees que se trata? —pregunta Barrett.

Ella mueve la cabeza.

—No tengo ni idea —dice—. Es solo que tengo ciertos poderes psíquicos.

Con esas palabras vuelve de lo que había sido... no un estado de trance, no es nada tan teatral; vuelve de esa especie de fijación del aire vacío que se cierne ante los ojos, propia de quien fuma demasiada hierba.

Andrew y ella están colocados, ¿no? ¿Cómo no se habrá dado cuenta? Dios sabe que no le ha faltado práctica con Tyler.

—Qué bien —dice Barrett—. Lo estoy deseando.

Andrew interviene. Podría ser un marido aburrido en una cena, un tipo que se ha hartado de la cháchara femenina y decide, con cierta energía cordial, sacar a colación el asunto de la lona asfáltica comparada con las tejas de madera, o las grandes virtudes de su equipo de sonido.

—Oye, tío. Tengo algo que contarte y no quería decírtelo por teléfono.

—¿De qué se trata?

—Y pensé: ¿dónde mejor que en Central Park?

—Genial. Cuéntame.

Andrew mira de reojo a Stella y a Sam, con timidez y complicidad al mismo tiempo: «No hay de qué preocuparse, son gente maja, son de fiar».

—Vi la luz —dice dirigiéndose a Barrett—. La luz de la que me hablaste.

Barrett no tiene ninguna respuesta que ofrecer. Vuelve a mirar en dirección a Sam. Él no sabe nada de la luz. Es como si estuviera entre extranjeros que hablaran una lengua que no entiende, y no tuviese otra opción que seguir allí plantado, con una media sonrisa afable y un gesto de benévola semicomprensión.

—Anoche —prosigue—. Volvía a casa. Iba por Utica. Ahora vivimos en Crown Heights.

—Vivimos en un apartamento gigante —dice Stella, orgullosa y desafiante—. Con un montón de gente. Gente maja.

Lo mismo podría estar defendiendo las virtudes —las costumbres sencillas y la profunda humanidad— de un país pequeño y sin la menor relevancia internacional.

—¡Ajá!

—Alcé la vista —continúa—. Fue como si algo me obligara a mirar al cielo. Y ahí estaba.

—La luz —repite Barrett.

—Era como... parpadeante —sigue contando Andrew—. Estaba justo ahí. Como un puñadito de estrellas. Pero a menos altura. Verde. Más cerca, ya me entiendes, de la Tierra. Más cerca que las estrellas.

—La viste de verdad —dice Barrett.

—Sí —responde Stella. «No dudes de la palabra de mi pareja».

—Quería contártelo —insiste Andrew—. Yo también la vi, tío. Y, no sé, ¿qué sitio mejor que el parque?

—Es... increíble.

—Era bellísima.

—Sí.

Barrett se sorprende al reparar en que está temblando. ¿Será posible? Sí. Podría serlo. ¿No fue Andrew la primera persona a quien se lo contó? ¿No le impulsó algún instinto? Pensó que habían sido la lujuria y la cocaína. Pero a lo mejor intuyó, supo de algún modo, que Andrew, el simple y bello Andrew, era el único de sus conocidos que podía ser lo bastante... inocente para creerle. Que, por lo que parece ahora, podía ser lo bastante inocente para ver la luz.

Claro que también estaba Liz, pero ella insistió entonces, y sigue insistiendo hoy, en que fue su imaginación.

Una realidad nueva y mejor empieza a imponerse tímidamente. En la Tierra hay una pequeña cohorte de ciudadanos normales (¿no ha favorecido siempre Dios a los

ciudadanos normales?) dados a tener visiones.

¿Y si Barrett (y Andrew, e incluso la cínica Liz) estuviesen al borde de la revelación; y si fuesen los primeros en saber que su creador va a regresar a por ellos?

Es posible. En ese momento, no parece imposible.

Barrett se esfuerza por que no le tiemble la voz.

—Ya. Un puñadito de estrellas —dice.

—Sí. Como de color turquesa.

—¿Y sentiste algo?

—Noté el ojo de Dios, tío. Como si me estuviese observando.

Sí. Uf. Esos peregrinos desperdigados, que reciben el guiño celestial...

—Lo sé. Yo también sentí... como si me observara —dice Barrett con la voz entrecortada.

—Desde luego.

—Es... Es increíble.

—Mucho. —Se hace un silencio.

Barrett se esfuerza en recordar a Sam, el pobre Sam, allí plantado y preguntándose: «Pero ¿de qué coño...?», aunque le entenderá, tiene que entenderle, se lo explicará todo. No está loco, no es ningún iluso. Un progenitor gigantesco y hasta ahora desconocido ha decidido que ha llegado el momento de que sus hijos sepan que les está observando, que les cuida; que, después de todo, no han estado perdidos en el bosque todo este tiempo.

—En fin, oye —dice Andrew—. Tengo que pedirte un pequeño favor.

—Claro. Sí. Lo que quieras.

Hace una pausa, vuelve a sonreír, esa sonrisa inmaculada, desprovista de intencionalidad o artificio; una sonrisa de pura satisfacción juvenil.

—Tengo un problemilla.

—¿De qué se trata?

—Es un asunto de dinero.

—¡Ah! —Barrett parece incapaz de decir otra cosa, y no parece capaz de imprimir a ese monosílabo un tono que no refleje perplejidad y decepción.

Andrew deja de sonreír. Resulta inquietante la rapidez con que puede borrar su sonrisa. Su rostro se vuelve sombrío. Ahí está otra vez ese indicio de un naciente estrago, de una enfermedad a punto de exhibir sus primeros y más sutiles síntomas: la erupción a punto de brotar a la superficie, la tos más profunda y hueca de lo normal.

—Le debo dinero a un tipo —continúa.

—Entiendo.

Barrett espera, no puede hacer otra cosa. Nota cómo se acerca algo terrible, una ola gigantesca; el agua ha adquirido un tono verde opaco en lo que, hasta ese momento, había sido un día de verano en la playa.

—Me pasé un poco —dice—. Ya sabes que no sé poner límites.

—Sí.

—Y ese tipo. Quiere el dinero que le debo.

Le debe dinero a un tipo. Probablemente quiera cobrar más pronto que tarde.

—Comprendo —dice Barrett.

—Así que querría saber si podrías prestarme un poco de pasta.

—Un poco de pasta.

—No sé, los dos hemos visto la luz.

Barrett parece incapaz de responder. Aún no está preparado para comprender esta nueva revelación..., esta antirevelación. Es un timo. Andrew no ha visto nada en el cielo. Le está estafando. Lo ha escogido a él porque es un iluso, una especie de fanático, siempre ha sido consciente del efecto que causaba en él (¿por qué pensar que los niños guapos no saben que lo son?). Barrett colaborará con la Fundación de Tipos Que Han Visto Una Luz.

Le ha dicho a Stella lo que tiene que hacer. Le ha dado instrucciones para que lance una «predicción» con sus poderes psíquicos, así podrá sorprenderse cuando sepa que el fenómeno era el correcto aunque el momento estuviese equivocado.

—Eres mi amigo, ¿no? —dice Andrew—. Ahora mismo estoy metido en un lío y necesito un amigo.

—En realidad, no tengo dinero. No gano dinero. Trabajo en la tienda de Liz.

Y entonces se instala en el rostro de Andrew un gesto de desesperación. Barrett nunca ha visto esa versión de su cara. De pronto es Andrew el hechizado, el que observa ansioso desde un porche un día caluroso de agosto cómo pasa el mundo ante sus ojos, sorprendido de su aparente capacidad de funcionar tan bien sin él.

—Tío —dice—, no es mucho dinero. Estoy en un aprieto. ¿Lo entiendes?

—Sí —responde Barrett—. Claro. Pero no creo que pueda ayudarte.

—Vi una luz. El guiño de la santidad. Eso significa algo, entre nosotros, tiene que significar algo, ¿no?

—En realidad no viste nada, ¿verdad?

—Tío, pero si acabo de decírtelo...

—¿Cuánto necesitas? —pregunta Sam.

La cafetería es una caja de luz estridente. Tyler rodea la taza con las manos. Liz no hace ni caso de su minúscula tetera.

—¿Crearás que nunca he estado en California? —dice Tyler.

—Mucha gente no ha estado nunca en California.

Esa cafetería en particular, en una de las manzanas más oscuras de la Avenida C, la frecuente gente a quien no parecen irle bien las cosas. Una mujer con el pelo de un cegador color naranja pregunta en voz más alta de lo necesario cuál es la sopa del día. Dos hombres, ambos con gafas de sol, discuten las diferencias entre el cemento y el hormigón.

—Hay una ciudad llamada Castroville —le dice Tyler a Liz—. Es la capital de la alcachofa en el mundo entero.

—¿Es lo que más te atrae?

—No. Pero suena muy de California.

—Supongo que sí.

—Cada año celebran un festival de la alcachofa. Hay un desfile. Nombran una reina. La disfrazan con un vestido hecho de hojas de alcachofa. ¿Y sabes quién fue una vez la reina de la alcachofa? Marilyn Monroe.

—¿De dónde sacas esas cosas?

—Soy un yonqui de las noticias.

—¿Dijeron eso en las noticias?

—Estaríamos en California durante las elecciones.

—Sí.

—A lo mejor podríamos arreglarlo para asistir al festival de la alcachofa, estaríamos viendo desfilar por una callejuela a una chica con un vestido hecho de hojas de alcachofa cuando nos enterásemos de que van a ser McCain y Palin.

—Sería mucha coincidencia, ¿no crees?

—Desde luego. Es solo que creo que, no sé, sería un puñetero consuelo si pudiésemos enterarnos que el país va a destruirse por fin a sí mismo mientras vemos a una chica guapa con un vestido de hojas de alcachofa saludando a la multitud.

—Estás obsesionado.

—¿Cómo? «Obsesionado» es un término que se usa para las pasiones menores. Obsesionada está la gente que tiene diecisiete gatos. O que tiene todos los videojuegos inventados desde Pong. Yo me intereso por el destino del mundo. ¿Te parece una excentricidad?

—Si vas a venir conmigo a California —responde ella—, tendrás que dejar las drogas.

—No estoy tomando drogas. —A ella le basta con mirarle a los ojos—. Te crees muy sabihonda, ¿no?

—No. Me limito a pensar siempre lo peor. Y a veces da la impresión de que lo sé todo.

Tres reservados más allá, uno de los hombres con gafas de sol está diciendo:

—El cemento tiene mayor contenido en arena. Por eso se caen los edificios en los países subdesarrollados. Porque usan cemento.

Tyler contempla el círculo negro de su café.

—He dejado las drogas —dice—. De verdad.

—Mientes.

—No.

—Bueno, Pues muy bien.

Está claro que ella sabe que miente.

—Cuando tomaba drogas —dice Tyler— era para llegar a la música. No parecía posible sin alterarme el cerebro.

—¿Eres consciente de lo típica de un adicto que es esa frase?

—Ya. Lo sé. Limpio y sobrio se está mucho mejor.

—Esa es la idea a grandes rasgos. Para la mayor parte de la población.

—La cosa es que con las drogas —dice Tyler— uno tiene la sensación de poder llegar a donde está la música.

Uno de los hombres con gafas de sol, el otro, dice:

—Estás loco. Son dos palabras para referirse a la misma cosa.

—Lo entiendo —responde Liz—. Por ejemplo yo tomaba drogas para sentirme conectada con Andrew.

—Ya. Que yo intente escribir una canción pasable es como que tú intentes pasar la tarde con un chico que tardaría un minuto en saber dónde tiene la mano derecha.

—De acuerdo. Es un mal ejemplo. Solo intento decirte que, si hubieses vuelto a las drogas, lo entendería. Querría que lo dejases. Pero lo entendería.

Tyler mueve la cabeza como si asintiera ante una evidencia que en el fondo supiese que es falsa.

Sería un buen momento para decirle la verdad.

El momento pasa.

—Pero lo he dejado —dice—. Para siempre. Es duro estar a solas con la música.

—¿Y si no tuviera tanta importancia?

—¿Cómo?

—¿Y si tu vida no dependiera tanto de componer canciones?

—La verdad, no me gusta cómo suena eso.

—No me refiero a que lo dejes. Solo a qué ocurriría si te dedicaras a vivir y componer canciones fuese solo una parte de tu vida.

—Aléjate, diablo —dice él.

Ella se ríe. Sabe lo suficiente para reírse.

La mujer del pelo de color naranja anuncia a la camarera que probará la sopa de col, pero le advierte de que es muy probable que acabe devolviéndola a la cocina.

—Creíste que podrías componer algo que le salvaría la vida a Beth, ¿verdad?

—Eso serían delirios de grandeza.

—O que tienes la conmovedora idea de que puedes hacer más de lo que pueden

hacer las personas normales.

El primero de los tipos de las gafas de sol replica:

—¿Por qué iba a haber dos palabras distintas para la misma cosa? No tiene sentido.

—Hay algo en lo que he estado pensando en estos últimos tiempos —dice Tyler.

—Ajá.

—Ni siquiera es exactamente un verdadero pensamiento. Quiero decir que no lo he formulado ni siquiera para mis adentros. Es como una molécula de un pensamiento a medio formar.

—¿Demasiado nuevo para hablarlo?

—Deja que lo intente.

—Por supuesto.

—He estado pensando si componer canciones no será más importante para mí que las canciones en sí mismas.

—Entiendo.

—¿De verdad?

—Sí. Creo que sí.

—Es como si lo que de verdad me gustase fuese la anticipación, la idea de la canción. Luego cuando está terminada...

—¿Incluso tu éxito en YouTube?

—Sí. Es como... incorpóreo. Como un artilugio de alguna civilización perdida que nadie echara demasiado de menos.

—Lo cierto es que es una buena canción —dice ella—. Solo para que lo sepas.

La mujer del cabello naranja dice, sin dirigirse a nadie en particular, que la col a veces le produce gases.

—Eso no parece tener demasiada importancia —insiste Tyler—. Todavía tengo que terminar el álbum. Me falta una canción.

—A lo mejor no lo terminas.

—Tengo un contrato.

—¿Y qué más dan los contratos?

Él asiente. Es verdad, ¿qué más dan los contratos?

—En California hay bosques de secuoyas.

—Eso he oído.

—Las olas rompen contra los acantilados y las águilas describen círculos en el cielo.

—He visto fotos.

—Pero eso no significa que no podamos ir a Castroville. Si de verdad quieres ver a una chica con un vestido hecho de hojas de alcachofa.

—No puedo ir —dice Tyler—. Ahora no. Tengo que terminar el álbum.

Apoya la palma de la mano en la mesa. Liz observa la mano con atención.

—Pues deberías hacerlo —dice—. Podrías ir después. Si quieres.

—Y podríamos ir a Castroville. Al festival de la alcachofa.

—Sí. Bueno, habría que averiguar cuándo es. No se nos vaya a pasar.

—Seguro que está en Google.

—Estaré en California —dice ella—. Te diré dónde encontrarme.

—Muy bien. Es bueno saberlo.

Al cabo de un rato, Liz pone la mano sobre la suya, justo cuando llega la camarera a preguntar, con una antigua y quejosa cordialidad, si han terminado o quieren algo más.

Mientras atraviesan el parque, Barrett pregunta:

—¿Por qué te has ofrecido a prestarle dinero a Andrew?

—Parece que lo necesita —responde Sam—. Y yo tengo dinero. No mucho, pero sí un poco. Suficiente para que un camello no se cargue a un muchacho estúpido.

—¿De verdad crees que se «cargaría» a Andrew?

—No tengo ni idea. Pero eso no tiene importancia, ¿no?

—¿Y qué es lo que importa?

—Alguien necesita un poco de dinero. Hay otro que lo tiene y que tal vez pueda ayudarle.

—¿Aunque sea un timo? —pregunta Barrett.

—Creo que casi todo el mundo que afirma necesitar dinero lo necesita de verdad. Aunque no sea por los motivos que dice.

—Suenan un poco cristiano.

—Es solo humano. No es que los cristianos no lo practiquen, pero no es propiedad suya.

—Propiedades no les faltan.

—Solo lo que valen sus bienes inmobiliarios ya es alucinante. ¡Ay!, ya estoy siendo pedante otra vez.

—Y, como ambos sabemos, me gustan los pedantes. Conozco a los pedantes. Y llevo una existencia pedante.

Por impulso, con un gesto infantil, Barrett coge la manga de la chaqueta de Sam entre los dedos. Para no perderse, igual que haría un niño.

¿Será posible que Sam haya actuado por bondad y por generosidad, que ambas cualidades sean reales y duraderas? ¿Será posible que eso marque una diferencia, que sea relevante, será una cuerda a la que agarrarse mientras van de la mano hacia un destino demasiado lejano para que sea visible?

Atraviesan el parque. A lo lejos se alza la mole del Metropolitan Museum, su familiar y severa brillantez. Siempre que pasa cerca del museo, Barrett piensa en lo que contiene: una muestra más que relevante de las ocasiones en las que los seres humanos se sintieron inspirados para hacer algo más de lo que son capaces de hacer desde el punto de vista técnico, ya sea convocar la vida a partir de la obstinada pasividad del lienzo y la pintura, o golpear el oro con un martillo hasta forjar un relicario con un santo de rostro extático y torturado del tamaño de una moneda.

Un poco más allá está el sitio donde vio la luz. Están a punto de pasar más o menos por el mismo lugar donde se detuvo cuando se manifestó la luz.

Puede que Liz tenga razón. A lo mejor fue solo una alucinación, creada por alguna confluencia entre las constelaciones y algún avión, inventada por Barrett una noche en la que necesitaba más que ninguna otra cosa sentirse acompañado en este mundo.

O tal vez la luz estuviese contemplando el museo, admirando sus adormiladas maravillas nocturnas, y Barrett dio por supuesto que lo estaba mirando a él, como

cuando uno devuelve entusiasmado la sonrisa y el saludo a un desconocido que en realidad sonrío y saluda a otra persona que hay detrás.

O quizá fuese solo otra broma de Dios. A lo mejor Barrett no debería descartar esa posibilidad.

—¿Te apetece contarme qué era eso de una luz? —pregunta Sam.

—Es una historia muy rara —responde él.

—Me gustan las historias raras.

—Sí, ¿eh? —pregunta—. ¿De verdad te gustan las historias raras?

—En realidad no me parecen tan raras.

—Eso está bien —dice Barrett.

Esta sorpresa: por primera vez, que recuerde, no es él quien se esfuerza, tal vez demasiado, en caer simpático; ni quien hurga en su cerebro en busca de alguna historia interesante (y luego teme que sea más ridícula que interesante), ni el que procura, por varios medios, contarle su vida a los demás, mientras se saca un ramo de rosas de la manga. No es él quien desea que le besen: también inspira ese anhelo en otros.

¿Coca-Cola o Pepsi? La más banal de las preguntas, hecha a un desconocido que, en ese momento, no parecía tener mayor importancia. ¿Quién podría imaginar una respuesta tan larga y compleja?

Espera un instante antes de hablar. Sam lo mira de soslayo mientras andan. Sus ojos son benévolo, inteligentes y, en ese momento, un poco impávidos. Después de todo le acaban de decir que está a punto de escuchar una historia muy rara y, a pesar de su afirmación de que le gustan las historias raras (¿qué otra cosa iba a decir?), debe de sentirse fatigado. ¿Quién sabe qué otras historias le habrán contado otros hombres? ¿Quién sabe lo temeroso que es? ¿Cuán escabrosa es su propia historia de desprecios y desapariciones; de historias que resultan demasiado raras para ser soportables?

Barrett fija sus ojos en los de Sam. Se produce un tenso silencio entre ambos; un breve interludio de quietud en el que hasta las moléculas del aire parecen más agitadas de lo normal, más vivas con una especie de chispa invisible, un zumbido apenas audible. Pasea al lado de Sam. Se siente electrizado, como si hubiesen pulsado el botón de ON; como si emanara calor y una luz tenue pero palpable y un poco febril.

Recuerda la frase de Stella. «Vas a ver algo milagroso». ¿Será posible, podría ser, que tuviese ciertos poderes psíquicos; que no sea una timadora; que haya percibido algo real; que estuviera refiriéndose al futuro y no al pasado; que Barrett esté de verdad a punto de ver algo milagroso, aunque no haya manera de interpretar su naturaleza?

Se arma de valor, se esfuerza por dominarse a sí mismo, se prepara para contarle una vez más. Todo: las esperanzas pensadas para ser pisoteadas; la imagen de una nueva vida que probablemente no sea más que un ridículo optimismo. Concentra su

atención en ese hombre todavía en gran parte desconocido que anda a su lado y espera. Juraría haber visto, en el rostro de Sam, una expresión de reconocimiento perplejo, nerviosamente anticipado; una premonición por su parte de que nada que provenga de él puede ser demasiado excesivo en uno u otro sentido. Barrett no mira hacia el cielo.

Ahora Tyler está solo, en el sofá, en el apartamento por lo demás vacío (excepto por el brillo ciego de la pantalla del televisor). Dentro de pocos días —no nos engañemos— ese rectángulo brillante y vidrioso mostrará a Sarah Palin sonriendo triunfante, con el cabello cubierto de confeti. Pero ahora, de momento, no hay más que el silencio inexpresivo del televisor; la soledad aterciopelada de la oscuridad y el silencio (si exceptuamos el ruido de los coches fuera, y la mujer que grita —¿a quién?— «Nunca, jamás de los jamases has...»).

El mundo se acerca a su fin. Ya se encargarán McCain y Palin... Tyler siente (lo reconoce) una leve y mareante satisfacción en la boca del estómago; al menos ha tenido razón todo este tiempo.

No obstante, de momento, incluso ese colapso inminente parece lejano. Tyler vuelve a flotar, gracias a su compinche, la amiga del extrañamente dulce sobre de papel en miniatura. Apenas falta una canción para terminar. Y luego Tyler habrá... acabado. No estará satisfecho, es incapaz de evocar el sentido de la aventura necesario para albergar esa esperanza desesperada, pero habrá terminado algo, y existirá en un mundo mayor que el de una boda en un cuarto de estar, o unos cuantos bebedores en un bar; será juzgado con dureza o con generosidad, o pasado totalmente por alto por gente que no le conoce, que no le quiere y a quien le importan una mierda sus penas presentes y pasadas, que no tiene intención de hundirle, de rescatarle o de verse con él en California. Saldrá a la luz y se enfrentará a una indiferencia aplastante y purificadora, pero saldrá a la luz. No se desvanecerá sin más, de forma tan completa como si no hubiese existido jamás.

Cuando termine, irá a ver a Liz. Y no insistirá en ir al puñetero festival de la alcachofa en Castroville, que, de todos modos (gracias, Google), no se celebra hasta dentro de seis meses. Fue solo una broma irónica, una finura de café, un intento de exhibir su perverso ingenio. Le gustará pasear con Liz entre bosques de secuoyas, ver a las águilas pescar en la superficie color esmeralda del Pacífico. Le gustará mucho. Le parece una esperanza razonable.

¿Es ahí donde reside la última canción? ¿Trata de un sueño de secuoyas y águilas; de una mujer a quien podría amar de un modo salvaje, con quien podría librar una batalla erótica, es una fantasía (¿quién no prefiere las fantasías a los resultados?) sobre el amor de un guerrero envejecido?

¿O también eso sería sentimental; sería solo una canción más? Ilusiones sobre una mujer que pasea entre arboles primigenios, bajo un cielo surcado por las águilas. Le parece ver con temible claridad lo mal que podría quedar; la facilidad con que podría convertirse en otro vuelo triste y familiar, la mujer en el bosque, la paz y la pureza que esperan justo allí, en un cuarto iluminado por las velas, en otro distrito, en otra costa...

¿Pero acaso no está entrando la canción en ese mismo cuarto? Hay una agitación en el aire. Tyler ha aprendido que el truco consiste en afectar indiferencia, seguir en el sofá —su única posesión terrenal— como si tal cosa, igual que un durmiente que

espera a que se manifiesten los sueños nocturnos.

Tal vez —no lo descartemos— esta sea la canción que corte por lo sano y sea relevante, que descarte las novelerías habituales y revele por debajo de su vieja piel, una devoción cruda y roja como la sangre y más profunda que el consuelo, un deseo más profundo que una simple satisfacción de colegial, un anhelo frío e inmaculado tan imparable como la nieve. Tal vez sea un tajo sádico y encantador, en lugar de una obstinada alabanza. A lo mejor es la herida que no quiere sanar; la búsqueda que sabe que nunca dará con el tesoro, pero pese a todo continúa escudriñando, cada vez con más tesón, lo que no puede descubrirse; consciente de que lo que importa es la búsqueda, no el primer vistazo de la cámara enterrada y repleta de oro y alabastro a la luz de las antorchas.

Los muertos, si es que conservan algún vestigio de conciencia, únicamente podrían sentirse solos de ese modo: solitarios, enterrados, mientras el mundo sigue sin ellos. Barrett está en algún sitio, con Sam, y Tyler sabe (es lo bastante viejo para saberlo) que se está produciendo la transustanciación; que la inconsciencia inerte del pan, que en el caso de Barrett son los hombres, ha sido convocada a la vida; que, después de todo, las horas pasadas con el culo y la espalda apoyados en la madera implacable del banco de la iglesia conducían (sorpresa) a alguna parte. Da la impresión de que ha llegado el amor. O tal vez sea más exacto decir que Barrett ha alcanzado el amor. Y con un hombre que se lo llevará; que reemplazará a Tyler, al contrario que la serie de amores sin esperanza que (¿cuánto hace que lo sabía Tyler?) nunca interfirieron —al menos de forma seria o duradera— la relación entre los dos hermanos.

Casi nunca es el destino que esperábamos, ¿no? Puede parecer que nuestras esperanzas no se han cumplido, pero lo más probable es que anheláramos algo equivocado. ¿Dónde adquirimos —como especie— esa extraña y perversa costumbre?

Bendito seas, Barrett. Eso te desea tu hermano mayor desde un apartamento en el cuarto piso de la Avenida C. No es exactamente un ojo en el cielo. Pero, oye, cada cual ofrece lo que tiene. Eso te desea tu hermano un poco enganchado, que no puede ofrecerte fantasías, pero sí intimidad, y liberación. Te conozco. Lo he visto. Y, como lo sé, te libero.

El cielo te hizo un guiño, ¿no? Es posible. Tal vez. O puede que fuese solo un avión y una nube. Pero si el cielo le hace un guiño a alguien, tal vez escoja a los buscadores menos destacados; a los que hurgan entre lo que tira la gente; a los que prefieren el sendero a la avenida, el hueco en el seto a las puertas que se abren a bombo y platillo. Probablemente por eso no hay pruebas verificables, ¿no? El universo solo hace guiños a aquellos a quienes nadie cree.

¿En eso consiste el chiste? Es el chiste dentro de la broma. La revelación se ofrece únicamente a quienes son demasiado pobres y oscuros para que alguien los considere candidatos.

Desde el sitio que ocupa Tyler en el sofá, una de las ventanas del comedor queda centrada a la perfección entre sus pies. Puede ver la ciudad tachonada de luces a través de la ventana y lo que parece una estrella solitaria, una estrella lo bastante brillante para atravesar el cielo de Nueva York. O puede que sea un avión. Despegan de JFK y LaGuardia más o menos cada diez minutos.

Tyler no recuerda ninguna época en que no sintiera atracción por las ventanas; en que no se imaginara capaz de dar el salto y elevarse en lugar de caer, hasta que las constelaciones estuviesen más cerca que las farolas.

Intentas abrirte paso hasta las estrellas cantando (o incluso hasta los aviones que se hacen pasar por estrellas), y la extraña belleza de todo está tan absorta en su imposible lejanía, que sería cierta aun cuando fueses capaz de volar. ¿Quién querría una estrella cercana? ¿Quién pediría un deseo a algo alcanzable?

Es la canción, y es la mujer. La canción que aciertas a imaginar, pero eres incapaz de cantar. Lo mismo ocurre con la mujer.

¿O es solo otra estupidez romántica?

La propia Liz es, o será pronto, una luz en el cielo, cuando vuele al oeste desde JFK acompañada de una multitud. ¿Estará ahora mismo en el cielo nocturno, contemplando las luces de Nueva York? ¿Estará pensando en Tyler (a diez mil pies de altura y subiendo) igual que piensa él en ella?

Mientras piensa en Liz, en las estrellas y en las luces de los aviones en el cielo nocturno, cree saberlo con seguridad. Liz le está mirando igual que él a ella, a través del techo y de los otros tres apartamentos que tiene encima, donde otra gente, a quien no conoce, se esfuerza, conserva la esperanza, se pregunta cómo ha ido a parar allí y se debate entre aludir a lo vacía que está la despensa, al despilfarro que han sido esas sábanas (algodón egipcio de seiscientos hilos, ¿qué demonios significará eso?) o limitarse a ver qué ponen hoy en la tele.

Otra vez esa mota en el ojo. Se frota, pero sigue alojada en su retina.

Repara de pronto: hace tiempo que tiene algo en el ojo. Lo que pasa es que unas veces lo nota más que otras.

Un destello espontáneo de comprensión (¡uf!, uno antiguo): aquel cristal de hielo que se coló en el dormitorio... ¿hace cuánto tiempo? Cuando Beth agonizaba por primera vez; cuando Tyler se levantó de la cama y cerró la ventana; cuando estaba tan seguro de que podría encargarse de todo y de todos...

¿Lo habrá llevado en el ojo desde entonces?

No. Es absurdo. Tyler se pierde en una niebla hipnótica, que es donde más le apetece estar.

Ha hecho lo que le han pedido. Ha amado a los demás lo mejor que ha podido. Ha visto liberarse a su hermano; ha cumplido los votos que hizo, hace mucho tiempo, a aquella aparición que decía ser su madre.

¿Y si bastara con eso? ¿Y si la última canción necesitara quedar incompleta; y si Tyler, con todos sus esfuerzos solo pudiera echarla a perder? ¿Y si la ventana le

estuviera diciendo, al colocarse de forma tan precisa entre sus pies extendidos, que ha llegado el momento de volar?

Tyler no sabría decir si se está levantando del sofá o solo especula con hacerlo.

De todos modos —tal vez lo haya llamado el sofá hechizado al lado de la ventana, o la escasa distancia que media entre ambos—, parece que algo ha entrado en la habitación; algo que está a punto de dejar una nota en la frente de Tyler, suave como un beso de buenas noches. Está a punto de entregarle esa última canción, ese regalo de despedida, esa rosa que empezará a marchitarse en cuanto la deje sobre la almohada. Será un lamento por Beth y una canción de amor para Liz. Se va a insinuar a su cansado cerebro (ese mono de circo, que insiste en ser capaz de tocar una sonata con una concertina en miniatura) y luego —puesto que se trata de la última y mayúscula decepción, el destino inalcanzable, la mujer que siempre se marcha— le dejará libre. Después las estrellas podrían hacerle también un guiño a Tyler. Cuando haya terminado la canción y vuelva a ser invisible. Luego podrá responder a la pregunta de la ventana de si quedarse en la habitación o levantar el vuelo.

Sigue donde está, tumbado boca abajo, suplicante, esperando. Piensa en Liz, en las luces de su avión en lo alto. Por lo visto Liz se ha fundido con el cielo.

Dice, o se imagina diciendo: «Eh, diosa. ¿Estás ahí?».

Agradecimientos

No imagino mi vida de escritor sin los veinticinco años de perspicacia, sugerencia y ánimos que he recibido de Ken Corbett.

Gail Hochman, mi agente; Jonathan Galassi, mi editor, y yo hemos sido un cuerpo de operaciones especiales literarias más años de los que quiero (y sospecho que a ellos les ocurre lo mismo) recordar. También me siento agradecido a Marianne Merola, que cuida tan escrupulosamente todas y cada una de mis ediciones extranjeras.

Parte de este libro se escribió en la Fundación Santa Maddalena de Beatrice von Rezzori. La generosidad y amistad de Beatrice han sido aspectos significativos de mi vida desde hace más de una década.

Estoy particularmente agradecido a Marie Howe, que es capaz de localizar una frase descolocada igual que un halcón ve a un ratón desde el aire a quinientos pies de altura. Otros lectores de vital importancia han sido Frances Coady, Jessie Gaynor, Daniel Kaizer, James Lecesne, Christian McCulloch, Adam Moss, Christopher Potter, Seth Pybas, Sal Randolph y Derrick Smit.

Jonathan Parks-Ramage, Jessie Gaynor y Fiona True me animaron, de diversas maneras, a seguir escribiendo este libro. Jochen Hartmann me informó sobre el Bushwick de los años 2004-2008.

Tim Berry, Jen Cabral, Billy Hough, Dan Minahan, Nina West y Ann Wood me recordaron semanalmente la capacidad de intuición de los lectores y su sensibilidad para captar los matices. Además, cuando trataba de entender mejor el proceso de componer una canción, Billy vino a casa con un piano eléctrico a enseñarme la diferencia entre un acorde mayor y uno menor.

El sentido visual de David Hopson es inspirador.

El corrector, John McGhee, no solo detectó todos los errores gramaticales e incoherencias de uso, sino que reparó en ciertas frases que había utilizado inconscientemente ocho o nueve veces.

Miranda Popkey y Christopher Richards convirtieron una pila de hojas sucias y manoseadas en un libro.

Gracias también a Steven Barclay, Michael Warner y Sally Wilcox.

Y, para terminar, este libro no existiría (por los motivos que ellos saben) sin Billy Hough, Tracy McPartland y Nina West.



MICHAEL CUNNINGHAM (Cincinnati, Ohio, 1955). Se crio en Los Angeles. Es licenciado por la universidad de Stanford, y sus primeros relatos y novelas tomaron forma en el taller de escritura creativa de la universidad de Iowa. En la actualidad es profesor de escritura en la universidad de Columbia en Nueva York, ciudad donde reside.

Se han traducido al castellano sus novelas *Una casa en el fin del mundo* y *De carne y hueso*, esta última también en Muchnik Editores. Su relato «White Angel» fue seleccionado para la recopilación de *Best American Short Stories*. En 1995 le fue concedido el Whiting Writer's Award. Con *Las horas* ha conseguido el premio Pulitzer y el PEN/Faulkner Award en 1999.